

Una tradición
de mi pueblo

Una tradición de mi pueblo

Relatos
guanajuatenses

398.2307241

Clasif. u54

Adq. 2792

Fecha JUNIO 12'92

Proced.

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Dirección General de Culturas Populares
Subdirección de Difusión y Vinculación

Gobierno del Estado de Guanajuato
Secretaría de Educación, Cultura y Recreación
Dirección General de Cultura

El Nacional de Guanajuato

Coordinación editorial: Juan Carlos H. Vera

Cuidado de la edición: Edna Karina Rivera Martínez
Sonia Rivera Martínez
Pilar E. Romero Gómez

Diseño de portada: Mónica Cortés Álvarez

© 1991 Dirección General de Culturas Populares
Av. Revolución 1877 4º piso
Col. Loreto y Campamento
01000 San Ángel. México, D.F.
ISBN 968-29-3381-1
Derechos reservados conforme a la ley
Impreso y hecho en México

PRESENTACIÓN

Ubicado en el centro de la actual República Mexicana y en la frontera de la antigua Mesoamérica, el estado de Guanajuato se ha conformado a partir del siglo XVI como una sociedad cultural y socialmente compleja. Participe de las tradiciones indígena y española, la cultura guanajuatense mezcla su orgullo ranchero con la creciente atracción urbana. Su territorio como su sociedad, ofrecerá panoramas contrastantes: al norte un territorio extenso y aislado, de escasa demografía y poco comunicado; centro y sur densamente poblados, abiertos al progreso agrícola e industrial, bien integrados a los sectores modernos de la sociedad nacional y con una bien desarrollada red de vías de comunicación.

Sin embargo, Guanajuato es un estado impulsor de mano de obra. Ante las dificultades que entraña la vida en su propia tierra, campesinos y artesanos dejan el solar paterno en busca de nuevas oportunidades de trabajo para poder sobrevivir. Con reiterada frecuencia dirigen sus pasos hacia "el otro lado", en donde deben sostener una lucha diaria por conservar su identidad frente a otra cultura y a otras maneras de ser.

No es extraño entonces que el pueblo guanajuatense busque conservar la memoria de sí mismo. Para ello, uno de los recursos que tiene más a la mano es la tradición oral que, de generación en generación, transmite costumbres, valores, interpretaciones del mundo; mitos, leyendas, oficios y beneficios de comunidades y barrios, de pueblos y colonias. No se trata de repetirse a perpetuidad, intento por demás imposible, sino que representa una revaloración de su ser y su hacer; es una forma de cohesión interna y un mecanismo de defensa frente a los embates de asimilación y destrucción que desde muy diversos campos afectan los cimientos de la cultura popular.

Para fortalecer las bases de esta cultura y con el objeto de

CENTRO DE INFORMACION 7

DOCUMENTAL / DGCP

rescatar la narrativa popular, la Secretaría de Educación, Cultura y Recreación del Gobierno del Estado y el periódico *El Nacional de Guanajuato*, organizaron en 1988 el concurso llamado *Una tradición de mi pueblo*.

La primera enseñanza que dejó este certamen o, mejor aún, que dejaron los participantes, fue que no había nada que "rescatar" porque se rescata lo que está perdido o a punto de extinguirse; pero si hay algo que vive en la cultura de los guanajuatenses, es justamente la memoria histórica que corre de manera cotidiana por todos los ámbitos de la vida comunitaria y no requería más de un canal de expresión.

El concurso simplemente ofreció un espacio distinto donde los guanajuatenses pudieron dar rienda suelta a sus necesidades de decir, recordar, verse a sí mismos y, con ello, revalorarse. Por otra parte, se observó con agrado que la narrativa no es cosa de viejos que sólo viven del recuerdo de un pasado supuestamente mejor, aunque la nostalgia desde luego está presente, sino que también los jóvenes y los niños están ávidos de espacios de comunicación donde expresar su memoria, donde mostrar su identidad, contar y recontar su experiencia cotidiana.

A través de los trabajos que se ofrecen en esta antología, podemos escuchar la voz de los mayores, hombres y mujeres, jóvenes y niños, maestros y estudiantes, campesinos y profesionistas, amas de casa y empleados, comerciantes y pensionados, reapropiándose de sus vivencias personales o las de su entorno colectivo; en sus relatos vibran con emoción los recuerdos de lo cotidiano, que hacen sonar el caracol en San Miguel Allende, entonan los alabados, describen las peregrinaciones populares, cuentan las leyendas de personajes misteriosos, retoman la tradición artesanal, llevan al lector a las fiestas populares, cívicas y religiosas, tema este último, por cierto, muy frecuentado por los participantes.

Están presentes también los dichos populares, los pregones, la sabiduría concentrada en el hablar y el decir; las danzas inspiradas en la gesta de la independencia, la confrontación entre moros y cristianos, la lucha entre Lucifer y los

pastores; las fiestas de San Isidro y de la Santa Cruz, que son apenas el asomo a un mundo mágico y simbólico que se re-crea y transforma todos los días entre el arado y la fábrica, entre la escuela, el parque y la iglesia del santo patrono.

A manera de estadística podemos decir, que en el primer concurso (1988) fueron presentados 89 trabajos que narraban sucesos de 27 municipios; para el segundo, la participación se elevó a 131 trabajos referidos a 33 municipios y para 1990, participaron 76 relatos de 26 municipios. Dato sobresaliente es el rango de edades de los participantes que va de los 10 a los 84 años.

La presente selección recoge los trabajos ganadores de los tres concursos, más algunos otros que los jurados recomendaron para ser publicados. Su edición quiere ser un estímulo para que los narradores sigan "diciendo nuestra palabra". También se busca abrir a todo el país el rico acervo de costumbres, tradiciones y creencias del pueblo guanajuatense que se aferra a su identidad a pesar de las pérdidas, deformaciones y sustituciones provocadas por el acelerado proceso de cambio a que está sujeto. Para facilitar la lectura, el libro ha sido organizado con un criterio temático en función del principal eje narrativo de los relatos: de ahí la forma en que se presenta la antología: leyendas, juegos y juguetes, fiestas religiosas, fiestas cívicas, vida cotidiana y artesanías. Por esta razón se ha prescindido del premio obtenido por los participantes de dichos concursos; asimismo, se incluye un mapa que muestra la ubicación geográfica de los relatos.

El apoyo de la Dirección General de Culturas Populares del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes ha sido decisivo en la realización de esta edición, como en otras muchas actividades tendientes a fortalecer la cultura de los grupos populares de Guanajuato, por ello, nuestro sincero agradecimiento.

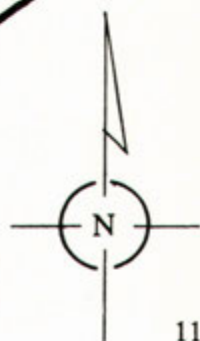
Maria Guevara
Lucina Jiménez
Jorge Labarthe

Ubicación geográfica de los relatos



CENTRO DE INFORMACION

DOCUMENTAL / DGCP



LOS "CORNUDOS" DE LA SEMANA SANTA EN SAN BARTOLOMÉ AGUA CALIENTE MUNICIPIO DE APASEO EL ALTO

Ramón Cruz Bárcenas
Agua Caliente, Apaseo el Alto
Primer lugar, 1988

Esta población se localiza en una planicie rodeada de cordilleras al sur, este y oeste en la región Abajeña de Guanajuato; veintidós kilómetros al oeste está la cabecera municipal; cinco al norte, pasa la carretera "México 45, Celaya-Querétaro Libre"; cuenta con un clima entre los 18 y 19 grados centígrados y una altura aproximada a los 1,700 metros sobre el nivel del mar. El paisaje está aceitinado por mezquites, cacahuates, pirules, sauces, nopales y garambullos; entre sus ramas brotan cantos de cenizote, huitlacoques, palomas y gorriones; ocasionalmente salta entre el follaje algún conejo, zorra o coyote para luego ocultarse entre la hierba.

La mayor atracción turística radica en sus aguas termales, por sus propiedades curativas; quien prefiere la privacidad acude a los baños del antiguo hospital, administrado por los ejidatarios del lugar. Quienes desean convivir con la población, acuden al canal público. Ahí asisten niños, adolescentes y adultos para tomar un placentero baño al aire libre, para platicar lo trivial y lo trascendente.

El origen étnico de este pueblo está influenciado por la zona del Chupícuaro 300 a.C. y 300 d.C., recibiendo posteriormente mezclas de teotihuacanos, purépechas y predominando el otomí, aunque no hay datos históricos, las ruinas que existen al sur de esta comunidad denotan esa influencia por los peldaños de las pirámides, por las puntas de flechas de pedernal y restos de vasijas de barro encontradas fortuitamente en terrenos de cultivo cercanos a ellas. (En estas

rutinas arqueológicas se nota que fueron tapadas con tierra y lajas en alguna repentina emigración, aunque ahora están semidestruídas por el tiempo, personas sin escrúpulos que buscan "tesoros" sólo las destruyen más.)

Los primeros misioneros que llegaron a esta zona fueron Franciscanos, entre ellos probablemente los frailes Juan de San Miguel y Bernardo Coussin quienes se encargaron de la evangelización de los nativos y, posteriormente, dirigieron la construcción del templo del lugar, y del Antiguo Hospital de los baños de aguas termales entre los años 1536 y 1570. Es en las primeras décadas de la Conquista cuando se logra el asentamiento de la población y toma forma la singular Semana Santa. A través de la historia de este pueblo, en varias ocasiones los sacerdotes han intentado anular o modificar en parte esta tradición, por su peculiar simbología de los personajes y sus acciones. La última vez que se intentó la modificación fue por 1973. Un sacerdote se negó a realizar la Semana Santa, si no se apeaba a la representación bíblica con el vestuario, los personajes y diálogos originales. Este hecho provocó la indignación de la población; se dividieron algunas opiniones, se llegó a los insultos... ¿fue el temor? ¿Fue el respeto a estas fechas? ¿O fue su religiosidad?, pero poco faltó para que los machetes derramaran la sangre entre hermanos. A partir de entonces, cuando hay personas que quieren representar la Semana Santa como en Iztapalapa, ciudad de México, entonces se realizan dos formas predominando la tradicional, como la conciben desde las primeras generaciones.

Los preparativos

Los arreglos de la Semana Santa se inician cuarenta días después de la anterior, con el nombramiento de las nuevas mayordomías, que serán los encargados de conducir y organizar la futura Semana Santa. Cada domingo los mayordomos van tocando las puertas de las casas: "la limosnita de nuestro padre Jesús", "la limosnita del santo Entierro". Esta coopera-

ción es voluntaria. Consiste en dinero efectivo, mazorcas de maíz o frijol. Así el domingo, en cada casa se efectúa esta recaudación y realizan al cierre un mes antes de la Semana Santa. Este cierre queda marcado por un hecho muy singular llamado Sábado de *Cuchil*, anterior al Domingo de Ramos, cuando se efectúa el erosamiento de los santos. Consiste en colocar flores a todos los santos del lugar. Cada domingo de los cuatro del cerramiento, se reúnen en la casa de alguno de los mayordomos para realizar un recuento de lo recibido y así preveer los gastos de la celebración. A esta casa acuden los contribuyentes con un óbolo y se enteran de sus aportaciones. Es típico que coloquen sobre una mesa, un plato lleno de cigarrillos sueltos para quien desee fumar mientras escuchan toda la información pertinente. Para los niños y adolescentes estos domingos son un deleite emocional pues son obsequiados con deliciosas aguas frescas de diversas frutas, servidas en ollas de barro. Para estas fechas, muchas personas han terminado de construir sus máscaras de madera, papel maché o lámina, con lo que van a actuar como el personaje de Cornudo Fariseo. La máscara tradicional es de madera de colorín o de palo cuchara, por ser una madera ligera, moldeable y de poco peso. La tala es realizada en los meses de diciembre y enero, siendo trabajada inmediatamente con sus propios machetes, a la cual le dan las más diversas formas artísticas: expresión grotesca, rostros humanos, animales y rostros míticos. Cuando se ha secado la madera la pulen con escofina y les dan un acabado con lija; posteriormente les insertan hermosos cuernos; ya sea de venado, toro, borrego, chivo y hasta raíces de árboles conforman el acabado único de cada máscara. Por último, las pintan de un colorido vivo y brillante produciendo formas caprichosas. Los trajes que diseñan los Cornudos son de cobijas u otro material, cortados por la mitad, a lo largo, hasta alcanzar el tamaño apropiado del que va a utilizarlo; luego las cosen para formar las mangas del pantalón. De la cintura hacia arriba queda abierta en abanico, cubriendo la espalda y la nuca donde se ata con las cuerdas de la máscara.

En las poblaciones vecinas y en San Bartolomé se preparan para el mes de enero grupos corales de diez y quince personas, integrados por gente sencilla, en su mayoría campesinos que ensayan cantos que hablan de la vida de Jesucristo; sobresalen las comunidades de San Juan del Llanito, el Tunal, San Isidro y La Palma.

Se nombran y habilitan a las tenanches, mujeres que se encargarán de realizar los platillos tradicionales como son: tortillas de camarón, nopalitos enjitomatados, papas, pescado y frijoles picantes. Estos platillos son obsequiados a los personajes de la Semana Santa y a los representantes que acuden a esta comida de Jueves y Viernes Santo.

Los personajes

Jesucristo. Está representado por una bellísima escultura hecha de madera y yeso, de tamaño normal. La corona de espinas de huizache; los ojos y la sangre que tiene sobre su rostro muestran un realismo impresionante. Está vestido con una túnica morada y es conocido como el padre Jesús.

El Santo Entierro. Está representado por una urna que tiene dentro a Jesucristo, construida de madera en sus aristas y la base, el resto lleva cristal, y en sus cuatro esquinas tiene angelitos de madera.

Los Fariseos. Están representados por los Cornudos, como los llaman comúnmente (por las máscaras con cuernos que llevan puestas), su vestuario se asemeja al traje de los caballeros tigre, jaguar o águila, de los guerreros aztecas. Por su singular atuendo: la máscara, el traje y el machete, dan la impresión de poseer una segunda piel o un grotesco ser de maldad que llevan a cuestas.

Los Barrabases. Son personas que visten corrientemente; muestran al ser humano como tal, sin disfraz, capaz de abrigar acciones negativas pero también logran la bondad humana.

Los Sayones. Representan a los ministros de justicia, manejaos por las pasiones adultas, por eso, están integrados

por niños de tres a ocho años. Sus vestimentas llevan colores azul, rojo, verde y amarillo. El pantalón, la camisa, la corona y la capa contrastan entre sí. Por tal motivo los denominan Colorados.

Judas Iscariote. Lleva una máscara de papel maché, su cabello está elaborado de ixtle de maguey, su túnica es amarilla y lleva un costalito lleno de corcholatas, como prueba del pago que recibió al entregar a su maestro Jesucristo.

Poncio Pilatos. Lleva una máscara de papel maché con una peluca natural; su túnica es verde y lleva un lienzo en las manos, simbolizando que él se lava las manos por la acción de los judíos.

Longino el "Ciego". Viste corrientemente, lleva en sus manos una enorme lanza con la cual hiera a Jesús. Al caerle la sangre en los ojos y poder ver, exclama "¡Perdóname yo no veía!

Malcos, el Criado del rey. Lleva como único distintivo una asta, que tiene incertada en la punta una mano negra, con la cual abofetea a Jesús. Viste como el común de la gente.

Las Mujeres Santas. Los personajes de María madre de Jesús, María Magdalena y Verónica están representadas por niñas que visten con túnicas de color morado y blanco.

Los Angelitos. Están representados por niños de cuatro a doce años a los cuales visten de blanco y les colocan alitas y coronas de papel.

Los Centuriones. Están representados por dos personajes; uno monta sobre un corcel blanco y su vestidura es completamente blanca. Otro, monta sobre un caballo negro y su vestidura es completamente negra, ambos llevan cascos romanos y espadas, éstos representan que entre los Centuriones romanos había buenos y malos.

Los Coristas. El papel es indeterminado, se recuerda que ya había coros desde un principio, luego desaparecen y vuelven a surgir en este siglo. Cantan pasajes de la vida de Jesucristo, durante la noche de velación del Viernes Santo y la procesión del silencio del Sábado. Otros personajes son: los mayordomos, las tenanches, y la población; que son así mismos partícipes por su presencia.

Miércoles Santo

Con este día han llegado a la población muchas personas, algunas de ellas nacidas aquí, que han emigrado a otras ciudades y vuelven con sus familias, amigos y conocidos; es en estas fechas cuando se visita el pueblo y sus alrededores. Por la tarde salen a la calle los Colorados (Sayones) y los Cornudos (Fariseos) van acompañados de un músico que toca un *tlalpizalli* (flauta de carrizo) y un tamborcillo. Tocan en las casas recolectando la cera de la obligación; que será encendida durante la noche de velación del Viernes Santo.

Los Cornudos toman a partir de este momento el papel de jueces y regidores de la comunidad, hasta el Sábado de Gloria; si algún ciudadano comete una falta a la moral como injuriar o embriagarse, es encarcelado en la prisión del lugar, la multa para obtener su libertad consiste en un cirio (los delitos graves salen del ámbito de esta representación); pero en tales casos, ellos fungen como policías y los turnan a las autoridades competentes.

Un dato curioso —que no se sabe por qué— consiste en que durante los días de la Semana Santa, las mujeres no deben ni pueden bañarse en el canal de agua caliente hasta el Sábado de Gloria.

Jueves Santo

El Jueves, los Cornudos recorren las calles en grupos pequeños, provocando que a su paso, chicos y grandes asomen la cara tras de sus puertas, unos y otros salgan para verlos pasar. Entre las dos y las tres de la tarde efectúan la comida tradicional en las casas de las tenanches. Para las cuatro de la tarde la plaza Hidalgo se encuentra saturada de gente; en sus contornos, entre los puestos de antojitos, todos buscan un lugar para dominar visualmente la plaza completa, esperando ansiosos que comience el juego entre Cornudos y Barrabases. Entre la muchedumbre se encuentran los Barrabases, sólo se distinguen de los demás por sus machetes. Uno a uno

paga una cooperación voluntaria a los mayordomos y a cambio recibe un distintivo que les permite entrar al juego. Poco después, por los cuatro puntos cardinales, llegan corriendo los Cornudos raspando el empedrado con sus machetes, emitiendo carraspeadas —uuuujuummmjjuummm— este sonido se amplifica dentro de las máscaras de madera y todos los repiten en forma secuenciada. ¡De pronto, entran los Barrabases al juego!, se produce un enorme ruido al chocar los machetes unos contra otros, los brazos y manos de los contendientes parecen hélices, las frentes del Barrabás se perlan de sudor, las expresiones del Cornudo y todo el escenario atrapa al espectador en este histórico juego del bien contra el mal.

El enmascarado siempre pelea caminando hacia atrás, su machete sale desde abajo del lado izquierdo y sube en diagonal hacia la derecha, a la mitad choca ante el golpe del Barrabás; sigue su trayectoria, gira hacia abajo, ahora entra desde afuera del lado derecho, a la altura de la cintura, sube diagonalmente hacia el hombro izquierdo y es detenido por el machete del contrario en el centro, sigue su rumbo, gira de izquierda a derecha pero, a la altura de la frente, da un tajo hacia abajo, el cual es detenido por el machete del Barrabás, ahora gira el machete y lo eleva hacia la cara del contrario y éste lo desvía, gira hacia abajo a la izquierda y vuelve a comenzar el compás. Algunos jugadores lanzan muy abiertos y lentos, otros lanzan muy cortitos y veloces, dependiendo del movimiento de la muñeca y lo largo de sus manos. Los enmascarados al ir caminando hacia atrás, caen de espaldas, otros chocan, se levantan y buscan un nuevo contrincante. Aunque este juego es en extremo peligroso, pues durante el mismo muchos machetes se rompen, otros salen disparados en pedazos; nunca ha habido heridos de gravedad con excepción de algunas cortadas, ampollas o rasguños en las manos y dedos. Cuentan los ancianos que una persona no puede actuar de Fariseo y Barrabás en una misma Semana Santa, porque peligra durante el juego. Poco a poco el cuadro va quedando vacío, hasta quedar solo, dando la impresión de

que ganan los Barrabases, así termina el juego. A las 6:00 p.m. el sacerdote oficia una misa. Luego se lleva a efecto la aprehensión de Jesucristo, lo encierran en un cuarto (cárcel) dentro del templo donde es acompañado por dos personas que se turnan cada hora. Éstos son vendados de los ojos y atados de las manos por los mayordomos.

El templo está adornado con las más diversas clases de frutas en racimos que cuelgan de la cúpula y el techo, los demás santitos han sido retirados de sus lugares habituales o cubiertos con mantas.

Los mayordomos reciben las limosnas de los feligreses que llegan a rezar y les dan a cambio reliquias que son listones de colores bendecidos. Así ocurre toda la noche hasta el amanecer del Viernes Santo.

Viernes Santo

A las 9 a.m. se inician las Tres Caídas, acompañados de los personajes y de toda la gente. Los Cornudos colocan al padre Jesús sobre las andas (enorme plataforma de madera que cargan en hombros los feligreses) junto a él van las Santas Mujeres y sentados en las orillas muchos angelitos. Este *Vía Crucis* es encabezado por el sacerdote del lugar, quien va narrando los misterios dolorosos; se inicia en el atrio de la iglesia y dan una vuelta a la manzana donde está edificado el templo. Entre la una y las dos de la tarde, los Cornudos salen a las afueras del lugar para cortar ramas de sauce llorón o de babilonia, con ellas adornan al frente del altar simulando el monte Calvario.

Entre las dos y tres de la tarde realizan la comida, y a las cuatro comienza su último juego (Barrabases contra Cornudos). A las 6 p.m. se celebra la misa de las siete palabras, a este acto acude tanta gente, que el templo y el atrio son insuficientes. Cuando el sacerdote ha terminado de pronunciar las siete palabras (*Eli, Eli, Lama, Sabactani*), éste continúa explicando. El templo queda en penumbras, Jesucristo está sobre la cruz, en medio de las ramas de sauce. Se escuchan

sonar campanas, Longino y Malcos golpean con sus astas el piso, el ruido retumba como si fuese trueno; se arroja brea sobre los cirios y brotan flamas que parecieran salir de la tierra misma y caer relámpagos y rayos del cielo. Mucha gente llora con verdadero sentir, transportada en el espacio y en el tiempo por quien muriera en la cruz para redimir a la humanidad de sus pecados.

Posteriormente se encienden las luces y los feligreses trozan las ramas del sauce para llevarlos a sus casas, con ellas forman crucesitas que colocan en sus puertas y renuevan hasta el año venidero.

Entre las 7 y 8 p.m. se tiende una gran alfombra desde el altar hasta la salida del templo; a sus lados han colocado arreglos florales de mastrantos, lirios, rosales y cempasúchil; junto a éstos colocan cirios, veladoras y palillos de incienso, formando un ejército de decenas de luces y flores. Frente al altar tienden a Jesucristo con la cara al cielo y se inicia la velación. Dentro del templo han colocado jaulas con aves cantoras: palomas, cenizotes, huitlacoques y canarios, éstos elevan sus melodías suaves y tiernas en contraste con las voces estentóreas de los grupos corales. Estos grupos se encuentran en círculos pequeños en diferentes partes del templo. Sus voces no educadas cambian armónicamente desde una voz muy aguda hasta un contrabajo, relatando pasajes de la vida de Jesús durante toda la noche de velación.

El Sábado a las 5 a.m. se levanta la Velación de Jesús y se inicia la procesión del Silencio; rumbo al entierro es acompañado por toda la gente. Una banda de música toca dos marchas y los coros continúan cantando hasta llegar a la casa ejidal; allí los mayordomos obsequian a toda la gente atoles de las más diversas clases, acompañados de panes.

Por la tarde, después de regresar el Santo Entierro al templo, los Cornudos realizan una procesión con cirios y flores, al entrar a la iglesia se quitan sus máscaras y entran de rodillas hasta el altar donde depositan sus ofrendas; la Semana Santa ha terminado, en sus rostros se nota la emoción, pero además, reflejan una interiorización profunda por esta

tradición. Saben que a través del tiempo se ha hecho así, aunque se perdiera el significado lo defienden porque en ello están sus raíces, sus creencias y rinden tributos a la fe en Dios.

LAS JORNADITAS

Nicolás Ruiz Rodríguez
Moroleón
Segundo lugar, 1989

Introducción

Una de las tradiciones populares que aún tiene vigencia en Moroleón, estado de Guanajuato, es la costumbre de celebrar las Jornaditas, que consisten en una especie de procesiones infantiles, realizadas por las calles de la ciudad, al anochecer de los nueve días que preceden a la Navidad.

Son llevadas a cabo por grupos de niñas y niños, más de aquéllas que de éstos. Las organizan entusiastas chamacas adolescentes o mujeres adultas, en quienes cada año surge la inquietud de motivar a la niñez de su calle o de su barrio, con esta forma tradicional de preparar la venida de Cristo, con alegría.

Por los diferentes rumbos ciudadanos se puede observar, entre las siete y nueve de la noche, comparsas infantiles de contingentes en número de 50 o más niños que, bulliciosamente, van cantando villancicos.

La celebración de estas Jornaditas o Jornadas es una devoción que tiene lugar independientemente de los actos que se llevan a cabo en el interior de las iglesias y de las posadas que celebran en muchos hogares. A pesar de sus diferencias, guardan entre sí cierto paralelismo y, claro está, tienen en común el espíritu de esos días, villancicos, aguinaldos, etcétera.

Las personas organizadoras invitan a la chiquillería del vecindario, con la debida anticipación, a participar. Y el 16 de diciembre, en que se dará comienzo, se congregan todos en el domicilio de alguna de ellas, que será la primer noche de donde habrá de partir el cortejo.

Previamente, se ha concentrado con amistades que tengan

voluntad de "tomar un día", para recibir la Jornada en su casa. Se llegará cada noche a diferentes hogares, adquiriendo sus moradores el compromiso de obsequiarles aguinaldos.

El significado de estas Jornaditas, es sin duda, una alusión a las jornadas de camino que tuvieron que recorrer José y María, con todas las penalidades que afrontarían, según la narración bíblica, desde Nazareth de Galilea hasta Belén de Judá, para cumplir con el edicto de Augusto César y empadronarse en este último lugar, que era la ciudad de la tribu de David, a donde les correspondía acudir por ser descendientes de la familia de este monarca.

La Estrella

La columna de la Jornadita va encabezada por algún niño que lleva en alto un gran farol, en forma de estrella, fijado en el extremo de un carrizo de unos dos metros de altura, con una vela encendida en su interior. Está hecho de papel de china blanco y rojo, su diámetro es más o menos de 60 a 80 centímetros. Algunas veces se le instala algún artefacto de pilas con un pequeño foco, en lugar de vela. Tal vez, de la que guió a los Reyes Magos hasta el portal de Belén.

Los Santos Peregrinos

Le sigue en la formación para la salida el "misterio" de los Santos Peregrinos, vestidos según la tradición: un niño o niña personificando al arcángel San Gabriel, mediante un lazo de arriería, va tirando de una dócil burrita, facilitada por algún vecino y sobre ella va montada una graciosa nenita vestida de la virgen María, a quien algún familiar va deteniendo por un lado para cuidar que el animal no la vaya a hacer caer. La burrita va adornada con algunos lienzos decorados con flores de papel de estaño; sobre los aparejos se ha puesto una camuca, especie de silla con respaldar, en la cual va sentada la Virgen, con ambos pies echados hacia un flanco del animal.

La niña que personifica a María lleva, deteniendo con sus manos sobre el enfaldo de la túnica, una canastilla con el supuesto vestimento para los alimentos durante la caminata; la ha cubierto con una elegante servilleta de fina tela, bordada a mano y con artísticos ribetes de ganchillo. Ella, grácilmente, va tocada con un sombrero de anchas y flexibles alas sobre su cabeza o caído hacia la espalda, pendiente de suave barboquejo de seda.

A continuación camina el señor San José, otro de los niños que, con su varita florecida, apremia de cuando en cuando a la bestia instigándola a caminar. Carga sobre el dorso un fardo o rejilla, con algunos trastos de cocina y otros implementos para su uso en el camino; además, un lio aparte con algunas sabanillas y pañales, previendo que, durante el largo y fatigoso viaje, la divina Señora diera a luz al Redentor que llevaba en sus entrañas.

Los Pastorcitos

Un séquito de pastores va detrás. En esta parte de la formación, es donde se acomoda a todos los demás niños de la Jornadita en doble fila, algunos llevando de la mano a sus hermanitos más pequeños, integran la columna que podrá ser más o menos numerosa, según la cantidad de niños enrolados para el efecto.

Estos pastorcitos son los que irán cantando villancicos por la calle, al mismo tiempo que agitarán, en lo alto, sus báculos, que son unos bastones de carrizo o cabos de escoba, forrados con papel de china, a los que en el extremo superior les atan un manojo de pequeñas tiras de colores del mismo papel, que miden unos 25 centímetros de largo por dos de ancho, las cuales caen en fleco y ondean al ritmo que les imprime el caminar de aquella gente menuda.

Cuentan personas de otros tiempos, que, antiguamente también se acostumbraba que estos pastorcitos llevaran indumentaria de tales personajes: túnica, manto y ceñidor de telas de colores contrastantes y sombrero de paja con múltiples

listones de seda, cayendo del centro de la copa a la falda de dicha prenda; algún pequeño morral tejido de cordeles de jarcia y huarachitos de suela y correas. Ahora eso ha caído en desuso tal vez para dar oportunidad, sobre todo, a los niños más humildes para que puedan incorporarse con toda libertad, a este tipo de comparsas.

La Palma

Al final de la procesión, va un niño desarrollado y fortachón, cargando sobre la cabeza, una silla común y corriente, de las de asiento de tule, mediana para adultos, en cuyo respaldar se ha fijado muy bien con unos mecates, la cabeza de una palma silvestre, erizada de consistentes hojas radiadas, con sendas espinas, agudas y fuertes, que muy bien podrá medir de diámetro unos 60 centímetros y, algo más de la altura, si se ha de incluir la porción de tallo que la sostiene.

A la manera de uno de los actuales arbolitos de Navidad, va adornada la palma, cubriéndola por doquier, numerosas sartas de tejocotes y pepitas de calabaza, éstas garapiñadas con miel de piloncillo, engarzadas en hilillos que, a manera de festones que cuelgan de unas púas a otras, le imprimen un decorado singular. Se complementan con adornos de pequeñas banderitas de papel de china picado, cilíndricos o esféricos y acordeonados así como farolitos en miniatura.

Enclavadas como remate, en cada una de las espinas agudas y resistentes como las de maguey, colocan sendas *tepolcas*, o sea, tejocotes de la especie más grande, a manera de esferitas. Tal vez, todo esto era lo más adecuado de que se disponía cuando nuestros ancestros iniciaron la tradición en 1839, en que la implantara en la localidad el M. R. P., fray Francisco Quintana, fundador eclesiástico de la vicaría y también impulsor del progreso material de la entonces Congregación, hoy Moreleón.

Sobre el asiento de la silla, bajo dicha palma, luce un pequeño altar con figuras artesanales de barro cocido, adquiridas en los puestos de chucherías, como San José, la

Virgen, el niño Dios, los Santos Reyes, pastorcitos, la burra y borreguitos, según el retablo que represente: los Santos Peregrinos, el Nacimiento o la adoración de los Reyes Magos.

Podría suponerse que, el significado de dicha palma como elemento de las Jornaditas que se reseñan, aludiera a una antigua leyenda hebrea del tiempo de la infancia de Cristo, en que se narra un episodio de la Sagrada Familia, cuando huían hacia Egipto, alertados por un ángel que en sueños, manifestó al señor San José, que debería ir para aquel lugar y sustraer, de esa manera, al niño Dios del peligro de la degollación decretada por Herodes.

Se cuenta que en cierta ocasión, en que la soldadesca que les perseguía ya estaba por darles alcance, los fugitivos advirtieron la presencia de una palmera a la vera del camino, y el ángel del Señor que les guiaba y protegía, los condujo hasta ella, realizándose, entonces, un gran prodigio: la datilera aquella comenzó a bajar sus frondas hasta cubrir en su totalidad a los Santos Peregrinos. De esta manera, habiéndoles perdido de vista los energúmenos verdugos de tanto inocente, y no encontrándolos por ningún lado, dieron marcha atrás, y los padres de Jesús pudieron continuar felizmente su camino.

La Marcha de la Jornada

Una vez que los niños de la Jornada están dispuestos en el orden descrito, se da inicio a la marcha y comienzan a cantar villancicos:

1. Pastorcitos somos,
del cielo bajamos
a probar los frutos
de los dulces ramos.
2. Caminen, pastores,
vamos caminando,
a seguir la estrella
que nos va alumbrando.

3. Corre, corre, borreguito,
corre, por esa ladera,
a cortar una rosita
de la primavera.
4. La escarcha y la nieve
se miran brillar,
porque ha nacido el Niño
bajo de un portal.
5. Caminen, pastores,
vamos caminando,
a seguir la estrella
que nos va alumbrando.
6. La luna, doncella,
ya está a medio cielo;
aprisa, pastores,
que nos cae el hielo.
7. En esas peñitas
haremos posada,
porque ya la Virgen
viene muy cansada.
8. Caminen, gilitas,
vamos caminando,
a seguir la estrella
que nos va alumbrando.
9. El lucero sale,
gracias a María,
el lucero sale
y es luz y alegría.
10. Arriba, en el cielo,
está una ventana,

por donde se asoma
señora Santa Ana.

11. Señora Santa Ana
por qué llora el Niño,
por una manzana
que se le ha perdido.
12. Manzanita de oro,
si yo te hallara,
se la diera al Niño
para que callara.
13. Vamos a la huerta
cortaremos dos,
una para el Niño
y otra para vos.
14. A Belén llegaron
con dicha y contento,
a adornar al Niño
en su nacimiento.
15. Por la calle real,
bajo una custodia,
ángeles y coros
cantan en la Gloria.
16. La Virgen lavaba,
San José tendía,
el Niño lloraba
del frío que tenía.
17. Pastorcita Virgen,
gloria de Belén,
de un Príncipe madre
y también de un Rey.

18. Entre la escarcha y la nieve,
se mira brillar,
el Niño nacido
bajo de un portal.
19. Vengan, pastorcitos,
saluden al Niño,
que tiene los ojos
llenos de cariño.
20. Concha lloraba
de frío y de dolor,
delante del Niño,
delante de Dios.
21. San José labraba,
la Virgen zurcía,
el Niño lloraba
del frío que tenía.
22. Los tres Reyes Magos
al Portal llegaron,
rendían sus coronas
y se arrodillaron.
23. Caminen, pastores,
vamos caminando,
a seguir la **estrella**
que nos va alumbrando.

A partir de la segunda noche, se comienza primero con los dos siguientes villancicos, continuando con los ya mencionados:

24. Ya se va María
con su esposo amado,
muy agradecida
por lo que le han dado.

25. San José y la Virgen
se van a embarcar,
en chalupa de oro
y en aguas de azahar.

Van repitiendo los villancicos en el camino, pues, si la distancia es larga, tienen tiempo de cantarlos muchas veces, aunque, no siempre, en igual orden.

Luego de deambular por diferentes arterias de la población, ya sea por exhibir su contingente, por observar a las demás Jornaditas que se encuentren o por "hacer tiempo" en el camino, más o menos a una hora de haber salido, enfilan hacia el domicilio, en donde esta vez les habrán de recibir.

Se pide la Posada

Al llegar a su destino, se estaciona el grupo de niños frente al domicilio correspondiente. Entonces, pasan hacia adentro unas cinco o seis muchachas de las mejor entonadas de voz, para contestar los cantos de pedir a los de afuera y dar posada, que son los ya, comúnmente conocidos. De nuevo, cierran las puertas y, cuando los de afuera las tocan fuertemente, se entabla el siguiente diálogo cantor:

Adentro

¿Quién toca esas puertas,
que les da empujones,
serán los ladrones
que querrán robar?

Aquí no es mesón
sigan adelante,
que no he de abrir
no sea algún tunante.

No me importa el nombre
déjenme dormir,
porque ya les dije:
que no voy a abrir.

Afuera

No somos ladrones,
somos peregrinos;
venimos cansados
de andar los caminos.

Venimos rendidos
desde Nazareth;
yo soy carpintero
de nombre José.

Posada te pide
amable casero,
por sólo una noche
la Reina del cielo.

Pues si es una Reina
quien la solicita,
¿cómo es que de noche
anda tan solita?

Ya se pueden ir
y no molestar,
porque si me enfado,
os voy a apalear.

Pasa, pues, María;
pasa, pues, José,
han de dispensar
no los conocía.

Mi esposa es María
Reina de los cielos,
y Madre va a ser
del Divino verbo.

Ya se va María
muy desconsolada,
porque en esta casa
no le dan posada.

Dios pague, señores,
vuestra caridad,
y, también les colme
de felicidad.

Se concede la Posada

Los que están adentro abren las puertas y al mismo tiempo comienzan a entrar los de afuera, si es que hay espacio en el recinto. Y todos cantan:

Ábranse esas puertas,
rómpanse esos velos,
que ahí viene María,
Reina de los cielos.

¡Oh, Peregrina agraciada!
¡Oh, bellísima María!
Yo te ofrezco el alma mía,
para que tengáis posada.

Humildes peregrinos,
Jesús, María y José:
Mi alma os doy con ella,
mi corazón, también.

Hasta la noche del día siguiente, repartirán aguinaldos los anfitriones; al recibir la Jornada, solamente quedan en ese

hogar la estrella, la palma y los báculos. Durante el día, los caseros les restaurarán la estrella si fuere necesario y le completarán a la palma los adornos que se hayan desprendido en el trayecto.

Reparto de Aguinaldos

Al otro día, a la hora convenida, comienzan a reunirse las coordinadoras y el contingente infantil. Mientras tanto se termina de preparar los obsequios y la piñata, si los hay. Pueden ser una o varias piñatas y generalmente en la vía pública, acondicionando un conveniente soporte, mediante vigas y resistentes lazos de jarcia, usando a veces la azotea de una y otra acera, en calles estrechas.

Entre tanto, ya sea adentro o afuera, comienzan con insistencia los presentes a cantar:

Echen confites
y canelones,
pa' los muchachos
que son muy tragones.

Se informa del nombre de alguna de las personas más conocidas de la familia de ese hogar, por ejemplo, que se llame Herminia:

Ándale, Herminia,
sal del rincón,
con la canasta
de la colación.

Si identifican a más personas, las alternan en la cantaleta:

Ándale, Lupe,
no te dilates
con la canasta
de los cacahuates.

Se reparten aguinaldos consistentes en bolsas, paquetes, envoltorios, etc., con cacahuates, trozos de caña de castilla, naranja, colaciones, muéganos, tejocotes, etc. Y luego se sigue la piñata:

No quiero oro
ni quiero plata,
yo lo que quiero
es quebrar la piñata.

Si la piñata se cuelga afuera, en la calle, es común que se unan al corillo personas y niños ajenos a la Jornada, entre ellos, algunos muy "plebes", que cantan:

La piñata
tiene caca...
tiene caca...
cacahuates de a montón.

La piñata
tiene cola...
tiene cola...
colaciones de a montón.

Alguien toma la iniciativa para vendarle los ojos a algún niño o niña colocándole en las manos el palo con que va a tratar de romper la piñata; le da un paseo en circunvalación en el pequeño espacio, luego bajan un poco la piñata, y le señalan el cacharro guiándole las manos con el palo hasta tocar el fleco y adornos de papel que lo cubren, y aun el mismo barro. Después lo sueltan a que trate de quebrarla a palos.

El bullicio, los gritos, la alegría y la euforia de la concurrencia están, en esos momentos, en su apogeo. Todos cantan:

Dale, dale, dale,
no pierdas el tino;
mide la distancia
que hay en el camino.

Dale, dale, dale,
no pierdas el tino;
porque si lo pierdes,
pierdes el destino.

Después de varias tentativas del palo para romper la piñata, sin haberlo logrado debido a las maniobras y destreza del encargado de subirla y bajarla para esquivar los golpes en el momento oportuno, comienza la inquietud porque se releve al que está en turno y se elija a otro niño, para dar oportunidad a otro y ver quién de todos tiene mejor suerte para quebrarla. Y, entonces, cantan:

Dale, dale, dale,
dale y . . . no le dio:
quitenle la venda
porque sigo yo.

Lo divertido es hacer duradero el rato de espera. Sucede que en la mayor parte de los casos, algún golpe solamente agujera la piñata y deja escapar algo de su contenido, que es, materialmente barrido por las manos de los primeros que aciertan a ganarse algo. Cuando al fin se rompe, deja caer un torrente de regalos, que ya son sorpresa pues su contenido es del mismo que se había repartido de aguinaldos. Chicos y grandes gustan de arrojarse a ver qué capturan, por lo que en unos instantes no queda por los suelos más que basura, el trebejo fragmentado, fruta aplastada, etc., para entonces, la aventura ha terminado y ni siquiera hubo tiempo de sentir el dolor de pisotones, empujonazos y golpes que curaron solos, ante la indiferencia de los distraídos en aquellos menesteres.

Despedida de la Jornadita

Terminado todo esto, las organizadoras proceden a colocar a todos los niños en el orden de costumbre, para dar inicio a una nueva caminata que se desarrollará igual que la del

primer día. Agradecen a los anfitriones su hospitalidad y generosos regalos. El vacío y la tristeza que dejan aquellos niños que se van, hacen exhalar un hondo suspiro a los caseros que, en los más sentimentales, culmina con alguna furtiva lágrima.

Cantando los mismos villancicos, se aleja el grupo hacia otro domicilio que ya los espera. La víspera de la Navidad, volverá al hogar de donde salió el primer día. . . Y es entonces que: "Ya se van pastorcitos/hasta el año venidero".

FIESTA DE SAN JOSÉ EN IRAPUATO

Susana Camacho Valenzuela
Irapuato, 1989

Irapuato ha crecido pero aún conserva sabor a pueblo, con sus propias costumbres y muy peculiares tradiciones; tradiciones que nuestros abuelos, que nacieron y crecieron aquí, las conocen desde su infancia y todavía las recuerdan y nos narran algunas.

En cierta ocasión mi abuela me contaba que en Irapuato, entre tantas y tantas tradiciones tan bellas que existían y algunas aún existen, recordaba con cariño la del día de San José.

El 19 de marzo de cada año se celebra en el templo que lleva el mismo nombre, se acostumbra adornar su interior con flores y bandas de color verde y amarillas, que son los colores de la vestimenta de este santo así como azul y blanco, éstos debido a la vestimenta de la virgen María; dichas bandas se sujetaban del techo del templo y caían elegante y vistosamente a la mitad de las paredes del templo.

La fachada está adornada por figuras esculpidas en piedra que representan a diversos santos. Fuera del templo, desde unos días antes, comenzaban a instalarse puestos sencillos en los cuales predominaba la venta de anillos de variados materiales como son plata, cobre, oro y hasta alambre; y estaban adornados con cuentas de vidrio o plástico con las más variadas formas, tamaños y colores.

Dichos puestos consistían en mesas alargadas en las cuales se exhibían los anillos colocados sobre espejos alumbrados únicamente por linternas de petróleo, éstos se colocaban paralelamente formando callecillas entre las cuales se paseaban jóvenes y señoritas, el precio de los anillos variaba de 2 hasta los 25 centavos, dependiendo del material del que estuvieran hechos.

Las muchachas acudían a esta fiesta con sus más bonitos vestidos esperando que algún amigo, compañera o el joven de su agrado les obsequiara un anillo.

Los jóvenes muy entusiastas hacían un recorrido con sus amigos observando a las señoritas que, sonrientes y con impaciencia, también recorrían los puestos.

Ellas solían pedirles a sus amigos su anillo y acompañaban al muchacho recorriendo los puestos hasta encontrar el que fuera de su agrado; los anillos eran catalogados de amigos, compañeras, pretendientes y de compromiso. Estos últimos eran los más interesantes, ya que despertaban el entusiasmo entre los jóvenes y las señoritas que acudían al festejo con la ilusión de ver al muchacho que en aquel tiempo solía escribirle bellas y románticas cartas. Existían puestos de fruta de horno, cacahuates, elotes, volovanes y diversas golosinas. Al caer la noche comenzaba a reinar un ambiente muy alegre, se veían las parejas de jóvenes conversando animadamente a la luz de la luna y empezaba a escucharse la música de viento interpretando melodías como *La Panchita*, *Adiós Mariquita linda* y otras. La fiesta terminaba cuando, para completar el pintoresco cuadro, se quemaba un enorme castillo (fuegos pirotécnicos) con la espectación de quienes se encontraban en el lugar.

El templo de San José se encuentra en la plazuela Miguel Hidalgo, que antes se llamaba plazuela Abasolo, junto a él está la escuela Aguiluchos de Chapultepec que en tiempo de la Revolución era cuartel, al centro de la plazuela había un monumento dedicado a los Niños Héroes de Chapultepec y frente al templo se encuentra la parroquia. La plazuela está ubicada en el centro de la ciudad de Irapuato.

Esta fiesta religiosa se originó porque la Biblia relata que ese día Dios le reveló a la virgen María quién sería el elegido por él para pasar a ser su esposo y al ser presentada al templo, la señal sería que al joven al que le brotarán flores de su báculo era el elegido, San José.

LUCHA DESCONOCIDA

José de Jesús Lara Ramírez (narrador)
Julia Lara Ramírez (escritor)
Guanajuato, 1989

Hace muchos siglos, con 79 días exactamente, un 8 de mayo, un ser celestial, a quien el Omnipotente dio el nombre de Luzbel, se rebeló en contra del Padre Eterno, porque creyó tener más poder que el Creador. Era un ángel astuto, bien parecido, al cual Dios había escogido para su confidente, pero pronto se dio cuenta de lo poderoso que era dicho ángel.

El Padre Eterno, cuando tomaba un descanso y se lavaba sus manos en unas jicaras con agua, ésta salía sucia, corrompida, resultado de estar salvando tantas almas en pena.

Así pasó Luzbel queriendo superar a Dios. Las almas que Dios decidía que no tenían salvación, Luzbel las salvaba sin consentimiento del Creador y éste llamándole la atención le dijo: "hágase tu voluntad Luzbel", que es el resultado de su nombre. Un 8 de mayo llegaron al lugar de reposo, fatigados del trabajo realizado durante el día. Al lavarse las manos, a Dios le salía sucia el agua, entonces, Luzbel soltó una cargada y le dijo al Omnipotente: "si tú eres el rey del Universo ¿por qué te sale el agua así?, yo que soy tu segundo tengo más poder que tú". Y cuál sería la sorpresa del Padre Eterno al ver a Luzbel lavándose y en vez de caer agua sucia, brotaban querubines.

Fue entonces, cuando Dios ya no lo quiso en el cielo, le cambió el nombre por el de Lucifer y le dijo: "si quieres ser más que yo, véte a gobernar la tierra", pero él no quiso aceptar, a espaldas de Dios había un batallón y quiso amedrentarlo, en dicha legión Lucifer tenía a Satanás, Asmodeo, Envidia, Pereza y Lujuria; quienes hacían de segundos de Lucifer eran Satanás y Asmodeo.

Dios todo lo sabía; tenía un angelito de cinco o seis años

de creado al que casi no tomaba en cuenta. El nombre de este ángel era Miguel.

Al ver que Luzbel no quería salir del cielo, el Padre Eterno le habló a San Miguel diciéndole: "preparate para que mandes fuera del cielo a Lucifer". San Miguel dijo: "no me basto yo solo, necesito más gente". Dios respondió: "aquí la tienes". Y al presentarlos ya no eran aquellas almas blancas y bonitas, tenían cuernos y cola, peludos y feos.

San Miguel argumentó: "Padre, no tengo gente". A lo que Dios contestó: "toma a los pocos que quieran seguirte y les pondrás generales a los más fieles, coronel, mayor, sargento, cabo y capitán a los otros que te sigan".

Lo siguió San Gabriel y San Rafael como capitanes de su Imperio. Así fue como se formó la milicia del señor San Miguel. La gente de este santo, como no tenía armas, tomaron pura flor de cempasúchil, arrojándolas a la gente de Lucifer. San Miguel quiso hacer lo mismo y Dios le dijo: "tú pelea con Lucifer, porque él se merece más; toma tu espada y tus balanzas para que, a espada y saques del cielo y con ellas veas qué pesa más, la maldad o las buenas acciones. Llévalo a los últimos rincones del infierno a gobernar a quien ame el mal, a proteger a quien no crea en mí y sea falso con la ley de Dios, ya verá como ahí sí va a tener quien lo siga".

Lucifer no pudo gobernar como quería, hubo necesidad de hacerlo en forma guerrera, unos contra otros. Él era muy poderoso, tenía a mucha gente que lo apoyaba, entre ellos un rey que contaba con una muchedumbre, tanto de caballería como de infantería, pero San Miguel no le dio tiempo de llevárselos. Dios les levantó la mano y no les alcanzó su bastimento.

Al ver el rey que ya no tenía alojamiento con Dios, decidió ir en busca de Lucifer. El monarca cargó muchas mulas con bastimentos de oro y plata, los cuales, pensaba que nunca se terminarían. La gente fue desertando paulatinamente. Las provisiones se fueron terminando, el hambre comenzó a apoderarse de ellos y por consecuencia reinaba la desesperación, se salían a los caminos a robarse entre ellos mismos. El rey ya

sólo contaba con unos cuantos moros, que eran los de caballería.

Un día se dio el caso que tuvieron que salir a robar a su propio rey, le pusieron una emboscada en el camino por donde tenía que pasar. El rey controlaba bien a su gente, uno de ellos tenía nombramiento de mayor y se encargaba de vigilar el camino junto con un par de moros a quienes mandaba por delante a inspeccionar.

Cuentan que en una ocasión regresaron los moros a decirle al mayor que no podían pasar por donde tenían planeado el viaje y el jefe les ordenó ir por otro rumbo; regresaron con las mismas noticias, "no podemos pasar, nos tendieron una emboscada".

El mayor trajo dos moros más y ordenó ir en parejas, cada pareja por un lado y llevarlos a su presencia vivos. Cuando hicieron lo ordenado, resultó que aun disfrazados y modulando la voz de manera extraña, los reconocieron como gente propia y por ese mismo motivo el general les brindó la oportunidad de defenderse. Comenzaron las formaciones de infantería haciendo una corona redonda y alrededor de ellos la caballería. Empezó el combate y gritaban los moros ¡viva señor San Miguel!, ondearon las banderas de cada bando y la caballería corrió alrededor de la infantería con el deseo ferviente de derrotarlos en el menor tiempo posible; al final ganaron los moros.

Es así como en un ranchito de nombre La Labor, municipio de San Felipe, Guanajuato, se lleva a cabo esta representación en honor al señor San Miguel, quien se encuentra en una muy pequeña y humilde capilla de ese sitio.

Fecha exacta y forma de su presencia en ese lugar no existe, incluso un presbítero de nombre Estéban Ramírez que dedicó treinta y ocho años de su vida pastoral en la parroquia de La Quemada, municipio de San Felipe, Guanajuato, desconoce la forma exacta de la aparición de esta imagen sacra. Dicha parroquia se encuentra a tres kilómetros de la capilla de La Labor.

Pero se cuenta entre los lugareños desde hace ya muchos

años y generaciones, que la imagen de San Miguel Arcángel fue hallada hace bastantes años en el lugar donde ahora se encuentra asentada la capilla. La imagen de bulto la halló un campesino del lugar y de inmediato notificó a los demás lugareños lo que halló. Todos quedaron sorprendidos porque de inmediato reconocieron la imagen. El descubrimiento se hizo a mediados de 1870, según versiones de quienes le tienen un gran amor y una fe enorme.

La capilla se levantó con ayuda de personas de La Labor y de la demás gente que estaba motivada por la curiosidad de ver y conocer la capacidad milagrosa del santo encontrado.

De inmediato se fueron difundiendo los grandes milagros, al grado que, a principios de 1880 un sacerdote que tenía a su cargo el templo principal de San Felipe, y por consecuencia todas las demás capillas y templos que a su congregación pertenecían, llevó la sagrada imagen a la parroquia de San Felipe para que se quedara para siempre ahí, pues él creía que San Miguel merecía un templo más grande. La sagrada efigie fue puesta en el altar mayor para que todos los devotos la contemplaran y pidieran por sus necesidades.

A la mañana siguiente, cuando el sacristán del templo, ahora parroquia de San Felipe, tomó las llaves y abrió, se dio cuenta de que San Miguel, un día antes traído, ya no se encontraba.

Se hicieron todo tipo de investigaciones deslindando responsabilidades y se llegó a la conclusión de que no existía poder humano que lo tocara, pero más fue el gusto que les causó a los habitantes y vecinos de La Labor el darse cuenta de que su santo, encontrado en ese lugar, nuevamente se hallaba con ellos sin ninguna mano terrenal que lo hubiera puesto ahí.

Al darse cuenta de la desaparición, el cura de San Felipe formó brigadas de rescate y fue a La Labor a ver si se encontraba el santo. Aún más grande fue su sorpresa al ver que no tenía señas de que hubiera sido tocado por alguna mano y mucho menos trasladado en tan poco tiempo y de tan lejos.

El cura reincidió en llevarse la imagen a San Felipe, como

en la primera ocasión; hubo muchas oposiciones por parte de la gente que ahí vivía, pero podía más la palabra de un clérigo en ese entonces.

Lo anormal de todo esto es que como en la primera vez, se siguieron muchas otras más con el mismo resultado hasta que el cura optó por dejar definitivamente en La Labor a San Miguel. En San Felipe se expone y venera el mismo día 29 de septiembre otra imagen del mismo santo, pero no tiene ningún parecido en común mas que el nombre, la espada, las balanzas y en ocasiones una vestidura similar.

Gracias a esto, se prepara una fiesta religiosa en este rancho de La Labor hasta el año pasado, con un sentido muy religioso, claro que no falta uno que otro juego mecánico ya un poco fuera de nuestros tiempos de los que vivimos en una ciudad habitada y frecuentada por el turismo. A nosotros ya no se nos hace raro observar gente de diferentes nacionalidades con apenas una poca de ropa en el cuerpo, ver tanto camión transportando material y equipo de filmación para cine o televisión y una que otra ocasión, un circo.

Ya, de hecho, todo lo antes mencionado es totalmente desconocido para los habitantes que permanecen en La Labor; procuran durante las festividades no vender bebidas embriagantes, es un acuerdo que tiene el clero y habitantes, por lo menos durante las fiestas del santo patrono. También es una fecha significativa para muchos de ellos, porque generalmente es cuando vuelven a ver a sus hijos, parientes, tíos, amigos, etc., que no se ven más que en esos días, pues muchos de ellos salen a buscar sustento a las grandes ciudades de la República Mexicana, como lo son: Monterrey, Nuevo León, D.F., o sus alrededores, León, Guanajuato, y la zona fronteriza con los Estados Unidos de Norte América principalmente, aunque muchos de ellos junto con sus familiares se encuentran ya residiendo legal e ilegalmente dentro del vecino país.

La fiesta se desarrolla en términos generales en un ambiente de tranquilidad, sin embargo, mucha gente tiene otras tendencias diferentes a las antes mencionadas, por ejemplo,

hacer negocio vendiendo alimentos para los peregrinos, tanto gente como animales, reliquias y cera para agradecer algún favor de parte de San Miguel, etcétera.

Para los que vamos de la ciudad de Guanajuato, el programa nos indica salir el día 27 por la mañana y en Santa Rosa de Lima oír una misa junto con otros muchos cabalgadores de los comienzos de la Sierra. Terminada esta conjunción de la milicia y formación, comienza la peregrinación aproximadamente a las 10:00 a.m., para después seguir por el camino antiguo a Dolores Hidalgo y tomar un poco de alimento en lo que originalmente es Rancho Enmedio, y de inmediato proseguir. Tres horas más adelante les damos una poca de agua a las bestias, ya que es el único lugar en la Sierra donde hay un arroyo con una gran peña resbalosa y de ahí toma su nombre el sitio; sin ningún descanso sigue la cabalgata a dos horas más, aproximadamente, que es cuando se ve ya el lugar donde se evoca al encuentro de los moros —ya antes citados— y al terminar, se consigue comida principalmente para el caballo, este lugar se llama Estancia de Zamarripa.

Muy temprano, por la mañana, se reanuda el viaje, después de un descanso, entre las 5:00 y 5:30, cuando aún está oscuro el campo y solamente las personas que ya han transitado varias ocasiones por ese lugar, pueden recorrerlo sin problemas. La gente de infantería lógicamente sale a un buen tiempo antes que la caballería para alcanzar a llegar al siguiente destino sin mucha desventaja, el lugar próximo a la recepción, encuentro, misa y almuerzo se llama La Quemada. Terminando, se procede a reanudar el viaje hasta el punto final.

Cuando se ha hecho esto, siendo ya día 28 de septiembre, el resto del día es de aseo personal, y cabalgar o descansar los que quieren; también, visitar a quien se le ha ofrecido el sacrificio y pago de promesas, caminando de rodillas, que es lo más común entre la comunidad cristiana; entrega de cera y limosnas en la pequeña, pero muy concurrida capilla.

29 de septiembre, día de la gran festividad. Muy temprano ya hay música, cohetes con enormes masas de pólvora para hacerlos tronar, la gente se dispone a prepararse para la gran

fiesta. Todo el día anterior y éste van llegando, aun en la noche, creyentes de muchas partes. A las 10:00 a.m. es la misa y terminando ésta, se procede a la formación de peregrinos; entran primeramente a un gran campo las infanterías con todo y sus bandas de guerra y una de viento. Lleva más de una hora acomodar a seis mil caminantes y revivir las formaciones y acciones que en tiempos remotos realizaron con el rey que había sido dejado del amparo de Dios. Los moros, o sea la caballería, año con año, afortunadamente, se incrementan más para beneficio de quienes nos gustan las tradiciones mexicanas como ésta y que no tiene mucha difusión en ningún aspecto. Dentro de las ciudades, pocos son los que nos interesamos por difundir esto y no sólo en el aspecto religioso sino humanístico. Son pocos los lugares y las ocasiones en donde se pueden ver congregadas a más de 600 mil personas.

El acuerdo y distribución de la caballería es más rápido que el de la infantería; se hacen las evocaciones de cuando salieron a robar al rey y ahí comienza una gran batalla de aproximadamente cuarenta o treinta minutos.

La gente de infantería, en un círculo central, corre hacia la derecha y más retiradas de este gran círculo la caballería. Por la tarde se realiza una corrida más, pero con menos asistencia.

Todo está por terminar, la muchedumbre busca en dónde comer un poco, distraerse en algún viejo y deteriorado juego mecánico, y darle bien de comer a su animal durante todo el tiempo que el caballo lo pueda hacer, porque la salida es a las 5:00 a.m. Este regreso se hace con una canción que evoca a los cuatro puntos cardinales deseando suerte y, a la vez, pidiendo a los que asistieron que si en otro año pueden regresar, lo hagan.

30 de septiembre. Ya en la despedida se escuchan cohetes, pues todavía este día hay una corrida con las personas de los ranchos más cercanos o con quienes tienen la posibilidad de transportar sus animales en un vehículo de motor.

El regreso es rápido y caprichoso, no hay descanso más que en la Peña Resbalosa, donde toman agua los caballos y

uno también. Este retorno dura más o menos de doce a trece horas, lo ideal es salir temprano y que no le caiga a uno mucho el sol. Es costumbre que todos regresemos con bien, aunque muy cansados pero con gran gusto.

Esta es *Una tradición de mi pueblo* que a pesar de ser poco conocida por la mayoría de la gente, si lo es entre la gente que proviene del campo.

Uj.

CELEBRACIÓN DE LA FIESTA DE LA SANTA CRUZ EN VALLE DEL MAÍZ

José Dolores Arana Olivares
San Miguel de Allende
Segundo lugar, 1989

La creencia en la Santa Cruz del valle del Maíz se remonta a los años de 1825 a 1850, aclarando que esto no es una fecha exacta, pues según cuentan los ancianos de 85 años, que cuando eran pequeños, sus padres tenían la tradición de llevar la imagen de la Santa Cruz a una ranchería cercana al valle, la cual actualmente se llama presa de la Andeta. En esta ranchería se quedaba durante todo el año, llevándose de casa en casa como especie de visita, es decir, en una se quedaba nueve días, en otra tres y así sucesivamente; semana tras semana, mes tras mes, la imagen hacía el recorrido por toda la ranchería, ya que para la última semana del mes de mayo se regresaba a su lugar de origen, es decir, a la comunidad del valle del Maíz, una vez aquí se procedía a trasladarla al templo del Oratorio, el cual se encuentra en el centro de la población de San Miguel de Allende, Guanajuato.

En esta iglesia se oficiaba una misa en honor a la imagen y se volvía a regresar a la comunidad del Valle. Cabe decir que los ancianos de 85 años comentan que todos los creyentes de aquellos tiempos, daban en ofrenda a la Santa Cruz, maíz, el cual era vendido en la comunidad a precio barato, y si por causas del destino, alguna persona estaba necesitada, se le regalaba un poco. Así, la creencia en la Santa Cruz aumentaba día con día, pues las personas quedaban agradecidas con la pequeña, formal y generosa ayuda que se les brindaba por medio de la imagen.

El dinero que se juntaba de esta venta, se empleaba en gastos referentes a la comida que se les daba a la danza de Sonaja y a los participantes de la festividad. Según cuentan los ancianos, en los días de la fiesta, se improvisaban jcales de carrizo

para otorgarles albergue a los participantes que venían de fuera, así como para proteger la imagen de las lluvias o el polvo.

Entre los años 1885 y 1910, se pensó en construir una capilla, ésta serviría para darle protección a la imagen y más realce a la festividad. Según platicaba mi abuela, cuando se empezó a construir la capilla, ella tenía seis o siete años de edad y decía que todos los domingos, un señor al cual apodaban el "Tío Chupas", pasaba por los callejones tocando una flautita de carrizo y un tambor. Al oír los niños el sonido rítmico que traía el "Tío Chupas", salían corriendo de sus jacaletas, pues les encantaba oírlo tocar. De esta manera, el mentado don "Chupas", reunía a todos los niños de la comunidad del valle del Maíz, para traer piedras de las cercanías, mientras los mayores ponían los cimientos de la capilla. De esta manera con la idea de los adultos, la voluntad y el esfuerzo de los niños, tomando en cuenta el gran principio de vencer y proteger a la imagen de la Santa Cruz, se construyó en aquellos tiempos la capilla.

Una vez construida, poco a poco la festividad se fue haciendo más grande, entonces se empezaron a poner cimientos para construir el templo.

Entre los años de 1925 y 1930 más o menos, para construir el templo, se recurrió al mismo procedimiento que se realizó para la capilla. Todos los domingos se hacía faena, o sea, se trabajaba por voluntad propia sin recibir nada a cambio; desde que empezaba la mañana, algunas personas regalaban cargas de cal, es decir, piedras de cal, pues en ese entonces no la había molida. Estas piedras se traían en recuas de burros y eran remojadas en agua hasta que se trasformaban en mezcla. Cuando esto sucedía, procedían a pegar las piedras.

Los niños de entre 6 y 7 años, los cuales ahora son personas de 55 y 60 años, cuentan que ellos también traían piedras de las cercanías del lugar para construir el templo, y que un señor llamado don Tomás Ortiz, pasaba todos los martes a visitar a los niños que se habían acomedido a traer piedras y les regalaba por su servicio la cantidad de un centavo o en ocasiones eran dos o tres; según cuenta mi madre, había

algunos niños que no se acomedian a traer piedras y querían hacer tonto a don Tomasito a la hora de repartir los centavos, pero él tenía un sentido muy agudo y observaba a los niños que participaban. Por lo tanto, a la hora de repartir el apreciado dinero, sólo lo recibían quienes habían acarreado piedras. Esto servía de aliciente para los niños que participaban y a la vez de castigo para los que no lo hacían.

También se procedió a convencer a las personas de más dinero, es decir, a las personas más ricas de San Miguel de Allende, para que hicieran donativos de valor, los cuales sirvieron para completar el tesoro, ya que de esta forma es como se pudo oficiar misa en los templos.

Como se puede apreciar en este relato, hay dos diferentes épocas en que las ideas de los ancianos juegan un papel muy importante. En la primera, se atrae a los niños con el sonido de una flautita de carrizo y un tambor; en la segunda, se les obsequian centavos, pero siempre con el vivo sentir de los ancianos, de construir y preservar un ideal que enorgullezca el ser de las generaciones venideras.

De suerte que, con el gran principio de nuestros antepasados de cultivar con sencillez y humildad el espíritu, y de convivir en armonía con la voluntad de Dios, y de acuerdo a nuestras raíces mexicanas, se construyó a un lado de la capilla, el templo del valle del Maíz, en el cual se ofició por primera vez, el 1 de junio de 1941, el sacrificio santo de la misa, y fue solemnemente bendecido por el señor cura y vicario don José Mercadillo Miranda.

Entonces la comunidad decidió elegir mayordomos para la responsabilidad y el cuidado del templo; éstos deben ser, según he captado, los que mejor trato tengan con el barrio y que se hayan preocupado por conservar las tradiciones del mismo. Cabe señalar que el primer mayordomo, cuando tiene a su cargo el cuidado del templo, no toma ninguna decisión sin antes consultar a la comunidad. Cuando se quiere arreglar el templo de alguna manera especial, el mayordomo pide el parecer del barrio y si la mayoría está de acuerdo, se aprueba la decisión.

También se pide opinión en la compra de cosas necesarias para el templo, por ejemplo, yo recuerdo que se compró una campana y un órgano construyéndose el coro de la iglesia, todo esto con la voluntad y aprobación de todas las personas. Creo que este barrio ha sido y seguirá siendo muy unido, pues el principio que nos inculcan nuestros antepasados de generación en generación, es la raíz fundamental por la que hacemos y seguiremos haciendo la fiesta en honor a la Santa Cruz del valle del Maíz.

El mismo día que se eligen mayordomos, la juventud y demás personas toman a la vez un cargo por cuenta propia, es decir, que hay puestos que desempeñar para darle lucimiento a la festividad de la Santa Cruz, la cual se venera el último viernes del mes de mayo, terminando el lunes a las 8 ó 9 de la mañana, de manera que la festividad tiene una duración de tres días.

Los cargos que se toman son los que a continuación enumero: encargados de la pólvora del sábado y del domingo; encargados de darle de comer a la música de viento del viernes, sábado y domingo; encargados de la danza de Sonaja, Velación y adorno del crucero; encargados de las luces y rehiletes, es decir, de la pirotecnia; encargado del palo encebado; encargados para darles de comer a las danzas de Apaches, de Indios y de Locos; encargados de la cera, del coloquio, de los parandes y de recolectar aves de corral tales como pollos, los cuales son vendidos para la recolección de limosna y de la flor.

Recuerdo que cuando estaba pequeño, el último viernes del mes de mayo, en compañía de mis padres y hermanos, traíamos flores al templo y seguimos trayendo ya desde hace algunos años, ya que el viernes de la última semana del mismo mes, por la mañana, se celebra misa. Después de terminada procedemos a sacar a la Santa Cruz del templo, y con ayuda de diferentes personas la llevamos hacia la salida de Querétaro, a la casa de la señora Concepción Olivares de Arana, en donde permanece durante todo el día, ya que por la tarde, como a eso de las siete y media, comienza lo que se ha dado por llamar el "ensaye real", es decir, van las danzas

de Sonaja, Apaches e Indios, el cuadro de Locos, las músicas de viento y un escuadrón de soldados por la Santa Cruz, al lugar antes mencionado.

Entonces empieza el recorrido con la imagen y las danzas por la salida real de Querétaro para la recolección de flores, las cuales están en las diferentes casas de los encargados de la flor. Al llegar a cada una de éstas, se bendice la flor con el somador y el humo del copal. Así, uno a uno se forman para caminar en procesión todos juntos con rumbo al templo del valle del Maíz.

En todo el recorrido se puede ver a la juventud lanzando luces o rehiletes con alegría y orgullo de participar, el que no lanza, participa danzando al ritmo de la tambora y el violín. Así, cada quien toma parte en lo que mejor le parece, ya sea usando la vestimenta de los indios, apaches, franceses, soldados; saliendo vestidos de locos o simple y sencillamente recolectando limosna así como ayudando a cargar la imagen de la Santa Cruz.

Al llegar al templo, imagen y danzas son recibidos con repique de campanas; el mayordomo con sus ayudantes bendicen la imagen y le dan la entrada al templo, entonces, se procede a bendecir a cada uno de los participantes de las danzas, de igual manera a todos los creyentes que ofrecen flores o limosna. Se hace la señal de la cruz con el somador hacia los cuatro puntos cardinales y repitiendo en cada bendición él es Dios.

Cuando se termina la bendición de las danzas, la cera y la flor, se lleva la imagen de la Santa Cruz a la casa de los encargados del crucero, se bendicen dos palos como de cuatro metros cada uno, los cuales servirán para formar el mismo.

De esta manera, en presencia de la imagen, al ritmo de una flautita de carrizo, al golpe de un tamborcito y al delicioso sabor de un ponche caliente se empieza a formar el crucero durante toda la noche. Los encargados y voluntarios se dedican a ponerle hojas de cactus, a las cuales se les llama cucharilla, este elemento es traído una semana antes de la festividad desde los cerros que se encuentran a una distancia de 15 ó 20 kilómetros de la comunidad del Valle.

Con hilo de cáñamo se sostienen tiras de carrizo, espaciadas una de otra, de medio a un centímetro, pues en este espacio es en donde se pone la hoja de cucharilla. Durante la misma noche, también se forman unos ramilletes con hoja de cucharilla y flor; el carrizo que se utiliza en la formación del crucero es conseguido en el mismo barrio, aunque a veces este material es comprado en otras partes. El mayordomo se regresa al templo para arreglar el altar con la flor que han traído los creyentes y los encargados. De esa manera, junto con sus ayudantes se dedican a dejarlo listo para otro día. A un lado de la iglesia se pueden escuchar cantos y rezos en honor a la velación del crucero.

Mientras se arregla el templo, se arma el crucero, se reza y canta en honor a la Santa Cruz, se espera la llegada de la pólvora a las cinco de la mañana del sábado, la cual es comprada por personas del mismo barrio, aunque es necesario aclarar que hay personas que no son del barrio y que de muy buena voluntad cooperan con lo que pueden.

Llegan las cuatro de la madrugada, a lo lejos se oye la música de viento que viene acompañando a los encargados de la pólvora, algunos gritan de júbilo al ritmo de los corridos, otros vienen con solemnidad cargando sus gruesas de cohetes, al llegar al templo son recibidos con repique de campanas. El mayordomo con sus ayudantes los bendice para darles entrada al templo, una vez dentro, entregan oraciones y son bendecidos nuevamente cada uno con su gruesa de cohetes. De suerte que, con el orgullo que sienten por la festividad, salen del templo y se dirigen hacia un lugar llamado el Caracol, situado en la parte alta del barrio, aquí empiezan a quemar los cohetes.

Desde las cinco de la madrugada hasta las seis o siete es lo que se denomina Alborada del Sábado. A las nueve de la mañana se oficia la sagrada misa, para lo cual se trae la imagen de la Santa Cruz del lugar donde se está haciendo el crucero; también cuatro ramilletes que se hicieron durante la noche; la misa que se oficia a esta hora, es por lo regular en honor a los que vivieron en el barrio y que ya son ánimas.

Cuando ésta termina, sacan de nuevo a la Santa Cruz con los ramilletes y se dirigen a la calle Real, salida de Querétaro, en donde se encuentran dos imágenes en forma de cruz, a cada una le ofrecen dos ramilletes, le hacen reverencias y bendiciones y de nuevo se regresan al templo a descansar.

Ya para las tres de la tarde, adornado con tortillas de color, con flores, pan y fruta, está formado el crucero, el cual es llevado frente al templo. Aquí se recibe con repiques de campanas y bendiciones, entonces se procede a presentarlo; ya cuando está levantado, en lo más alto del mismo, se puede apreciar una cruz. En este momento, la danza de Sonaja, de Apaches, de Indios, el cuadro de Locos y el escuadrón de Soldados, entregan oraciones en el templo, ya que habrá un encuentro entre indios y soldados. Al terminar las oraciones, los indios danzando al ritmo de la tambora y el violín, se dirigen por la parte del Caracol hacia las afueras de la ciudad lanzando su grito de guerra.

Mientras tanto por la calle Real, salida de Querétaro, se puede ver la tropa de Soldados, la danza de Sonaja, la de Apaches y Franceses, el cuadro de Locos, las músicas de viento y la imagen de la Santa Cruz, dirigiéndose todos en formación hacia el lugar de combate. Ya en el campo de batalla empieza la lucha por la dignidad entre indios y soldados; a lo lejos se observan las señales de humo que salen de las campañas de los indios y los gritos de burla hacia los soldados se dejan escuchar; de pronto, el estruendo de los cañones y la polvareda que levantan las bombas, llegan hasta el lugar de los espectadores.

Las enfermeras, como siempre, en forma neutral ayudan a los heridos, dan agua a los deshidratados, tanto de un bando como del otro. Los soldados han tomado prisioneros a una docena de indios y proceden a atarles las manos para que no se escapen; mientras tanto, los indios han tomado prisioneros a las dos terceras partes del escuadrón, incluyendo entre ellos a los más altos rangos militares. Un soldado raso toca la trompeta indicando la retirada, poco a poco cesa el fragor y el estruendo de las bombas va dejando desolación en el

campo de batalla. A lo lejos los indios izan su bandera y danzan alrededor del campamento en señal de júbilo, pues han hecho correr al enemigo, el cual se sentía superior en armamento, pero una vez más, se puso a prueba la valentía y el espíritu de libertad de las tribus india y apache por sobre la superioridad materialista de los conquistadores.

Así, en forma mítica se lleva a cabo, año con año, el combate entre indios y soldados, en la festividad de la Santa Cruz del valle del Maíz.

Al término, se procede de nuevo a caminar al templo por la salida de Querétaro, los soldados llevan sus prisioneros, los indios de igual manera. Las danzas de Sonaja, el cuadro de Locos, la danza de Apaches y Franceses, así como la de Indios, bailan cada una al ritmo de sus respectivas músicas; es decir, el cuadro de locos baila al ritmo de la música de viento; los indios, franceses y apaches al ritmo de una trompeta, un violín y una tambora; la danza de Sonaja al ritmo de varias trompetas, guitarras y un contrabajo. Así se llega al templo, de nuevo se hacen los procedimientos del día anterior, es decir, se bendice la imagen, danzas y demás creyentes para darles la entrada al templo. El domingo se ofrecen dos misas, una a las nueve de la mañana y otra a la una de la tarde, durante todo el día se puede ver a los indios, apaches y franceses danzando.

A las siete de la noche los encargados del coloquio son recibidos y bendecidos en la iglesia, cuando terminan de entregar oraciones, salen y presentan su obra de teatro durante toda la noche. Mientras tanto, los encargados de la pirotecnia lanzan luces y rehiletes de diez y media hasta las once de la noche en que es quemado uno o dos castillos, por lo general, en el último castillo suele aparecer una gran imagen en forma de cruz, entonces se deja escuchar el repique de campanas y cientos de luces iluminan la oscuridad de la noche.

FIESTA Y SERPENTINAS DE NOVIEMBRE EN DOLORES HIDALGO

José Dolores Rodríguez Luna
Dolores Hidalgo
Mención honorífica, 1989

Vaya . . . cuando me pongo a pensar en aquellos tiempos, tiempos en que desconocía el porqué de esta celebración y no creía que fuera algo ya tradicional para nosotros los doloreses, habitantes de la cuna de la Independencia.

Y cuando lo recuerdo, acuden a mi memoria imágenes de cuando era niño y sabía que llegaba la fiesta de las Serpentinatas como solíamos llamarle todos al festejo que año con año se daba y aún no sabía ni el porqué o a qué se debía, y no sólo ignoraba esto, también desconocía el tiempo en que venía, pues mi mente infantil tenía otras cosas en qué ocuparse, algo así como saber el tiempo que vivía . . . pero no creo que haya sido sólo yo quien ese sentimiento tuviera, sino que nos llevaba la ilusión de algo que nos gustaba tanto y era poder hacer nuestras aquellas tiras de papel multicolor con las cuales nos poníamos a jugar, enrollándolo hasta formar la rueda más grande y de más colores . . . era por eso nuestra alegría, llegada la fiesta de las Serpentinatas.

Al caer la noche del primer día, en compañía de nuestros mayores, nos dirigíamos a gozar del fandango, pero ese día no habría más que la entrada cercana al templo, aun así, nos gustaba ver los fuegos artificiales de que hacían uso para anunciar su marcha a través de las calles; cientos de cohetes multicolores iluminaban la noche, haciéndola parecer una lluvia de estrellas que nos fascinaba observar, sintiendo regocijo muy dentro de nuestro pecho; ver subir las líneas dejadas por los cohetes y al final el estallido, lluvia de luces de colores que era algo maravilloso; nos obligaba a apartar la mirada de otra cosa diferente a eso, acción que nos mantenía con nuestra atención ocupada durante la primera noche

de fiesta y las bandas acompañantes de los fieles, que todos en filas de tres personas, caminaban con sus obsequios hasta llegar al templo y entregarlos a los sacerdotes.

Una celebración y terminaba todo, ya sólo restaba esperar la quema del castillo, la cual llegaba poco más tarde y volvía nuestra atención a quedar centrada en ese conjunto de fuegos pirotécnicos que parecía no tener fin, pues se prendía una parte y al terminar daba comienzo a otra, cada una diferente, de color distinto, girando y produciendo ruidos semejantes a silbidos. Pero sí tenía fin, recuerdo, sí tenía fin algo que no esperaba; prendida la parte más alta del castillo, todo terminaba y teníamos que marcharnos a nuestras casas sabiendo que el día siguiente sería el que todos esperábamos.

Por la mañana, sólo anhelábamos que cayera la noche, tanto lo deseaba, al menos yo, que la mañana me parecía interminable, pero al fin llegaba la noche y después de cumplir con nuestros deberes, otra vez en compañía de los adultos, caminábamos rumbo al jardín "chiquito" como lo conocíamos; sería la primer noche que todos esperábamos con ansia. Para la entrada de la cera, al igual que el día anterior, estaban todos formados y anunciando su paso por las calles, con cohetes tal como una procesión, unos con flores, otros con cirios o veladoras, pero todos llevaban algo.

Después de entrar al templo, la fiesta en el jardín; para el segundo día un grupo musical ubicado en el kiosco interpretaba las canciones de moda, los jóvenes lucían sus mejores galas ocupando los lugares de la orilla del jardín, colocándose en tal forma para simular dos círculos concéntricos en medio de los cuales circulaban en sentido contrario a las manecillas del reloj, buscaban candidatas para iniciar la noche de fiesta, que comenzaba cuando ellos lanzaban serpentinas a las jóvenes o, en todo caso, mucho confeti. Vaya forma de expresar la alegría, pero creo era más la que sentíamos nosotros, pues apenas lanzaban una serpentina o en todo caso la enrollaban en los cuellos de aquéllas que tenían a su alcance, y ellas se deshacían de las tiras de papel; prestos estábamos a apoderarnos de tales objetos y es que en nuestra inocencia infantil

para nosotros entretenernos con ellas, enredándolas, era algo único, y siempre buscábamos juntar más que el otro. Día a día era lo mismo, esperar la noche, ir, ver la entrada de la cera que algunas veces acompañada no sólo de la banda de guerra sino también de una danza que por lo general era la de los Concheros, la que nos deleitaba por un buen rato en el jardincito, y como el primer día, siempre al término de todo, un castillo, siempre diferente al del día anterior y procurando ser mejor; casi siempre volvíamos a casa cansados, sin ánimos de siquiera comer la fruta que nos compraban en algún puesto, de los muchos que circundan el jardín donde se llevaba a cabo la festividad, esto pasaba diario hasta que llegaba a su fin, pero algo curioso era que la celebración nos fascinaba, mas ninguno sabía a qué se debía o en honor a quién era . . .

Todos estos recuerdos vuelven a mi mente ahora que veo esta fiesta no con aquellos ojos de niño, sino de otra manera, como lo que es, una tradición que ya forma parte de este lugar. Todo me interesa, pero más a fondo, no sólo como una fiesta común, pues tiene algo que yo antes no sabía y que al pasar del tiempo he buscado la explicación de lo que ocurre en esta celebración, pero es algo que todos a quienes me he dirigido por información poco saben de ella, y por lo que he visto yo mismo, sólo sé que anualmente al llegar el 28 del mes de noviembre, da inicio un novenario en honor de nuestra señora de la Purísima Concepción, la cual se venera en el templo de la Tercera Orden; un pequeño templecito de estilo gótico, sencillo y bonito, ubicado en la esquina formada por las calles Jalisco en línea norte-sur y Puebla, que va de este a oeste. Frente a este templo, al sur, está ubicado el jardín "chiquito", su nombre verdadero es jardín de los Compositores que es donde se lleva a cabo gran parte o lo mejor de esta fiesta tradicional.

El primer día es como ya conté cuando hablaba del tiempo de mi infancia; los otros los veo en una forma diferente a aquel tiempo, ya no soy aquél que gustaba de recoger tiras de papel para jugar con ellas. Cuando quise conocer el porqué de esto, pregunté y pude ver que desde hace muchos años se

viene llevando a cabo este fandango, pero se ignora de dónde viene la tradición de arrojar confeti y serpentinas a las jóvenes, mas dijeron que pudiera ser una forma que alguien utilizó para halagar a otro tal como si le ofreciera flores para su pelo o una guirnalda para su cuello, y de ahí le siguieron más y más hasta la actualidad. Y es que cuando un muchacho se acerca a una joven, enreda una serpentina en su cuello, si es roja le está haciendo una propuesta de amor; la blanca es de matrimonio a lo que ella, si no es tímida, puede hacer lo mismo. Con una señal roja indica que acepta o está de acuerdo con su propuesta de amor o si es blanca de matrimonio; pero si no lo está y no lo toma a bien, ella usará una cinta morada, mas si desea darle esperanzas puede usar una serpentina de color verde y así utilizando estas tiras de papel, le puede hablar sin mencionar palabra alguna durante la fiesta que se lleva a cabo en conmemoración de nuestra señora de la Purísima Concepción; fiesta tradicional en la que se goza de espectáculos regionales, oyendo a un grupo musical, viendo una danza autóctona que nos deleita con los bailes que nos legaron nuestros antepasados, así como la entrada de la cera acompañada de la banda de guerra. También algo que no dejaría de admirarse es la quema de fuegos pirotécnicos y, para que esta fiesta sea más completa, colaborar con nuestra participación en lo que ya también es una tradición: participar en la fiesta de las Serpentinatas, para hacerla cada vez más nuestra y pueda resultar de gran interés para el participante.

¡Ah!, cómo son bellas nuestras tradiciones cuando somos nosotros los que las cuidamos, participando de ellas, nuestro estado tiene tantas y una de ellas es la fiesta de las Serpentinatas en el jardín de los Compositores, dentro de las festividades de la virgen de la Purísima Concepción, venerada en el templo de la Tercera Orden. Una tradición que celebramos los doloreses del 28 de noviembre al 8 de diciembre en la cuna de la Independencia, año con año y que tiende a desaparecer por todo lo moderno que nos invade, y a lo que a veces favorecemos más que a lo propio, lo nuestro, lo que una vez a muchos hizo sentir lo mismo que a mí cuando niño y aún ahora.

LAS FESTIVIDADES DEL SANTO ISIDRO LABRADOR "PATRÓN DE LOS AGRICULTORES" EN EMPALME ESCOBEDO

Enrique Ramirez Ortiz
Empalme Escobedo, Comonfort
Mención honorífica, 1989

A partir del 6 de mayo comienza en el poblado de Empalme Escobedo las celebraciones y ofrendas a San Isidro Labrador. Las celebraciones comenzaron en una hacienda cercana a este poblado llamada Melgar, pero a causa de las luchas posteriores a la Revolución Mexicana, es destruido el recinto donde se le adoraba al santo; transportándolo definitivamente a Empalme Escobedo.

Tales celebraciones comienzan con un rosario que dura exactamente nueve días (novenarios) antes del 15 de mayo. Es llamado al rosario con campanadas y cuetones para que la gente se dé cuenta y acuda a ofrendar sus rezos al santo patrono de los agricultores. Mientras tanto, muchos agricultores —y gente que no lo es—, comienzan a pedir por todo el pueblo una ayuda, ya sea económica o de cualquier otra índole (animales domésticos: gallinas, patos, conejos, guajolotes, pichones, etc.; ropa, calzado, galletas, etc.), que la mayoría de la gente acepta obsequiar gustosa para la celebración de la fiesta los días 14 y 15 de mayo, pues saben que gozarán de un buen espectáculo y diversión.

Llegan peregrinaciones de otros pueblos y rancherías cercanas, dando un toque muy devoto a las celebraciones. Mucha gente que ha recibido algún favor del santo, ofrendan flores, veladoras, limosnas, retratos de la imagen del joven, niño o adulto que ha sido aliviado o socorrido por el santo patrón de los agricultores.

La gente del barrio comienza a prepararse para tan esperada

ocasión, ataviando los frentes de sus casas y las calles con vistosos adornos, llenos de colorido, luz y alegría, que dan a conocer a los muchos visitantes, que están de fiesta y preparándose para recibirlos con alegría y calor humano, característico de este pueblo muy honesto, trabajador y hospitalario.

Antes del día 14 se observa, en apariencia, a la gente quieta, pero ese día estalla muy por la mañana con algo así como unas premañanitas que son llevadas por la rondalla de renombre o por la misma gente del pueblo. Por la tarde se lleva a cabo una tradición entre los charros del lugar llamado los "pollos", tradición muy típica y arraigada que se viene celebrando año con año desde hace mucho tiempo. En esta fiesta participan los charros de la entidad como todo aquél que venga de lugares cercanos, no importa en qué cuadrúpedo sea, la cuestión no es ganar sino competir y departir momentos de felicidad en honor a San Isidro Labrador.

Los "pollos" se llevan a cabo en una calzada cercana a la capilla del santo. Para este evento, San Isidro es transportado en andas por los organizadores del evento a la calzada (calle Niño Perdido), seguido por los devotos que son muchísimos, acompañados por música, una banda de viento que no puede faltar en ninguna tradición popular, y que es regocijo para gente adulta y no tan adulta; así mismo es escoltado por los charros que participarán en el evento; éstos tienen como único requisito de inscripción aportar una limosna para sufragar los gastos de los muchos y muy variados eventos que se llevarán a cabo los días 14 y 15 de mayo.

Antes de los "pollos", para no olvidar a los niños, se hacen juegos para ellos; carreras y encostalados: las niñas también participan, todos estamos de fiesta para todo el que desee intervenir. De pronto nos sorprendemos ¡un terremoto!, no, nada de eso, son dos gorditos que corren ágil y graciosamente ante el bullicio y regocijo de todos los presentes. En el lugar de honor, la imagen del santo patrono es mudo testigo de todas las celebraciones.

La banda de viento, por mientras, no deja de entonar sus alegres notas, que son bailadas por un alegre hombre que se

le han "pasado las cucharadas" y por Mojigangas que no han cesado de bailar desde temprana hora al compás de la música.

Mientras tanto, los charros preparan sus corceles que van desde hermosos caballos, altos y garbosos, hasta machos nerviosos y quisquillosos al ver la multitud que se ha conglomerado para participar pasivamente en el evento; por ahí se inmiscuye un borrico que su dueño lo ha traído no para ganar, sino a disfrutar de las fiestas del agricultor, perdiéndose entre las grandes ancas de hermosos caballos.

Los trofeos que se obsequiarán son traídos en jaulas; observamos desde gallos, gallinas, pollos, guajolotes, pichones, conejos y muchos otros que son todo un trofeo muy apreciado para los charros que ganarán en las carreras.

Como ya se dijo, los charros tienen que dar una pequeña contribución económica para los tantos gastos que ocasionan los eventos. Se coloca una cuerda sujeta de un árbol a la azotea de una casa donde alguien la manipula; abarcando toda la calle donde los charros luchan contra todos haciendo gala de su pericia en la acrobacia, pues tienen que pararse sobre el lomo de sus caballos y alcanzar una pequeña canasta atada a la cuerda que la prenden a manera de piñata decembrina. El charro que logra pescarla, estará listo para correr con quien quiera, agarrado fuertemente de una mano de otro charro y jineteando su corcel con la otra; en esta carrera deben tirarse fuertemente sujetos de las manos quedar casi de costado a su corcel. Esta acción tiene un alto grado de dificultad que es aliviada por el trofeo tan apreciado que se recibe.

Uno, dos, tres y muchísimos son los que logran pescar la canasta y correr de esta manera descrita por espacio de casi toda la tarde en el pueblo.

Por la noche, en las afueras de la capilla, sigue la banda tocando; hay para deleite del paladar de todos los concurrentes ricos y aromáticos platillos de cocina mexicana. Más tarde habrá palo **ensebado** con muchos premios. Hay uno de éstos muy chico, **al que**, cualquier adulto alcanzaría, pero éste es para los niños; **los** adultos tendrán que alcanzar una altura

de 7 metros aproximadamente para llevarse los premios que hasta allá se han depositado.

Los colores de los adornos son opacados por la noche, la lánguida luz eléctrica apenas alcanza a distinguirlos; pero para todo hay solución, el castillo es quemado y vuelve a aparecer la luz y el sonido de los cuetes que chillan y hacen girar sus bases para esparcir una gran gama de luces y colores. El castillo casi pone fin a ese animado 14 de mayo, pero al día siguiente todavía habrá mucho más que gozar.

Llega por fin el 15 de mayo; temprano son llevadas *Mañanitas* al santo patrono que hoy celebra un año más de su onomástico; mucha gente le lleva "gallito", hay que honrarlo y festejarlo.

Desde temprano llegan peregrinaciones. Es traída la Santa Cruz, que acompañará durante todo el día al santo en sus celebraciones, desde un lugar lejano llamado el Picacho. La gente desde muy temprana hora se levanta para cruzar muchos kilómetros y traerla; muchas personas de aquel poblado se regresarán en tal recorrido a pie como lo hace la gente de Empalme Escobedo.

Llega más gente de otras cercanías, más y más ofrendas; personas que han recibido favores llegan de rodillas desde distintos lugares a pagar su manda prometida; es muy emotivo observar con qué fervor y religiosidad impregnada de llanto y gratitud ofrendan su sacrificio a San Isidro Labrador.

En la capilla es celebrada una misa a la que la gente concurre y llena en demasía el pequeño local donde se le construyó su recinto, adornado por la gente religiosa y devota del santo patrono de los agricultores.

Se organiza una carrera pedestre alrededor del pueblo a mediaciones del día, es para todos; los primeros lugares de cada especialidad tendrán su bonito trofeo, que es signo de haber ganado la carrera, pero lo más importante es participar en los eventos de la fiesta.

Los cuetes suben y retumban por los cielos, su eco es ensordecedor durante todo ese día; la fiesta es de todo el pueblo y de aquellos que llegan a participar, como especta-

dores. Los juegos mecánicos son echados a funcionar desde muy temprana hora. Hoy es día de fiesta, todos, pero todos, nos adornamos con nuestras mejores galas. Al filo de las 16:00 horas aproximadamente, la banda de viento es llevada a una área cerca de una parcela, en donde dan lugar otros eventos llamados las "yuntas" y las "muchachas"; nuevamente es conducido hasta allá la imagen del santo junto con la Santa Cruz.

Primero es el espectáculo de las "muchachas" que bailan y departen con los alegres bailarines; ¿estas muchachas?, de ronca voz, algunas con bigotes y todos muy nervudos no son otras que hombres, muchachos y alguno que otro chavalón que se han ataviado con prendas femeninas, algunas de éstas rellenas con trucos. También son ofrendas o mandas que hacen "estas" simpáticas damas con su rimel exagerado tratando de ocultar su áspero rostro curtido por el sol en el trabajo. Tienen mucho público cuando bailan y sacan a varones que se sonrojan de pena ante la risa alegre y pícaro de los espectadores. Las Mojigangas son olvidadas, pero siguen su baile soliloquio; la banda entona canción tras canción. Los hombres que bailan con estas damas tienen que pagar con una pequeña cuota el momento departido; como diría el poeta Agustín Lara: *vende caro tu amor, aventurera*.

Van llegando yuntas ataviadas con galas domingueras, adornadas con flores artificiales, bolillos, birotos, limas, cervezas, naranjas, botellas de vino y muchas cosas; producto de la imaginación de los dueños, pues hay que recordar que habrá un premio a la mejor yunta adornada. Estos animales que sirven al hombre para arar la tierra y que van desde hermosos caballos, machos y borricos que hacen explorar la simpatía de los expectadores, participarán en un evento también muy añejo al que llaman las "yuntas" y que se relacionarán con las "muchachas".

Los charros que participaron en los "pollos", en esta ocasión lo harán como ladrones y policías en el evento que llaman las "yuntas". Malos, buenos y trabajadores que llevan

sus "yuntas", son formados para recibir la bendición del señor cura de la población.

Ahora la concurrencia se divide en estos eventos: algunos que siguen observando las simpáticas "muchachas" y otros que esperan el momento de partida de las "yuntas". Por fin empiezan. Gran cantidad de yuntas simulan arar colectivamente el pedazo de tierra que no ha sido sembrado precisamente para celebrar este evento. Los adornos que cuelgan de los animales simbolizan la cosecha que obtienen los agricultores de la tierra, y los ladrones que simulan bajar del cerro, lugar en el cual se ocultan los malos donde preparan sus fechorías, tratarán de robar. Los buenos, los policías, evitarán ese despojo y perseguirán, en el área delimitada, a esos ladrones, que al tocarlos serán dados por apresados y tendrán que pagar una multa simbólica para poder seguir participando en el evento; si logran arrebatar tales adornos los llevarán a un lugar donde todos los ladrones han recogido para depositar tal botín que al último se repartirán; esto dura mientras la pericia y sagacidad de los policías —los buenos—, logran evitar el pillaje de tales adornos; cuando casi ya no se tiene nada que robar, los malos tratarán de divertirse yendo a robarse a las muchachas que las transportarán en ancas al área delimitada; llegan casi embistiendo a la concurrencia que observa el baile de las alegres damas, y que hace sentir una invitación al goce morboso del peligro. Cuando ya no hay que robar muchachas para divertirse y adornar las ancas de sus caballos, se las disputan entre ellos mismos; las damas pasan de un caballo a otro, algunas veces caen al piso de tierra suelta sin que se golpen de consideración causando angustia y alaridos de temor en los concurrentes.

Llega la noche nuevamente, vemos parados los palos que sostienen los imponentes castillos que volverán a impregnar de luz, color y sonidos la noche para beneplácito de los espectadores que se han llenado ávidamente con emociones pícaras y angustiosas durante los últimos dos días; también encontramos los palos encebados uno para niños y otros para grandes, repletos de premios propios para los que van a escalar.

Los parades hacen su aparición, muy ricos en viandas, refrescos, panes, botellas de licor, etc., que son llevados por aquellas personas que se comprometen a conducirlos íntegros para el año próximo.

Un ballet de cuadros folclóricos de toda la República Mexicana deleita a los espectadores; los instrumentos de un reconocido grupo musical regional son preparados para el baile al aire libre que gozarán, hasta muy entrada la noche, principalmente las personas jóvenes, sin parar, aun las incansables bandas de viento que tocan a la entrada de la capilla donde se adora a San Isidro Labrador.

El ambiente se llena de satisfacción, de hospitalidad a los que han ido a esa fiesta religiosa; y también de los ricos aromas de los antojitos mexicanos.

La gente se divierte al ver los esfuerzos y pericias que hacen algunos muchachos al querer alcanzar los premios de los palos encebados; llegan a visitar y depositar alguna ofrenda para el santo. La verdad es que ha sido un esfuerzo grandísimo por los diversos organizadores de estas festividades y que ese esfuerzo se ha visto compensado por el buen resultado de todas sus actividades, reflejando la satisfacción en los momentos vividos de los concurrentes.

La gente ha gozado estos días y ha ganado, algunos obtuvieron trofeos simbólicos, pero todos, absolutamente todos, hemos ganado mucha diversión en honor al santo.

Se pone fin a una página más en estas celebraciones que resultaron muy bien organizadas; la gente espera con avidez el próximo año para volver a celebrar estas fiestas.

LOS BARRIOS

Albertico Girón Bretón
Irapuato
Mención honorífica, 1989

Al poco tiempo de haber llegado a radicar a la ciudad de Irapuato, fui testigo de la máxima festividad popular y de origen religioso-pagano: la celebración de los barrios, tradición que tiene verificativo durante el mes de diciembre.

La ciudad ha entrado a un ritmo de crecimiento tan rápido que inclusive colonias de nueva formación, como las Carmelitas, inician las festividades desde el último día de noviembre, para terminarlas el 31 de diciembre con la misa de "gallo" y recibiendo el año nuevo en el barrio de San Pedro.

Algunas personas aseguran, ya que la tradición se ha transmitido de padres a hijos en forma verbal, que todo se originó con la visita que hacía la imagen de la virgen de Guadalupe a una casa previamente escogida, de uno de los barrios que por aquellos años componían la ciudad.

Estos eran tan escasos, que la festividad podía iniciarse el día 1 de diciembre y terminar el día 12, con la magna celebración del barrio donde se localiza el santuario de la Virgen, que es el barrio del Puente de la Guadalupita como cariñosamente el pueblo ha dado en llamar al que sirvió de acceso por el lado oriente.

La imagen era recibida por un mayordomo encargado del gasto, por el honor de recibir a la Virgen en su casa, así como de tenerla como huésped durante un día y su noche, antes de entregarla al siguiente barrio. La obligación contraída por él, consistía en ir a traerla al templo o a la casa donde ésta hubiera pernoctado, acompañado casi siempre por vecinos del barrio y una banda de música de viento, que junto con los cohetes, servían para anunciar la proximidad de la procesión

a los demás vecinos. Asimismo, se llevaba a un rezador, velas, cera, incienso, copal, flores y faroles elaborados con carrizo y papel de china.

Ya en el interior de la casa, se desocupaba una de las habitaciones para que fuera colocada y que, previamente había sido pintada o encalada y adornada con flores en floreros sobre el piso, éstas a veces llegaban a formar figuras, como una cruz u otro símbolo religioso.

Por igual, se colocaban alrededor de la pieza o del corredor sillas de palo, que en muchas ocasiones acababan por ser compradas a los serranitos de Michoacán, que para el caso siempre se hacían presentes por dichas festividades.

En el interior del mencionado recinto, y durante toda la noche, se llevaban a cabo rezos y cantos religiosos en una atmósfera de cera, incienso y copal, que se consumían en forma lenta en pequeños incensarios, elaborados en barro y con base tripodal.

Pero como a principio de la narración también mencioné, había un fondo pagano y de regocijo en el que el mayordomo trataba de superar a los demás de otros barrios, por lo que se invitaba a pasar a todas aquellas personas que quisieran santiguarse frente a la Virgen, para que los acompañara en la mesa. Así, hombres y mujeres, niños y ancianos, propios y extraños, eran convidados a la celebración. Y teniendo en cuenta que las festividades se llevaban a cabo durante un mes frío, se preparaban grandes ollas de ponche de frutas que, al gusto de las personas, podía servirse con o sin piquete.

Algunos otros gustaban de preparar atoles de sabores y otros más, sólo café con canela endulzado con piloncillo. Pero lo que no podía faltar eran los tamalitos de azúcar, con su pedacito de piña en almíbar o los rojitos con pasas, también se preparaban *corundas* que son tamales enrollados en las hojas de la milpa y que toman su nombre del idioma purépecha, ya que vale la pena recordar que Iraitzicutzio, hoy Irapuato, fue parte del antiguo reino tarasco.

Era tradicional, por aquellos días, la elaboración desde temprana hora de los buñuelos, que bien, podían ser servidos

sólo rociaditos con miel y azúcar roja o remojados en jarabe caliente.

El pan era traído por los arrieros, en ocasiones desde Acámbaro, aunque también podía ser elaborado en los hornos que para el caso se tenían en los patios de las casas. Teniendo este pan, la particularidad que, para la fermentación de su masa, se usaba pulque. De esta manera, para conservar su frescura y en ocasiones hasta su calor, una vez sacados del horno, se les guardaba en grandes ollas de barro. (Aún en nuestros días es posible encontrar panecitos calientes en la entrada de algunos templos del centro de la ciudad y ello gracias al ingenio de la olla.)

La fruta para la elaboración de los ponches, debido a su variedad: tamarindo, jamaica, caña, pasas, guayaba, manzana, tejocote, etc., tenía que ser traída de otros lados como Tierra Caliente, Michoacán por arrieros que la ofrecían a su paso por los barrios o en su defecto a la salida de la estación del ferrocarril, ya que no son cultivos propios de la región.

De esa época que ya pasó, la gente recuerda como uno de sus mejores barrios, el de la calle del Ratón, que se localizaba en lo que hoy es el mercado y plazuela Miguel Hidalgo, barrio en el que había fuegos pirotécnicos y quema del tradicional castillo, para terminar en un animado baile, que en muchas de las ocasiones, estaba amenizado por la mejor banda de Irapuato, venida del ranchito de San Roque; otra que se llegó a presentar en dicho barrio, una de las mejores bandas de viento de toda la región, venía desde la Barca, Jalisco.

Los años fueron pasando y la ciudad de Irapuato crecía, viniendo a radicar gran cantidad de gente de otros estados y, esto en lugar de debilitar o desaparecer la tradición, la fortaleció, ya que a medida que se iban formando nuevos asentamientos humanos, se les fijaba una fecha para la celebración de su barrio.

Son tantos los barrios que actualmente tiene la ciudad, que en un mismo día se lleva a cabo la celebración de 2 ó 3 de ellos, permaneciendo únicamente el día 12 de diciembre, para el barrio donde se localiza la parroquia de la Virgen.

La celebración de los barrios en la época actual

A pesar de carecer del espíritu religioso, ya que no existe visita de la Virgen a los distintos barrios ni es designado un mayordomo, sigue siendo una festividad del pueblo, en la que se lleva a cabo un ofrecimiento y entrega desinteresada de una ofrenda en forma de alimento a todo aquél que la solicite a la puerta de la casa del barrio a celebrarse.

Esta ofrenda de la época moderna, sigue acompañándose del tradicional ponche calentito, atole o café con canela; tamales, buñuelos, *corundas* y, ahora, se ha enriquecido con otros platillos como son el pozole, tostadas de cueritos, guajolotas (especie de tortas ahogadas en grasa caliente adobada), flautas (tacos fritos), etcétera.

Como en épocas pasadas se sigue dando una verdadera competencia entre los organizadores, ya que cada quien trata de brindar lo que más tiene (y en algunos casos hasta lo que no se tiene), para quedar bien con los invitados al barrio y poder demostrarles que es el mejor.

Esta competencia da pie, a que se acompañe la casa o la calle (ya que se dan casos en que todos los vecinos de una calle se organizan y cooperan) con música para bailar, la cual puede provenir de una consola, estéreo o hay quienes llevan conjunto a la celebración de sus barrios.

Un aspecto importante en cuanto a lo económico, lo llevan a cabo los ciudadanos radicados al otro lado de la frontera, ya que muchos de ellos, desde unos meses antes, empiezan a mandar dinero a sus familiares y estos a su vez lo guardan para la fiesta de los barrios. Por ello, en esos días, quienes tienen familiares en el otro lado, arreglan sus casas, pintándolas, remodelándolas; se compran loza nueva, si es posible, cambian uno que otro mueble, o aparato doméstico para poder presumirlo; ropa de cama y cortinas, y ellos mismos se surten con varias mudas de ropa, tanto para recibir a los visitantes, como para poder ir a los restantes barrios.

Debido a lo industrializado de la ciudad, las festividades

que antaño se iniciaban a las 3 ó 4 de la tarde, actualmente empiezan a cobrar vida a las 7 u 8 de la noche, hora en que la mayoría de las personas ha salido de sus empleos, y de ahí hasta las 2 ó 3 de la mañana, lapso de tiempo en que aún siguen llegando los últimos invitados, que muchas veces ya vienen de otro barrio, pero con tal de no hacer el desaire asisten.

Si en el interior de las casas la festividad está buena, en las calles está mejor, ya que es época de frío y hay oportunidad de colgarse cuanto trapo se encuentre uno en el ropero.

Así, encontramos a las jovencitas elegantemente ataviadas, con sus mejores galas (algunas con vestidos de noche), ya que no debemos olvidar que es época de estrenar y de lucir. Desde luego, los jóvenes no se pueden quedar atrás, luciendo lo más moderno de la moda en camisas y pantalones, amén de chamarras, suéteres, gabardinas y por qué no mencionarlo, en los últimos años, un gran auge de los grandes y elegantes abrigos que los jóvenes graciosamente combinan con tenis y calcetines de intensos colores.

En esas noches también hay que lucir la televisión o grabadora que se ha adquirido en facilidades o que se ha traído como un trofeo por haber logrado pasar al otro lado.

Eso sí, la tarea principal al andar por las calles, aparte de comer antojitos, comprar chucherías y subirse a los jueguitos, es localizar el mayor número de gentes conocidas. Esto último, sobre todo entre los jóvenes, ya que muchos matrimonios se han formado a raíz de que los muchachos se han llegado a conocer durante las festividades de los barrios.

Esta crónica de las festividades de los barrios, no estaría completa si no se mencionara a algunos de los personajes típicos de las celebraciones, como con el gritón de la fruta, que desde temprana hora hace acto de presencia en el lugar donde se celebrará el barrio; y lo mismo ofrece todos los componentes del ponche, que adornos elaborados en papel para la calle y patio (farolitos, serpentinas, confeti, globos, etcétera).

Mención especial merecen las personas que traen los juegos mecánicos, con sus caballitos, rueda de la fortuna, veladoras,

etc., ya que en jornadas que pueden ser consideradas como maratónicas; instalan en el transcurso del día los aparatos, por la noche los ponen a funcionar y, ya en la madrugada, son desarmados en su totalidad, para poder trasladarlos al siguiente barrio, en un verdadero alarde de rapidez y resistencia física.

Los vendedores ambulantes tampoco podrían dejar de ser mencionados, pues, lo mismo encontramos al típico vendedor de huevos con confeti y bolsitas de papel de estraza con sorpresas, que al que ofrece productos para realzar la belleza o aparatos provenientes de otros países, sin olvidar al vendedor de garbanza, fresas con crema o cacahuates hervidos con cáscara y salsa, tan típicos del Bajío.

Para concluir, y a manera de epílogo, sólo quisiera mencionar algunos de los barrios con más tradición en Irapuato (y si omito alguno es por olvido y no por falta de importancia): La Calzada, El Puente de Guadalupe, El Barrio, San Cayetano, Santa Anita, San Antonio, San Vicente, El Rancho, La San Gabriel, Santiaguito, El Cantador, Las Seras, Los Príncipes, Santa Julia, Las Palomas, San Pedro, entre otros más.

CELEBRACIÓN RELIGIOSA: LA FAMOSA FIESTA DE PARDO

Judith Domínguez Sánchez
Guanajuato
Mención honorífica, 1989

Hoy, parece ser un domingo diferente a todos los que semana a semana transcurren durante todo el año, pues me ha despertado el murmullo de una banda de música de viento que se escucha a lo lejos entonando *Las mañanitas*. De pronto, se oye una gran algarabía, cuetes, tambores y cometas que culminan dando principio a la famosa fiesta de Pardo.

Mientras tanto, en casa me levanto y preparo el desayuno para mi esposo y mis hijos. Más tarde, pasadas unas horas, toda la familia nos encontramos reunida en la mesa; los comentarios en torno a la fiesta no cesan. Los pequeños piden pasearse el resto del día disfrutando de la danza, el torito, saboreando los antojitos que ahí se venden y, por supuesto, de los juegos mecánicos.

“¡Mamá, mamá!, ya vámonos a la fiesta” —comenta Josué—, el niño más grande. Luego, desde la recámara oigo llorar a Abraham, el pequeñín, parece ser que ha roto un vaso, tenía que ser, pues es el travieso de la casa. Papá se encuentra en la sala viendo un partido de fútbol.

Los niños, ya inquietos, no dejan de hacer travesuras, no termino todavía la limpieza de la casa. Así, mejor papá y yo optamos por dejar televisión y quehacer para bañarnos y salir todos a la calle.

Nosotros vivimos donde comienza el callejón de la Libertad y desde ahí se alcanzan a oír los estampidos que producen los cuetes al estallar uno tras otro en el aire; ya, yendo por el callejón del Contador, se escucha el baile de los danzantes al ritmo del tambor y también se distingue el sonsonete de los cascabeles que, atados a los tobillos, producen los movimientos que ejecutan con sus pies al tocar el suelo.

Mi esposo lleva a Josué de la mano y yo a Abraham, pero pasa algo que nos llama la atención, y sólo coincidimos con una mirada aguantándonos la risa de ver a los niños bailoteando, tomando muy en serio su papel de danzantes, pero auténticos danzantes que no están bajo movimientos mecánicos, sino con pasos que están saliendo de su propia creatividad, de la esencia del ritmo interior que están sintiendo. No dejen de ser niños, todos pasamos por esos bellos momentos.

Bueno, ahora ya nos encontramos frente al templo Pardo, el cual está adornado en sus escalinatas por varias personas, en su mayoría familias, que han venido, al igual que nosotros, a disfrutar de la fiesta. Lo primero que hacemos, es escoger un buen lugar en las escalinatas para observar y disfrutar todo lo que hay.

La calle de Pardo, desde el comienzo en las afueras del Contador hasta llegar a la derecha con esquina a la calle de Tepetapa y a la izquierda con esquina a la calle de Juárez, en ambas aceras, está repleta de infinidad de puestos, pequeñas mesitas de lámina o madera adornadas con un vaso de cristal lleno de servilletas y gran cantidad de refrescos de diferentes sabores; rodeadas de 3 ó 4 sillas, ofrecen desde enchiladas, pozole, tamales, atole, gorditas, sopes, tacos, ponches, tostadas, buñuelos, etc., hasta ricos postres como pepitorias de cacahuete y de semillas; dulces de leche, vasitos de tejocote o de manzana envueltos en caramelo de color rojo; algodones, *hot-cakes*, fresas con crema, cacahuates, elotes, en fin, por variedad no hay de qué quejarse.

En medio de uno que otro puesto, ocupando un pequeño espacio, se encuentran los señores con sus parrillas, dorando cacahuates y semillas con sus manos llenas de tizne que les ha dejado la cáscara del cacahuete al dorarse y el carbón que utilizan para mantener el fuego en la parrilla; también hay grandes canastos con tostadas de cueritos o simplemente con duros de harina, acompañados de salsa picante.

No podían faltar los famosos puestos de bromas, tiro al blanco, rifas, lotería y esos puestos en donde con una moneda, a cierta distancia, se le tiene que atinar a una pequeña rueda

de acero en la parte de adentro, la cual, marca la cantidad que se gana si es que la moneda cae completamente dentro del aro, que, a fin de cuentas, uno no gana nada y pierde todo, porque si le atinamos, nos picamos, y lo que uno ganó se apuesta y se pierde.

Bueno, ahora damos una mirada a nuestra espalda para ver si el templo ya se despejó un poco y poder ir a visitar a la Virgen. Parece ser que se ve menos aglomerado, y nos levantamos subiendo las escalinatas una por una zigzagueando hasta hallar un espacio en donde podamos apoyar nuestra punta del pie y pidiendo permiso para que nos dejen pasar.

Por fin subimos y llegamos a las afueras del atrio del templo; del lado derecho, a la entrada de la sacristía, se encuentra la banda de música de viento que año con año viene a festejar a la Virgen; están en pleno apoyo tocando su propia versión de una pieza tropical, por lo general cumbia, que está de moda en estos días; la gente que sale del templo rodea a los músicos ya sea para escucharlos o simplemente hay curiosos que se entretienen viendo cómo cada músico toca su instrumento, fijándose en el más mínimo detalle; uno que otro pasado de copas sirve como "hombre-espectáculo" que medio baila al ritmo de la melodía o hay muchos que con el pie simplemente lo llevan.

Del otro lado, los fotógrafos hacen su agosto, tomando la foto al niño, al cual mamá le compró su traje de indito especialmente para este día, acompañado con su canasto o charola lleno de frutas frescas y verduras recién traídas del campo. Las más curiosas son las niñas, que llevan variados tipos de vestiduras o trajecito de falda y blusa bordados a mano, rebozo de bolita, huarache y en la cabeza una trenza tejida rematando con un gran moño de color chillante; llevan al cuello varios collares de muchos colores y su cara está maquillada resaltándoles sus ojos y su boca. Todos en fila, esperan su turno para la acostumbrada foto del recuerdo y uno a uno va avanzando no sin antes, el fotógrafo, con una libretita más vieja que nueva, le pide sus datos: nombre, dirección, horario en que se pueden encontrar y señas de la casa.

Estando atenta con los inditos, siento que de pronto me dan un jalón y es mi esposo que me hace señas de que ya debemos de entrar al templo. Ya dentro, realizamos lo acostumbrado y después de las reverencias nos quedamos un rato sentados sintiendo la paz que ahí reina; todo se ve más iluminado, resalta por donde quiera los ramos de flores frescas y los papelillos de colores colgados de lado a lado cayendo en forma de columpio al centro del templo. El altar de la Virgen está minuciosamente limpio y junto a él hay un trofeo que pertenece a un jugador, se lo prometió si ganaba la carrera.

Los canastos de las limosnas están a reventar y el encargado del templo, con alegría y rapidez, los vacía constantemente, ya que este dinero más tarde se utilizará para las necesidades que se puedan ofrecer en beneficio del templo.

El olor a incienso no deja de faltar en este lugar sagrado, junto con los depositarios llenos de agua bendita que mucha gente aprovecha para llevársela a sus casas en pomos o en bolsas. Ya es hora de salir del templo, pues hay que dejar lugar para que entre más gente.

Afuera todo continúa con alegría. ¡Ah!, pero hay algo más, el famoso palo encebado, un tronco de madera alto y grueso al cual se le embarra sebo alrededor, sostenido en el suelo por un gran agujero que sirve como base; el chiste que tiene es que una persona debe subirlo así como está de resbaloso y tratar de llegar a la punta para recoger sus premios, esto no es nada fácil porque se pasan por mil peripecias hasta que el candidato se las ingenia ya sea limpiándole un poco el sebo o atándose a la cintura una reata y como si fuera escalando, trata de llegar a la punta. Finalmente cuando logra subir, inmediatamente los músicos le tocan una gran fanfarria acompañada de los aplausos que le brindan los espectadores y silbidos de sus compañeros como felicitación. Así termina este concurso.

Pero eso no es todo, ahora ya siguen los conjuntos, por lo general, uno se encuentra fuera del hospital, otro en la acera de enfrente, otro más en la plazuelita del hotel que está cerca

y por último, hay otro en la calle de Tepetapa, todos dentro del estilo que nos caracteriza, entonan las canciones de moda y varias parejas, por lo general jóvenes, aprovechan para hacer ronda y bailes o simplemente enviar las famosas dedicatorias al novio, a la novia, al amigo o a la señora de las enchiladas, bueno, tratan de divertirse; ya cerca de las diez de la noche todos esperan la quema de los castillos, que comienza al encender una mecha que va unida a un armazón de carrizo en el cual van sostenidas diferentes figurillas que al contacto con el fuego que hay en la mecha y la pólvora con que están hechas, producen una gama de colores luminosos, chispeantes, llamando la atención de chicos y grandes, finalmente, es costumbre de que en la parte central del castillo se ponga la figura por la cual se hace la festividad, en este caso, es la de la virgen de Guadalupe, que es la venerada. Termina el castillo con la expulsión de la coronilla que va girando, en forma de espiral elevándose al cielo hasta que, ya en lo alto, se extingue.

Así termina esta fiesta, se oyen otra vez los cuetes uno tras otro y da risa ver cómo la gente se esconde o se tapa la cabeza cuidándose de que no le vaya a caer un pedazo de carrizo quemado en la cabeza o el cuerpo. La banda de música toca por última vez *Las mañanitas* y cada quien va de regreso a su casa.

De esta manera, tendremos que esperar el año que entra para disfrutar de esta famosa fiesta de Pardo que se hace en los primeros diez días del mes de enero.

Yo ya estoy algo cansada, pero los niños aún están despiertos y no se les olvida que para cerrar con broche de oro, de regreso, en las afueras del Cantador, se tienen que subir a los juegos mecánicos, escogen dos o tres, disfrutan dando vueltas y regresamos a casa. El parque del Cantador está algo oscuro y se siente airecillo frío, estamos un poco agotados y atravesándolo, los niños se quedan dormidos.

Quizás vayan soñando alegremente como lo hacía yo cuando era pequeña; ahora les toca a los hijos vivir esta fiesta en su niñez y tal vez, en su edad adulta, se encuentren como estoy

yo ahora, narrando, y ellos vean disfrutar a sus hijos y así sucesivamente de generación en generación estas tradiciones que no deben de desaparecer ni perderse con el tiempo.

Recuerdo que mi mamá y mis abuelitos también vivieron y me contaron de la famosa fiesta de Pardo.

Buenas noches, esperemos el siguiente año, mañana se harán otra vez las labores cotidianas y hay que levantarse temprano.

FIESTA DE NUESTRA SEÑORA LA VIRGEN DE GUADALUPE

Rosa María Zavala Rodríguez
Guanajuato
Mención honorífica, 1989

Esta fiesta se ha celebrado desde hace más de 100 años en el barrio de la calzada de Guadalupe. Es una de las fiestas más concurridas por todos los guanajuatenses celebrada el día 12 de diciembre de cada año en esta ciudad.

Los organizadores de esta fiesta, con algunos meses de anticipación, reúnen colectas y limosnas para llevar a cabo los gastos que origina la fiesta. Las personas que cuentan con posibilidades económicas cooperan para pagar la música, el torito, la danza y las Mojigangas. La música que contratan es un conjunto llamado El Brisa del Mar y su pequeña Norma, este grupo interpreta música tropical y romántica, cuando empieza a tocar se reúne toda la gente en ese lugar ya que la fiesta los divierte y anima.

El "torito" es un grupo de personas que viene de la ciudad de León, su vestuario y máscaras las diseña el encargado de este grupo y está integrado por un señor que toca el tambor y otro la flauta, las personas que bailan cuando empiezan a tocar estos instrumentos son: la Maringüía, es un hombre vestido de mujer con una peluca anaranjada y su máscara muy bien pintada, usa medias y tacones; la Borracha es igualmente vestida que la anterior pero muy sancona; el Caballito o Ermitaño usa máscara de viejito, su vestir es blanco, en su cuello lleva un rosario y un mecatillo y entre sus pies lleva un caballito de madera; el Moco Verde es un señor alto que simula un catrín, lleva un traje verde con un bastón en sus manos y un gorrito muy viejo, su máscara figura un hombre con bigote muy bien parecido; la Calavera porta un overol negro, en su espalda y **delantero** se ve una calavera pintada de blanco y en sus manos un hacha; el Diablo viste un overol

rojo con una cola muy larga, su máscara es un diablo horrible con unos cuernos grandes en la frente y lleva un lazo en la mano. Este grupo del torito baila durante los tres días de la fiesta.

La danza está integrada por más o menos 30 personas, ellos vienen de Silao, sus instrumentos y vestuario los diseñan ellos mismos, usan tambor, mandolinas, una guitarra, sonajas y cascabeles. Las personas que integran esta danza portan una peluca de pelo largo y en su cabeza un penacho de plumas de diferentes colores; en sus pies colocan cascabeles para que al momento de bailar suenen mucho, algunos usan huaraches otros bailan descalzos.

Las Mojigangas están formadas por una cara de cartón muy redondita y unos vestidos muy largos, estos vestidos son confeccionados por las madres del convento que está a un lado del templo. A las Mojigangas las hacen funcionar dos personas que bailan al ritmo de la música, divierten a pequeños y grandes, ellas bailan el día 12 que es el principal de la fiesta.

También como es costumbre desde mucho tiempo antes, las gentes del barrio hacen banderitas con los colores verde, blanco y rojo que son con los que se distinguen los mexicanos. Estas banderitas las pegan en mecates muy extensos y son acomodados a lo largo de la calzada; también ponen foquitos de diferentes colores para alumbrar el barrio. Estas banderitas son puestas con varios días de anticipación.

Desde pequeña me platicaban que esta fiesta dura tres días que son el 10, 11 y 12 de diciembre. Pero desde 15 días antes le hacen su novenario a la Virgen. El día 27 de noviembre organizan una carrera de ciclismo con los muchachos del barrio, ésta la hacen desde el cerro del Cubilete hasta el atrio del templo, les dan sus premios ya sea dinero o trofeos según el lugar en que vayan llegando. Al siguiente día de la carrera empiezan los rosarios de la Virgen, los hacen por la mañana ya que por la tarde se llevan a cabo las peregrinaciones en su honor.

Estas peregrinaciones son divididas a todos los barrios por los organizadores de la fiesta, unas de ellas son el mercado de Hidalgo, mercado Embajadoras; todos los comerciantes le

ofrecen flores a la Virgen, en su peregrinación llevan una imagen de ella adornada con flores y foquitos y la acompañan hasta el templo con música y torito que ellos mismos contratan; también les toca peregrinación a la Comisión Federal de Electricidad, el barrio de la calzada y púquero, puestos de ventas del barrio de Tepetapa y demás, cada uno de éstos va un día hasta el templo.

Estas peregrinaciones terminan el día 11. Ese mismo día, por la noche, a un lado del templo hacen la escenificación de las apariciones de la Virgen a Juan Diego; es representada por una niña morenita de pelo largo de unos 15 a 16 años, las ropas que usa son confeccionadas por ella misma, representa a la Virgen y Juan Diego es personificado por un niño de unos 10 años de edad y va vestido de indito. Como todos sabemos, fueron cuatro las apariciones de la Virgen.

La primera de ellas trata de que la Virgen se le aparece a Juan Diego y le dice que "desea se le haga un templo en el cerro del Tepeyac, y que vaya a decirle al obispo de su mandato". Fue en el año de 1531 cuando apareció la Virgen, Juan Diego llevó su recado y el señor obispo de nombre fray Juan de Zumárraga no creyó.

En la segunda aparición, Juan Diego regresó al lugar donde se presentó por primera vez y volvió a ver a la Virgen, y le dijo que el señor obispo no había creído de su aparición, que escogiera a otro de sus siervos ya que él no era tomado en cuenta, que enviara a uno de los más conocidos, respetado y estimado; mas ella quiso que fuera él quien llevara su mensaje, la Virgen le pidió volviera e insistiera al obispo de que le construyera su templo. Juan Diego llevó el mensaje y el obispo le pidió una señal para poder creer que lo que decía no eran inventos de él.

La tercera aparición trata de que Juan Diego tenía muy enfermo a su tío llamado Bernardino, quien padecía de peste y estaba a punto de morir, éste le pidió a Juan Diego fuera por un sacerdote en la madrugada. Salió Juan Diego y fue en busca de él pero como tenía que pasar por el lugar donde se le aparecía la Virgen prefirió dar vuelta al cerrito, más la

Virgen se le volvió a aparecer y le preguntó que "¿qué hacía, dónde se dirigía?", Juan Diego respondió "que iba en busca de un sacerdote pues su tío estaba a punto de morir", la Virgen le respondió "que no temiera y regresara a su casa pues su tío estaba sano y salvo", Juan Diego le dijo que tenía fe en ella y también que el obispo pedía una señal para poder creer lo que él había dicho, la Virgen le dijo que "fuera por la mañana y cortara unas rosas en el cerro y las trajera a su presencia", Juan Diego dijo "que no era tiempo de flores y mucho menos las encontraría en el cerro" pero aun así fue en busca de las flores.

La cuarta aparición trata de que la Virgen hizo el milagro de que Juan Diego encontrara rosas de castilla en el cerro; él se las llevó a la Virgen y ella le dijo que las presentara al obispo. Cuando Juan Diego le presentó las flores al obispo en el momento de caer al suelo apareció la imagen de la Virgen en el ayate de Juan Diego, fue entonces que se dio cuenta de la verdad que decía.

Ese mismo día por la noche, mucha gente le lleva a la Virgen *Mañanitas* en honor de su aniversario; ya sea mariachis, estudiantinas o grupos de personas que se reúnen para homenajearla.

El día 12 por la mañana, día principal de la fiesta, empiezan a acomodar los comerciantes sus puestos, ellos venden como es tradicional, las cañas, mandarinas, cacahuates y ricos ponches; las señoras del barrio hacen sabrosas comidas, enchiladas, tacos, aguas frescas y demás alimentos para llevar a cabo la fiesta.

También empieza a tocar la música, el torito y la danza durante todo el día, algunos comerciantes regalan zapatos nuevos, dinero y ropa para poner en la punta de un palo engrasado o encebado lo que reúnen, entonces algunos de los muchachos del barrio hacen el intento de subir y el que llega hasta arriba es el que se gana las cosas y las reparte con los que le ayudaron a subir, esto es muy divertido ya que hacen mucho esfuerzo para llegar hasta la punta.

Mucha gente tiene como costumbre y ésta se hace ya sea

por manda o simple gusto el de llevar a sus hijos vestidos de inditos; las niñas portan una falda larga de manta y blusa blanca con unos collares largos y de diferentes colores, en el pelo llevan unas trenzas postizas y con listones verde, blanco y rojo, en lugar de zapatos portan huarachitos y como ofrenda a la Virgen llevan una charola o un cestito de carrizo lleno de fruta o mandado.

Los niños van vestidos con su pantaloncito y camisa de manta, su carita se la pintan con bigotes y barbas, y sus patillas simulando a Juan Dieguito; ellos llevan un sombrero de petate y de ofrenda un huacalito de carrizo, y usan huarachitos, toda esta fruta y mandado que ellos dejan en el convento son repartidos al día siguiente de la fiesta a las personas humildes y más necesitadas de estos alimentos.

La peregrinación de los inditos es a las 2 de la tarde, su lugar de reunión para salir es el jardín el Cantador hasta el templo de la Virgen, durante el transcurso del camino traen la música y el torito es acompañado por la danza para animar a la peregrinación y acompañar a la Virgen hasta el lugar.

Después, por la tarde, se queda la música y el torito tocando junto con la danza hasta como a las 9 de la noche, pero la música termina más tarde, ya que hacen concursos de baile para animar la fiesta y es cuando se empieza a retirar la gente. Es muy bonita esta fiesta, si tú nunca has asistido, estás invitada (o).

La virgen de Guadalupe lleva una luna en sus pies, que nos enseña que nunca toca su cuerpo ni su alma la mancha negra, representa lo que nos separa de Dios; también significa la inundación de las aguas, por lo cual ella escogió el cerro del Tepeyac para que le hicieran su templo, sitio donde se veía amenazado de correr el riesgo de que fueran frecuentes estas inundaciones.

Esto que me fue platicado por personas ya grandes de edad, dicen, que el color azul verdoso de su manto es simbolo de Huitzilopochtli, dios del firmamento, también denominado cielo azul, su manto está cubierto de 46 estrellas con 8 puntas, repartidas en 22 en el lado derecho y 24 en el izquierdo

como gracias y dones repartidos a los demás santos; lo que indica que las estrellas no son dioses y así como el ayate de Juan Diego sirve para cubrir a la Virgen, las estrellas fueron creadas para servir a la humanidad.

La Virgen está rodeada de objetos celestiales como nubes, estrellas, rayos del sol y la media luna en sus pies y ese ángel que parece águila por haber llegado a la perfección y que viene a traer un mensaje de parte de Dios. La Virgen en su garganta lleva un broche dorado con una cruz negra, en el centro este adorno está prendido a su túnica, significa con la cruz que los indios habían visto los estandartes de Hernán Cortés convenciéndolos de la religión que debían llevar.

También me platican que sus manos unidas sobre su pecho en actitud de súplica, indican que no es un Dios sino es intercesión de él para hacerle llegar las peticiones de los mexicanos. En su túnica rosada se aprecian jeroglíficos de valor celestial. Sobre su vientre abultado destaca una flor de cuatro pétalos que significa punto de contacto del cielo y la tierra. El tamaño original de la imagen aparecida es de 1.43 metros figurando una niña de edad entre 14 y 15 años. Muchos investigadores cuentan que en los ojos de la Virgen se alcanza a distinguir la gente, las flores y el señor obispo en el momento en que se apareció la Virgen.

LOS CORPUS EN MI TIERRA

José Manuel García Villanueva
Valle de Santiago
Mención honorífica, 1990

¡Ándele m'hijo! véngase, vamos a ver a los arrieros que ya van a pasar por la calle Real, dicen que este año mandaron a hacer las ceras hasta Puebla, y que trajeron las mejores bandas de música de toditito el Bajío, y además viene un mariachi del mero Guadalajara; ¡oye nomás el cueterío!

Bella tradición de mi pueblo la celebración del *Corpus Christi*, donde la alegría y la fe de la gente, se desborda durante ocho días en serenatas y alboradas, ¡qué de pólvora!; celebraciones litúrgicas, fuegos artificiales, procesiones, etc., lo que viene a ser una mezcla casi mágica, entre lo religioso y lo profano:

Soy del mero Rancho Alegre,
un ranchero de verdad,
que trabajo de labriego,
mayordomo y caporal.

Qué bonito toca ese mariachi, pero me gusta más cómo toca la banda —cuando sea grande, voy a tocar la tambora, o mejor los platillos, porque se me hace que la tambora está bien pesada—.

Ya llega la procesión, ha recorrido las calles por donde viven los gremios y, casa por casa, han recolectado la cera; vienen todos muy contentos acompañados de una banda de música, luego los cargadores con la cera bellamente labrada, y un poco más atrás, los miembros del gremio con sus familias; a un lado, el encargado de los fuegos pirotécnicos, lanzando al aire tremendos cohetones, y después viene el mariachi tocando unos sones, que hasta dan ganas de bailar.

Mira nomás a don Isidro, ya casi anda a gatas, creo que ya trae entre pecho y espalda cuando menos, una botella de refino, seguro que este año no le va a tocar cargar el palio, al rato es a él al que van a andar cargando:

Yo soy el muchacho alegre,
que me amanezco cantando,
con mi botella de vino
y mi baraja jugando.

Mañana les toca a los Reboceros, pero la tienen bien difícil ya que no creo que iguallen siquiera a los Arrieros, aunque dicen que tienen contratadas a cinco de las mejores bandas de música para pasearlas por todo el pueblo; ora si se va a saber lo que's bueno, va a haber música día y noche, acuérdate que los Reboceros siempre han quedado muy bien, pues son muy organizados y su fiesta ha sido de las más bonitas, como dicen, es cosa de orgullo que su gremio quede muy bien:

Camino Real de Colima
dicen que yo no lo sé,
en compañía de mi chata
de rodillas lo andaré.

Todo el pueblo disfrutaba de la amistosa competencia entre los grupos, y durante las famosas octavas del *Corpus*, la vida tan apacible y tranquila que vivíamos en el pueblo, se convertía en una continua fiesta; los ocho días de celebraciones todos estábamos pendientes de la organización, de la calidad de la música, del orden que reinaba durante la peregrinación y la recolección de la cera, que posteriormente se llevaba como ofrenda al templo, donde se venera al santo patrono del pueblo, Santiago Apóstol:

El novillo despuntado
de la hacienda de Homobono,

a más de cuatro vaqueros
les ha quitado lo mono.

¡Cuidado con el torito! El condenado mudo que año con año lo carga, es un malora, mira cómo se le echó encima a este gordito que estaba muy quitado de la pena viendo pasar a las muchachas que andan dando la vuelta al jardín; pobre, cómo sudó, ese mudo que sustos nos pega.

El castillo estuvo muy bonito, todos aplaudimos cuando casi al final, en lo alto, apareció la figura del apóstol Santiago montado en su caballo; pero lo que más me gustó de toda la fiesta, fue cuando mi papá me llevó a los puestos que se ponen a un costado del jardín, por la calle Ocampo, y me compró mi casco, una espada y un caballito de palo, me hizo sentir como un centurión romano; ya hasta quería ir a guerrear contra los del barrio de San José, que el año pasado nos derrotaron; también les compró a mis hermanas unas monas de cartón, con sus nombres grabados en la barriga.

Después del ajeteo de todo el día, como que ya teníamos hambre, y era obligada una visita a la cenaduría de las "Lipas" donde hacían unas enchiladas como para chuparse los dedos, y para el desempace, una nieve de almendra, de la de don Daniel, famoso en toda la región por sus exquisitas nieves. De ahí, nos fuimos a la lotería con la esperanza de ganarnos algún premio y también a reírnos con las ocurrencias del gritón: el catrín; la cobija de los pobres. . . el sol; el tormento de las mujeres. . . el pájaro; la huesuda. . . la muerte; mi compadrito del alma. . . el borracho; . . ¡lootería!

Los Matanceros cada año se están luciendo más, fijate que toda la noche anduvieron recorriendo las calles con las bandadas y los mariachis; a las dos de la tarde era una tronadera y es que quemaron muchos chorizos de cohetes de lado a lado del atrio de la parroquia, con decirte, que los castillos los mandaron a hacer allá en Toluca:

Palmero sube a la palma,
sube a la palma palmero.

Ha estado muy dura la competencia, pero el gremio que se ha distinguido este año, es el de los labradores, ya que organizaron la mejor fiesta de todas las octavas; le dieron al pueblo todo lo que le gusta, contrataron a las bandas de música más famosas de la región; todos disfrutamos oyendo a la banda de la Yerbabuena, de Guanajuato y a la de San Jerónimo, de aquí del valle; al famoso mariachi Reforma, al de Salvatierra que competía en calidad con el de Santa Rosa, y también de la mera capital del Estado. ¡Uf!, toda la madrugada y todo el día hubo música, luego, antes de la quema de pólvora de las dos de la tarde, el hombre mosca, sí, el hombre mosca que tan impresionados nos ha dejado con su habilidad y valentía al treparse a mano limpia por la fachada de la parroquia; canijo pelao, quién sabe cómo le hace, pero en un ratito ya estaba allá arriba, y acá nosotros hasta con la boca abierta. Después de la peregrinación y la celebración en el templo, quemaron tres castillos, hubo toritos, una cascada y muchos cohetes, para dar paso a su serenata en el quiosco del jardín, que se convirtió en baile popular con la orquesta Valle de Santiago:

En la inmensidad de las olas
flotando te vi,
y al irte a salvar
por tu vida, la mía perdí.

Con cuánta ilusión esperábamos los chiquillos, las fiestas del *Corpus Christi*, para disfrutar de aquella explosión de alegría, que venía enriquecer con más colores al valle de Santiago; fiesta tradicional que alimentaba nuestra imaginación infantil, y reafirmaba año con año, el deseo de algún día pertenecer a alguno de los gremios organizadores de estas celebraciones:

Señor carretero, le vengo a avisar,
que sus animales se l'iban a ahogar,

unos en l'arena y otros en el mar,
señor carretero, le vengo a avisar.

La gente comentaba que los comerciantes, ya desde ahora, anunciaban para el año próximo que su fiesta sería la mejor, y que iba a haber muchas sorpresas, pero, lo que sea de cada quien, los Labradores se llevaron las palmas, las bandas de música que trajeron eran muy buenas; si hasta parece que fueran de palo, no se cansaban y tocaban de todo; los carros alegóricos lucían tan bonitos y originales que parece como si hubieran escogido a las muchachas más chulas del pueblo para que los adornaran; las serenatas, los castillos y la gran cantidad de cera que ofrecieron fue parte de la celebración; para mí, que los Labradores quedaron en el primer lugar.

Ojalá que nunca se acabe esta tradición, para seguir disfrutando de estas fiestas tan bonitas.

El veredicto del pueblo, cuando era positivo, enorgullecía a todo el Gremio en general, y principalmente a sus dirigentes, ya que organizar una fiesta de tal magnitud, requería mucho trabajo, organización, entusiasmo, espíritu de colaboración y orden. Pero bien valía la pena el esforzarse tanto, ya que durante todo el año se recordaba a tal grupo como el mejor:

Estrellita marinera,
dame razón de mi amor
tú que iluminas
el silencio de la noche. . .
No hay otro valle
como el valle de Santiago.

APASEO EL ALTO Y SU TRADICIÓN

Juan Martínez Sauza
Apaseo el Alto
Mención honorífica, 1990

En los últimos años se ha observado un deterioro en las celebraciones religiosas y profanas. El modernismo quiere acabar con nuestras tradiciones, pero la fe que nos alienta, nos dispone a revivir cada año lo que nos queda.

Para llevar a cabo nuestras fiestas, sólo hace falta un motivo. Festejar al santo patrono del Gremio, organizar los comités de mayordomos y poner los recursos necesarios para celebrar dignamente la fiesta.

Se festeja en Apaseo el Alto: la celebración del 12 de diciembre en la capilla de la virgen de Guadalupe, el 15 de mayo se alaba a San Isidro Labrador, también en su capilla de la peñita del Gato y el triduo en honor del señor de la Piedad, en su capillita. Todo esto, además de las fiestas cuyo relato apunto enseguida, dan una buena esperanza de que permanezcan las tradiciones y se formen nuevos grupos para integrar los Coloquios y las danzas de los Comanches, Concheros, y vuelva a dar lucimiento lo que se ha perdido. No dejaremos olvidadas las costumbres festivas que son la tradición de nuestro pueblo.

"Noble el pueblo, alto el suelo, cerca del cielo. Unión, trabajo y progreso". Lema del escudo de Apaseo el Alto, Guanajuato. Sentimientos que se manifiestan en la vida de un pueblo que quiere ser libre y conservar su suelo.

Pretendióse cambiar el nombre de Apaseo el Alto y en su lugar ponerle el de "Villa Tres Guerras" en honor del insigne artista guanajuatense. Sin embargo, sus habitantes se lanzaron a la defensa de su nombre quedando el que actualmente tiene. Desde entonces se le tuvo en cuenta y se le reconoció

como municipio en 1948. Siendo su primer presidente el C. Pedro Mendoza Estéves.

La antigua vicaría de Apaseo el Alto, se erigió en parroquia y su primer párroco fue el Pbro. Joaquín Soto Armenta, oriundo de Pénjamo, Guanajuato. Para hablar de un pueblo hay que mencionar a sus gentes.

Existen algunos templos en Apaseo el Alto como la pequeña capilla del Señor de la Piedad, su fiesta inicia después del domingo de Pascua.

El santuario del Sagrado Corazón de Jesús, sede de la parroquia, es muy hermoso, con su frontispicio, columnas y capiteles cúpula; ventanales de estilo romano, copia de la basílica de San Pedro, en Roma. Templo alto y espacioso, que le queda grande a un pueblo como este. Altar y ápside de mármol color ágata vetado y translúcido.

Aquí los curas, nos enseñan la doctrina que habla de amor, perdón y salvación. Todo gira y se mueve al impulso de la fe. El templo de San Andrés Apóstol que nos recibió como si fuéramos parte de él fue desde el siglo XVIII, el santuario de paz y lugar sagrado para el culto Divino. Está circundado con una reja y pilastras rematadas con ángeles blancos en la puerta principal que da al jardín; recibe en lo alto la estatua del santo patrono San Andrés Apóstol. El atrio, con prados arbolados, antes era camposanto, su torre de tres prisinas con cuatro ventanas cada uno, está rematado con una veleta pararrayos, su cúpula y ventanas se ocultan desde lejos; tienen sus campanas bien sonoras y más el esquilón con su sonido misterioso que llama a la oración del *angelus* y al toque de ánimas.

Francisco Sanza, don Panchito el "Campanero", era un artista para los repiques de los días festivos. En el interior del templo de San Andrés, se admira el altar mayor de cantera rosa, bellamente esculpido. Todavía hay detalles de las grandes pinturas al óleo del apóstol San Andrés pescando y otro de ellos en el momento de su martirio.

La casa del curato está respaldada por los muros del templo y tienen comunicación con la sacristía del mismo. Llaves

que albergarán a los fieles congregados para participar en los actos religiosos. Se llenaban todos los espacios, todos los rincones hasta el presbiterio y la sacristía. Estar dentro del templo era algo delicioso y agradable, con su piso de mosaico, que nos despertó el gusto por el color y las formas bellas; a los hombres les servía de rodillera su tilma y su sombrero; a las mujeres, su rebozo y enagua para hincarse y sentarse sobre el piso.

Fiestas de San Juan Apóstol

Del 28 al 30 de noviembre se celebraba y aún se realiza como la fiesta más tradicional en la que participa todo el pueblo y las rancherías.

El Gremio de alfareros, chonderos y ollereros se presentaba hace algunos años como el más vistoso, alegre y entusiasta, tanto en la peregrinación del novenario, como en los días de la fiesta.

Colgábanse en cordeles cientos de jarritos sobre el espacio del atrio y dentro del templo, se adornaba con grandes tinajas. Todo se combinaba con papel de china color rojo y verde (color del vestido que lleva el santo patrono San Andrés). También durante todo el novenario se encendían las luminarias con rajas de ocote frente a las puertas de las casas y en ellas se colgaban linternas o faroles de barro con perforaciones, y colgadas en forma de flores: estrellas y motivos religiosos. Tinajas forradas por dentro con papel de china en varios colores, con una vela y ¡muchas luces!, porque la alfarería figuraba como la principal actividad artesanal en Apaseo el Alto.

En las puertas de cada casa se instalaban imágenes del santo patrono con grandes repisas adornadas con flores y papel de china y crepé. Al llegar el día de fiesta, todo era motivo de alegría.

Estrenar un pantalón, una camisa, sombrero y huaraches tanque (de vuelta y vuelta) o de petatillo, esto, los hombres; las mujeres, su rebozo nuevo, blusa, huaraches de petatillo

fino o zapatos; era un gusto y un motivo para presumir. Pero ¡ah!, un mes antes de la fiesta salía el comité, ¡ahí vienen las Mojigangas! Con una banda de música recorrían todas las calles anunciando la llegada de la fiesta. Música y Mojigangas despertaban el entusiasmo de la gente que se disponía a participar y a colaborar con los mayordomos organizadores. La alegría de los niños al verlas bailar era de esperarse. Monas gigantes que se inclinaban para besar a hombres y mujeres que se cruzaban en su camino. Desde la salida del comité se sabía cuáles bandas se contratarían para amenizar la fiesta.

¡Qué agarres en la competencia de bandas!, con nuestros maestros músicos como Julio González, Jesús Mandujano y Antonio la "Pindicua"; trombón en las polkas, variaciones del clarinete, batuta del maestro Julio.

Nos metían en el ambiente todas las cosas que iban sucediendo. Don Bertoldo Venegas, era el castillero y cohetero local; don Odilón Ortiz, el mayordomo mayor, el mandamás.

Para la fiesta se encargaban castillos, toritos, cohetones y, si era posible, se contrataba un castillo pirotécnico de la ciudad de Acámbaro, Guanajuato. ¡Música, cohetes, castillos, toritos de buscapies!, y de pilón vienen los juegos mecánicos con los caballitos del carrusel y la ola.

Fiesta de San Isidro Labrador

Es el santo patrono de los hombres del campo. La procesión que lucía con las yuntas de bueyes uncidos, adornados en un yugo, lomas con faroles y papel de china formando cadenas y moños. Coyundas apretadas, yuntas jaladas con la garrocha, también muy adornada, iban los niños acompañando al yuntero, portando su morral de sembrador y su guaje de agua. Llegaban las yuntas para la bendición frente al templo. Tradición con un sentido enorme de misticismo y religiosidad.

Calles adornadas con papel de china picado, puertas con la imagen del santo, luces y adornos. Fiesta de música y colorido. Se colocaban parandes frente al atrio del templo, que se recogían en la casa del mayordomo que iba a "entregar".

Los parandes están formados con morillos, tablas, carrizo o varas, y forrados de tela; miden de 2.50 a 6 metros de alto. Sobre ellos van colocados artísticamente roscas de pan, cubiertas de pasta, chocolate, grageas y pintadas de colores; otros se llenaban de figuras de azúcar, animales, sombreros, aves y un bonito remate coronado; el que más despertaba admiración era aquél que se forraba con billetes y monedas de plata!

Recibía el parande un mayordomo que pagaría, con otro igual o mejor, el año próximo. Para recogerlos se hacían acompañar los mayordomos con la banda de música el "encuentro".

Era un acto tradicional en el cual participaban los mayordomos de las rancherías y por otro lado, los de la ciudad. Se formaban en filas de dos en dos; el mayordomo y su esposa, portando en las manos una charola repleta de frutas y panes, que servían para la ofrenda dada al sacerdote, quien tomaba algo de cada una.

Dada la señal de partida, y portando también telas y luces de bengala, caminaban acompañados por una banda de música que los seguía. En el recorrido, alrededor del jardín, se efectuaba el encuentro de los mayordomos. En este momento se arrodillaban todos frente a los estandartes de San Isidro Labrador, el santo patrono.

Prendían las luces de bengala en el trayecto y seguían caminando hasta llegar frente al templo, donde eran recibidos por el sacerdote, que les impartía la bendición; entraban todos seguidos de los fieles devotos. Dentro, fuera de él y en la plaza, todo era alegría: campanas al vuelo repicando, música, cohetes, luces al cielo, dicha en los corazones.

Después de tres días, remataba la fiesta a la media noche con la quema de un buen castillo y en la plaza había de todo: carrusel de caballitos, la ola, ruleta, carcamán, enanitos bufos, carpas de cine y de fenómenos; churros y a una cuadra, se conseguían los ponches calientes con o sin "piquete", que ofrecían las muchachas forasteras que alegraban el ambiente.

Los caballitos

Carrusel que giraba, empujado por dos o tres niños que tenían la obligación de pagar 10 centavos plata por el tiempo que el cuerpo aguantara.

Entre vuelta y vuelta, la gente se deleitaba oyendo la música del tocadiscos o de un conjunto de violín y guitarras, mientras los bailadores que salían de entre el público, danzaban en una tarima colocada dentro del carrusel y junto al palo mayor.

Los pasajeros del carrusel miraban mejor a los bailadores. Cualquiera podía aventarse un baile dentro del carrusel (trayendo pareja).

La ola, con sus bancas alrededor, se llenaba y se ponía pesada con el peso de muchachas hermosas y muchachos "panteras". Subir, girar, subir y bajar en cada vuelta, era un todo. Las mujeres hermosas con flores en el pelo, listones de varios colores en sus trenzas, daban el toque de alegría y animaban a los jóvenes y a otros no tanto, a ofrecerles una flor que los más, traían en la toquilla de su sombrero. Los jóvenes usaban como señal de compromiso un anillo que servía para sujetar el paliacate colgado al cuello.

En todas las fiestas había, además, peleas de gallos (que aquí se crían), corridas de toros y jaripeos con acompañamiento de bandas musicales.

Carreras de caballos en el Paraje y, principalmente, en la fiesta del Señor Santiago, en la que se premiaba con "pollos" recogidos al recorrer las calles con un tambor anunciando la fiesta.

¡Cuánto hay que contar de las fiestas!, que eran tradición viva de un pueblo "donde hubo lumbre, cenizas quedan". Cambian las costumbres, pero la gente es la misma, sólo falta organización; más que el seguir redactando festividades, cabe mencionar algo muy importante para la vida en Apaseo el Alto: su artesanía. Los alfareros consiguieron aquí buen barro y la gente con aptitudes para desarrollar su oficio; también la artesanía de talla de madera florece y es buena fuente de

ingresos, para cientos de familiares. Este oficio empezó en el año de 1935, cuando el profesor Domingo Galván lo aprendió. Se inició como ayudante del maestro Jesús Mendoza, de la ciudad de Querétaro y se lanzó a la ventura de tallar madera.

Desde un principio, instaló un taller de aprendizaje y les enseñó el silabario. Aprendían a leer y a escribir, y como tarea les mostró cómo usar las múltiples herramientas del tallador. Sus alumnos crecieron en el ambiente de la artesanía santera y hoy día, algunos con dedicación constante, siguen el oficio y son excelentes aprendices.

Después de todo, aquí, en Apaseo el Alto, no es muy difícil hacerse artesano de la alfarería, herrajes, flores o arreglos para novia, y, hasta "santero" tallador de toda clase de figuras de madera.

Ayuda mucho el misticismo y la religión; muchas variedades de maderas hay en la región, que son buenas para la talla y entre ellas, está el palo santo y el patol.

Palo santo

Perdida entre peñascos queda la simiente,
qué importa y el hombre no la encuentra,
que la bestia la hunda entre sus patas.
Si el fin después de la humedad germina,
y algún día, para el artesano será el sustento.
Si logra abrirse paso hacia lo alto,
será macizo el corazón si sobrevive,
si alza su follaje, si florece y crece,
quiero que crezca y su mata sea gruesa,
aunque me haga sudar cuando la corte.
Al fin será mío por un instante,
y su destino, será el encanto
del agraciado tallador del palo santo.

Patol

Qué insolencia decir que esto es madera,
¿Es pacota? ¿Es balsa?,

no es mi leña aunque parezca,
¿planta de ornato en el jardín o en la banquetta?
Si no es madera, es leña que tumba los cabellos
de la mujer que alimenta el fuego.
También es vida del taller santero
y sólo deja ceniza en el brasero
ya que no puedo contigo palo bofón,
sólo eres para mí, pobre patol.

En Apaseo el Alto, se puede tener espíritu de artista, observando los manantiales como el tajo de aguas tibias y transparentes, los baños que fue lugar donde se hacía licor de caña. La cueva del Cedazo, con su destilación de aguas azules y heladas. Hay agua para tomar, bañarse, regar huertas y solares; hay huertas con sus ojos de agua.

En los Ates, brota agua de las peñas, azul y fría, que se transportaban en chondos hasta Apaseo el Grande, cuatro en cada burro, arriados por don Agustín Jiménez, portador del paquete postal, que se entregaban en el correo de Apaseo el Grande. La torna que está por el camino a la cañada y huerta en el Cedazo, recoge y distribuye el agua que riega hasta agotarse en las tierras de labor. Hay un puente, que es un acuerdo, para regar la parte oriente. En el fondo corre el agua sobrante de los manantiales, en su regazo, se observan transparencias que caen en desbordante tono azul, cortando el prusiano solferino; verde tocando el otro oscuro de la orilla, y dentro, al fondo, es diáfano el blanco de luz, encima es reflejo de lejano cielo. Se rompe el iris en múltiples metales, invade el burbujear de blanca espuma, que escapa del espectral profundo del regazo, y toda la luz provoca la blancura. Algo de color queda en la grieta, quejido oscurecido de las violentas tempestades, viene la noche negra, opacando los luminosos tonos, todo el color en el arroyo; a veces, en recodos escondidos, se ve la violenta embestida de las aguas. En ocasiones, en caídas desbordantes de espuma, dan vida al deslizante arroyo.

Color en movimiento, mezcla de tonos, reflejo misterioso

en el iris de los ojos. Sonidos musicales en el profundo cielo, queriendo penetrar aunque no hubiera luz, aunque no vieran los ojos. En Apaseo el Alto puede verse y conocerse algo más si se visita; cada uno habla de la feria según lo que observa en ella.

LAS CORRIDAS DE SAN MIGUEL

Andrés Cárdenas Calvillo
San Felipe
Mención honorífica, 1990

Las tradiciones populares son costumbres que van pasando de generación en generación, y es una forma de manifestar la cultura; también en ellas se reflejan las raíces y el sentimiento de nuestro pueblo. Algunas tradiciones van sufriendo transformaciones con el pasar del tiempo y la integración de nuevos elementos, pero otras, desgraciadamente, se van perdiendo.

Entre las tradiciones populares, que aún persisten en nuestro glorioso estado de Guanajuato, son las Corridos del señor San Miguel, que se realizan año tras año en el municipio de San Felipe Torres Mochas, y que como el nombre lo indica, son en honor del arcángel San Miguel.

Esta costumbre tiene su historia, es más bien una festividad religiosa, y los creyentes la celebran con gran solemnidad, respeto y alegría.

Las Corridos comenzaron a celebrarse en la comunidad de la Laborcilla, municipio de San Felipe en el año de 1829, pero como se empezaron a cometer muchos abusos y escándalos en ese lugar, las autoridades decidieron trasladar la imagen de San Miguel a la cabecera municipal, esto ocurrió en 1869, y desde entonces, se celebran estas populares Corridos en nuestra ciudad.

Aunque se habla del señor San Miguel, la imagen no corresponde exactamente a un adulto, sino más bien es la de un niño que porta traje de soldado, semejante al que usaban los romanos. Es por esto que mucha gente, acostumbra llamarlo San Miguelito y éste es propiamente, el príncipe de los ejércitos.

Las Corridos de San Miguel, tienen como argumento la guerra de Reconquista española, por eso es que se hacen

simulacros de batallas, en la cual luchan moros contra cristianos, siendo éstos últimos los que ganan las batallas.

Las celebraciones se realizan tres veces al año en las siguientes fechas: el 8 de mayo, en la cual se conmemora la aparición de San Miguel en el monte Garbano de Italia; el 25 de julio, día que se celebra la fiesta de Santiago Apóstol; a estos eventos no asisten todos los batallones ni todos los peregrinos, ya que éstas son como de preparación para una tercera y última, que se realiza el 29 de septiembre, día de San Miguel Arcángel, ésta es la más importante, y por lo tanto la que se celebra con mayor solemnidad y regocijo.

Muchas personas acostumbran decir la Fiesta Grande cuando se refieren a la del 29 de septiembre, a ella asisten todos los batallones que vienen de diferentes partes de la República, exclusivamente para participar en las corridas.

La gente de la ciudad de San Felipe se prepara con especial esmero para celebrar este acontecimiento, pues con meses de anticipación las personas de bajos recursos económicos, hacen sus ahorros para tener que gastar en el esperado festejo; también compran la ropa que han de estrenar en esos días para estar bien presentados, y es común escuchar preguntas como ¿qué vas a estrenar para la fiesta de San Miguel?; esto suele suceder principalmente entre la gente del campo. Entre las familias o personas conocidas es muy normal pedir el "San Miguel", éste consiste en regalar un objeto comprado en la feria, o bien dinero en efectivo.

Los comerciantes preparan sus mercancías para esos días, pues vendrán muchos peregrinos y deben aprovechar la vendimia, principalmente los alfareros, quienes elaboran ollas, cazuelas, platos, jarros y otros objetos de barro utilizando la misma técnica que nos legó el padre de la Patria, don Miguel Hidalgo y Costilla, durante su estancia en este lugar.

Para la realización de las Corridas, existe una buena organización militar, a ésta se le llama milicia del señor San Miguel y está formada por un estado mayor y la matriz, las cuales tienen su base en San Felipe, además de que a ellas deben sujetarse las corporaciones foráneas. Cada corporación tiene

un general de división, de éste dependen varios subalternos y otros grados militares, hasta que, por último, se encuentran los soldados que forman el batallón.

Los batallones hacen el recorrido desde sus lugares de origen hasta San Felipe, realizan simulacros en las comunidades en donde les toca acampar. Algunos batallones llegan al lugar mencionado el día 27 de septiembre y se instalan en el cuartel que existe en la iglesia de San Miguel o en la explanada donde se realizan las corridas, otros deciden trasnochar en un campo conocido con el nombre de la Reina de las Flores que se encuentra a las orillas de la ciudad, y los últimos deciden pasar la noche en los poblados más cercanos a la cabecera municipal. Esa misma noche se llevan a cabo las llamadas velaciones que consisten en velar a la imagen del señor San Miguel.

El 28 de septiembre, por la mañana, se reúnen todos los batallones locales y foráneos en el carro de la Reina de las Flores, hasta ese lugar va la matriz y el Estado Mayor a darles el encuentro; esto se hace muy ceremonioso, les preguntan en verso de dónde vienen y quiénes son, a lo que contestan de la misma manera. Son los llamados "encuentros". Después de haber hecho el reconocimiento, toda la romería emprende la marcha hacia el santuario de San Miguel, cruzando la ciudad entre el gran bullicio de los cohetes, las bandas de guerra, las danzas indígenas, y un gran número de banderas de diferentes colores que dan la impresión de ser un auténtico ejército que se presenta a una gran batalla.

Los combates se llevan a cabo los días 29 y 30 de septiembre, dando principio las Corridas el 29 por la mañana, que como ya se mencionó, es un simulacro de las guerras donde pelean los moros contra el ejército de los Reyes Católicos.

El rey moro comanda a su caballería, aunque también hay moros que pelean a pie. Por otra parte, los Reyes Católicos van al frente de los ejércitos cristianos, que en su totalidad son de infantería. Para pelear, ambos ejércitos llevan unos palos que usan como espadas o como proyectiles. Se arrojan unos a otros flores de cempasúchil; en los combates también

se usan cañones de madera con los cuales disparan salvas. Tanto los palos que sustituyen a las espadas, como el cempasúchil, se pueden adquirir en la feria, pues por este motivo se ponen varios puestos en la calle, además algunas personas acostumbran adornar sus casas con dichas flores.

Las Corridas se llevan a cabo en la explanada de San Miguel, en la cual existe un castillo. El ejército de los cristianos lucha contra los moros hasta tomar el castillo, han ocultado una imagen de San Miguel la cual robaron un día antes, hasta que la recuperan; pero esto, no sucede el mismo día sino hasta el último. En la fiesta que se celebra el primero de octubre los cristianos sitian a los moros, obligándolos a capitular y a que se declaren vencidos; se toman presos a los generales y es ejecutado el moro mayor por la artillería cristiana; los restantes en calidad de vencidos, llevan la imagen que tenían en el castillo hasta el santuario, en donde entran triunfalmente. Ya después de dejarla, se reza un rosario por el alma de los miembros de la milicia que ya no viven.

La mayoría de las personas que asisten a las Corridas, participan porque están pagando algún favor recibido de parte del señor San Miguel, pues se le considera muy milagroso; es común ver niños o personas adultas vestidos de San Miguelito o de reyes y reinas, pues fue una promesa que hicieron a este santo para que les concediera una gracia; pero lo más curioso es observar animales como caballos, asnos, bueyes etc., adornados con papeles de colores o con flores, que sus dueños llevan a correr para que paguen la manda que prometieron por haberlos sanado de alguna enfermedad, o si se les perdieron, por haberlos encontrado.

Para tener derecho a participar en las Corridas hay que pagar un distintivo, éste, consiste en una estampa con la imagen del señor San Miguel y que la gente se debe colocar en un lugar visible.

Ya cuando terminan las fiestas, todos los batallones entran al santuario de San Miguel de uno por uno, y se despiden de la imagen entonando cantos en los que prometen volver al año siguiente.

LOS GITANOS

Maria Esther Ramírez Cortéz
Yuriria
Mención honorífica, 1989

Y, ¡heme aquí!, prendida al balcón de la casa de mi hermano. . . acaba de sonar en la campana cascada de la parroquia —que queda frente del citado balcón— la última llamada para los feligreses que acompañan a los Gitanos en su danzante recorrido por la calle Real y algunas otras, hasta el templo del señor de la Preciosa Sangre de Cristo y su retorno al convento, que es donde se guardan.

Este es un evento tradicional de la ciudad de Yuririapúndaro que cuando menos en mi memoria lo venía repasando de hace casi 50 años.

¡Sí!, yo veía cuando a mi hermano mayor, siendo niño, le ponían unos caireles como sacacorchos, pendientes de una circunferencia de cinco con lo que coronaban su frente, con un número de caireles no mayor de diez y con el remate en la parte de atrás de la cabeza de donde sobresalía una pluma de papel, o más bien dicho, un papel imitando una pluma (un poco me recordaba a los apaches del juego de flechas de mi mismo hermano). Aquello, para podérselo poner entre mi madre, la sirvienta, la nana y el mozo, eran luchas cuerpo a cuerpo con él. En lo que se le prendía de un lado, ya él se había encargado de jalarse el otro. ¡Ah!, también llevaba un velo, o más bien cauda, lo bastante grande como para cubrir el anca del caballo (porque estos niños iban a caballo), el que también se enjabezaba meticulosamente. Pero abordando de nuevo el arreglo de mi hermano, no creo que su principal molestia fuera el cairel o el velo: más me inclino por el ramillete o las chapas de hormiga en los cachetes (chapas 'de hormiga', así se les dice a dos círculos rojos muy redondos que se pintan sobre las mejillas de algunos animalitos de los

cuentos infantiles, entre ellos, la hormiguita, a quien el chorrillo sus chapitas le despintó) e incluso la boca colorada.

Pero entre jalones, pellizcos y torrentes de lodo formado por lágrimas y rimel de sus ojos, acababa montado y con una bella especie de túnica de arcángel con vivos dorados o plata. En sus zapatos, no reparé, pero sí en las pezuñas del caballo bellamente pintadas de dorado o plateado con oro musivo y mistión de plata secreto para embellecer pezuñas, haciendo naturalmente juego con el ropaje del jinete. La crin iba trenzada y con moños, sumamente cuidados sus atuendos, tanto del niño como del caballo, el cual lucía un pectoral dorado con flores de tila y las riendas también las llevaban. Estos niños, pues solamente iban hombrecitos, vestían de blanco, rosa, azul o amarillo.

Las caudas, a pesar de ser tan grandes, se hacían de manta de cielo, prendidas y casi forradas de plumas de papel (como papeles de piñata, rizados y picados en el borde, que casi no pesaban). Las rosas y azules eran teñidas previamente con anilina.

Presidiendo a estos chicos, llamados Gitanos, iban los Mojigangos; que consistían en dos monotes enormes de cartón, como las muñecas de Celaya, de 5 metros de altura más o menos, totalmente huecos para que se metiera debajo la persona que los portara. Su atuendo era más bien español, el de ella —porque era una pareja— era rosa con un 'tápalo' o mantón negro, como queriendo ser de la región de Manila, llevaba peinetas y flores en su chongo. Él, portaba elegante gabardina gris y sombrero como el del general Cárdenas, de fieltro. De las mangas de los dos, pendían enormes y pesadas manos de yeso, que al dar giros, volaban amenazadoras por los aires. Me acuerdo bien de ellas porque de pequeña por poco y me vuela la cabeza una manaza del hombre, porque creía yo, que por el sombrero y la gabardina, era la mano de mi papá y quise agarrarla y besarla.

El séquito del que se rodeaban era de lo más extraño, pues era de enanos, garzas y una tortuga.

Los Enanos eran monos chaparros como de 1.5 metros;

las Garzas eran como cucuruchos al revés, a los que se les prolongaba el ápice en forma de esbelto cuello y gran pico. La Tortuga hacía las veces, como en otras danzas que conozco, de torito o demonio; ésta se encargaba de sacar un gran pescuezo de fajilla terminado en una cabeza no muy grande, casi de 30 ó 40 centímetros o hasta menos, a la que, jalando un cordón desde la concha, abría y cerraba la boca y pellizcaba a los niños o a las personas que hubiere cerca.

Todos los monos eran cargados por borrachines, desde las Mojigangas hasta los Enanos, con excepción de las Garzas, que eran transportadas por niños, quizá por ser mucho menos pesadas y más pequeñas en su volumen.

Ya cargándolos sobre sus hombros, se soltaban baila que baila al compás de la música de viento del pueblo, recorriendo la calle Real y la calle Victoria, que es paralela a la primera, hasta el templo del señor de la Preciosa Sangre de Cristo, como ya lo había citado antes.

Esta festividad, se lleva a efecto solamente el domingo anterior al Jueves de *Corpus* y en el otro domingo anterior a la Ascensión del Señor, quedando en domingos más o menos terciados. No ha existido nunca una fecha porque estas fiestas religiosas son móviles.

Pero cuál sería mi sorpresa al ver que los Mojigangos de este año ya no son los mismos, tan altos, ni ahora tampoco salieron los Gitanos vestidos de charros como me cuentan que salían. Me comentaron varias personas del pueblo que fue por culpa del presidente municipal actual, al que le dicen Lencho, quien amenazó con quemar los carros alegóricos del 4 de enero, otra fiesta religiosa también muy bella que había en el pueblo. ¿Cómo es posible que a personas que odian su pueblo se les imponga para gobernarlo?

Ya tampoco se recuerda qué simbolizan estos personajes, que muy posiblemente estaban estrechamente relacionados con gente de la Colonia y del pueblo, puesto que lo que a mí me dicen las Garzas y la Tortuga es que tienen relación con los lagos de Yuriria (también se dice que de por aquí partió la peregrinación de los Aztecas, que procedían de Aztlán o

'lugar de garzas'). Por cierto, el más bello de los lagos yurirenses, La Joya, ya desapareció desde hace un año. Perteneció a las Siete Luminarias volcánicas del sur del Estado y es el origen de Yuriria y raíz del significado de su nombre: 'Lugar del Lago de Sangre'. Terminaron con La Joya las granjas porcícolas y avícolas, que la contaminaron y secaron situándose exactamente en los vertederos de agua de lluvia que enriquecían el lago. Bueno, hasta los veneros naturales de agua caliente los secaron. . . ¡y nadie hace nada!, y vaya que éste era uno de los dos únicos medios de subsistencia junto con la pesca en el lago grande, que también peligró, gracias a la pesca del mosco que, por supuesto, ya se extinguió desde hace años.

Vaya este relato a contribuir un poco con el conocimiento de nuestras tradiciones, pero sobre todo a ayudar a preservarlas para las generaciones venideras. Ojalá que ellas no toleren que esta masacre de nuestras costumbres y de nuestro medio natural continúe, como nosotros lo estamos permitiendo.

ASÍ NACIÓ LA TRADICIÓN DE MI PUEBLO, 17 DE SEPTIEMBRE DE 1864

Tomás Ulloa García
Santa Rosa de Lima, 1989

Corría el año de gracia y del señor de 1864. En lo más alto de la sierra de Guanajuato, se encuentra enclavado el mineral de Santa Rosa de Lima, que a parte de los crestones y yacimientos de riquísimos metales, se explota la Sierra en forma de carbón y leña.

Nos encontramos a un joven matrimonio compuesto por un minero y una robusta campesina, quienes llevaban a un solo hijo, con el defecto muy frecuente en ese tiempo de nacer cucho, o sea le faltaba un pedazo del labio superior. Por eso se le conocía como el "Cucho Chón". El año anterior, 1863, fue completamente estéril de lluvia y se hizo sentir desde un principio una hambre muy aguda, por ello empezaron a llegar al mineral muchas familias del norte del Estado en busca de trabajo.

Como las minas de Los Negros, La Conda y San Cayetano estaban en bonanza, se aceptó de buen agrado el crecido número de trabajadores que con sus familias llegaban a este mineral.

El "Cucho Chón" nativo y lugareño, comenzó por hacerse de muchos amigos y amiguitas, en esta forma se volvió conocedor de todos los agujeros, veredas y caminos poco transitados, convirtiéndose más o menos en el guía de aquellos niños recién llegados.

En los primeros meses de ese año, el exceso de trabajo y las casi nulas precauciones en las minas, propició un derrumbe en la mina de San Bernardo, en el que perdieron la vida, entre otros muchos, el papá del "Cucho Chón".

Desconsolado y triste nuestro amiguito se apartó de sus compañeros y amigas por algunos meses, pero en ese momen-

to, se tiene noticia de que el archiduque de Austria, emperador de México, pasaría por este mineral en su tránsito a Guanajuato.

Se corrió la voz con la noticia por toda la Sierra y los minerales circunvecinos empezando el alboroto, y volviendo así, nuestro amigo, a la vida activa. Como estamos a principios de septiembre, comienza la alegría, hay que comer verdolagas, quelites, nopales, elotes y los ojos de agua están rebosantes del preciado líquido ya que este año es normal en lluvias.

Se aproximaban en este lugar las fiestas patrias, y desde que se instituyeron, se ha notado un puja y repuja en los minerales de esta región.

En cada mineral —ya que toda o gran parte de la Sierra está densamente poblada de grandes y pequeños minerales—, al festejar a sus santos patrones, no hay problema, porque son fechas distintas y cada quien quema su pólvora o se viste de gala y seda, para darle el mejor esplendor a los demás vecinos.

Pero esta ocasión, la tierra del "Cucho Chón", es la única que tocará el emperador Maximiliano; entonces se olvidan competencias y rencores, y ataviados con sus mejores galas desde los más apartados minerales y rancherías, empiezan a llegar con sus familias más y más gente de todas las clases sociales predominando las más bajas, las de calzón blanco, camisa de manta y sombrero de palma; las mujeres, con vistosas enaguas de colores muy llamativos: rojo, azul, amarillo, rosa y morado de muchas variedades, con rebozos corrientes o finos, de los que llaman combinados; y sus cabezas, mal peinadas, pero eso sí, cargadas de peinetas de todos los colores y tamaños incrustadas con pedrería de fantasía para hacerlas más llamativas; sus collares también muy llamativos de perlas corrientes y otras en cambio, con pendientes y arracadas de oro macizo. Todas las clases sociales, unos con más, otros con menos lujos, pero casi todos descalzos.

Nos habíamos olvidado por un momento de nuestro amiguito el "Cucho Chón". Amanecía el 17 de septiembre de

1864 y casi era imposible que en el Camino Real de Santa Rosa de Lima cupiera tanta gente: hombres, mujeres y niños se acompañaban de mulas y caballos; por lo que el juez de Cordada le dijo al "Cucho":

—Mira "Chón", véte al puerto y lleva este sobre al juez de Paz para que me mande un refuerzo porque esto se está poniendo color de hormiga.

El "Cucho Chón" corrió cuesta arriba a lo más alto de la Sierra, por veredas que sólo él conocía, y llegando al puerto entregó el sobre al juez de Paz. Enterado de su contenido después de muchos trabajos para encontrar quién supiera leer, le dijo:

—Ya le mandé unos seis hombres para que le ayuden a desalojar a la gente, pues parece que ha llegado el día del juicio. Dime "Chón", ¿qué de veras es mucha la gente que espera al amo, a ése al que dicen emperador?

—Pos fijese amito —contestó el "Cucho"— desde antier y ayer nomás es de llegar unos a pie, otros montados, de Villalpando, Peregrina, El Cubo, El Nayal, La Sauceda, El Santo Niño, El Monte de San Nicolás, La Fragua, Rancho de Enmedio y El Jaral; con eso de que le están preparando disque unas "guerrillas" pos de eso que yo no entiendo, pero que será cuando el amo emperador llegue, porque ya los correos dicen que salió del pueblo de Dolores, donde ayer dio el grito glorioso de nuestra Independencia nacional.

Ya de regreso, con seis hombres montados y armados con lanzas y garrotes, el juez de Cordada y su gente había logrado acomodar gran parte de la muchedumbre que entre rezongas y malas palabras, propias de carreteros y arriadores de recuas, se resignaban a esperar el paso del amo emperador, en lomas, peñascos y arriba de frondosos encinos; todas las cabañas de la salida de Guanajuato, se encontraban hermosamente adornadas con flores variadas que en esta época del año se cultivan en la bella Sierra; las banderas de papel de china, arcos triunfales vestidos de flores naturales, como son rosa de castilla, rosa reina y rosa té blanca que servía de fondo a tantos adornos que con tan buen gusto, aquella buena gente

cooperaba para congratularse con el emperador, que según la Iglesia y el Partido Conservador le daría paz y progreso a nuestro suelo patrio.

El "Cucho Chón", muy ufano, sintiéndose muy importante ya que el juez de Cordada, seguido le encomendaba uno que otro recado, se movía con gran habilidad entre tanta gente importante que había venido desde Guanajuato a darle los parabienes a su majestad el emperador Maximiliano de Hasburgo.

Las guerrillas de indios y españoles, que con anterioridad se habían preparado impacientes e inquietos, se replegaban en el recodo del Santo Niño, a la bajada del puerto y la entrada del poblado. Pasaban de las tres de la tarde del sábado 17 de septiembre cuando un cañonazo disparado en el cerro del Vigilante anunció que Maximiliano salía del puerto de Santa Rosa y empezaba a bajar a este mineral.

Como el camino del pueblo de Dolores a éste no era carretero, su majestad venía a caballo y lo mismo la numerosa comitiva que salió a su encuentro y a la que se unió una muchedumbre inmensa, que de los minerales antes descritos y de las rancherías circunvecinas, acudió a ver y a conocer al príncipe de las barbas de oro.

Era un espectáculo verdaderamente grande, animado y sorprendente el que ofrecía esa concurrencia extraordinaria, que sin tonar en cuenta lo extremoso del terreno y de los cerros, descendían por ello para salir al encuentro del emperador y seguirlo en su camino y victoriarlo.

¡Viva Maximiliano! ¡Viva Carlota! ¡Viva México!, era la aclamación no interrumpida de aquel avigarrado populacho compuesto de hombres, mujeres y niños, casi todos indios tejocotos de la sierra de Guanajuato.

El "Cucho Chón" mezclado en el grupo, con su voz gangosa y entrécortada, gritaba a más no poder para que su eco repercutiera en las montañas.

Pero, dejemos por un momento a su majestad en el camino admirando la situación topográfica de aquel mineral, que parece incrustarse en los cerros y cañadas donde está edificado.

Trasladémonos rápidamente al centro del Camino Real, donde se encuentra el altar patrio con guirnaldas y colgaduras que adornaban el estrado de honor para recibir al emperador y a su comitiva.

Al llegar a la casa grande de los señores Betancourt, los más opulentos y ricos mineros dueños de las minas de Santa Gertrudis y San Miguel de los Negros, la ovación era extensa y continua con vivas al emperador, a la emperatriz y a México.

Entró con su comitiva y la escolta comandada por el general Tomás Mejía al espacioso patio de la casa grande, donde se le sirvió un brindis de mezcalito de la Sierra, una muy sabrosa birria enchilada con tortillas de maíz del nuevo, y aunque todavía no pasaba el hambre del todo, los señores Betancourt se las ingeniaron para conseguirlo en el Bajío y darle al pueblo, y a los que acababan de llegar.

Fue una verdadera fiesta septembrina que dejó a los habitantes de la Sierra una imperecedera imagen y un recuerdo que año con año se convertiría en fiesta nacional.

Al terminar la comida y el brindis, salió su majestad al estrado, donde ya lo esperaba la "guerrilla" representada por Realistas e Insurgentes: los dos bandos opuestos frente a frente ante él; el grupo de los Realistas, a las órdenes del intendente Riaño, luchaban por sostener un sistema de gobierno monárquico y absoluto, que según las normas establecidas eran por voluntad divina.

Los Insurgentes, como su nombre lo indica son "insurrectos", y negando aquel precepto divino, se oponen a que siga ese sistema de gobierno y bajo las órdenes del cura don Miguel Hidalgo y Costilla y sus generales, Allende, Jiménez y Abasolo se batían con bizarría, animados por una joven y guapa mujer llamada la "Juana Gabina". Esta joven galereña, florera y molendera, nacida y criada en este mineral, le tocó en suerte ser la compañera y gran amor de Juan José de los Reyes Martínez conocido como el "Pipila".

El 28 de septiembre del año de 1810, siendo las 17:30 horas, en la Alhóndiga de Granaditas es incendiada la puerta

principal por el "Pipila", animado y empujado por la "Juana Gabina", con su gran amor y el valor propio de una india tejocotera de la sierra de Santa Rosa de Lima, para realizar una de las más grandes epopeyas de nuestra historia nacional.

Este cuadro plástico o "guerrillas" presentadas de prisa ante su majestad, fue del agrado del emperador y sus acompañantes, ya que los realistas españoles vestían vistosos uniformes con charreteras y oropeles propios de la época; los insurgentes con camisa de manta y calzón blanco, pintados los rostros con tizne, lucían sombreros desteñidos y deshilachados.

Gritaban como todo indio tejocotero ¡Viva México! ¡Viva la virgen de Guadalupe! ¡Viva el cura don Miguel Hidalgo!, y disparaban sus escopetas, pero como nuestro amigo el "Cucho Chón" no tenía escopeta, traía una honda de iscle. En la caja de la honda ponía flores que su mamá, la cual representaba a la "Juana Gabina", le pasaba con frecuencia y le recomendaba que no se expusiera mucho, pues los de a caballo, andaban ya pasaditos de "agüita" de la Sierra.

El "Cartucho Quemado", como cariñosamente le llamaba a su perro, también andaba en campaña y llamó la atención al emperador porque con su collar de tejocotes colorados tomaba muy en serio las "guerrillas" y corriendo de un lado para otro, atacaba en serio a los Realistas.

Muy breves fueron las "guerrillas", pues su majestad tenía que salir rumbo a la Intendencia de Guanajuato, donde ya en el puerto Blanco lo esperaban los representantes genuinos del Partido Conservador con un arco y en él, esta leyenda:

Hoy mismo el batallón de Guanajuato
lleno del entusiasmo más ardiente,
se pone en tu presencia con acato
y su amor se demuestra tiernamente,
publicando con gozo que le es grato
serte fiel, respetuoso y obediente.
Presbítero: Lucio Marmolejo.

Dejemos hasta aquí la parte que le tocó vivir a nuestro amiguito el "Cucho Chón", y permitamos que la tía Inesita nos cuente lo que vio y lo que sintió cuando pasaron las fuerzas austriacas, francesas y conservadoras por este mineral:

—El memorable 17 de septiembre del año de 1864 era yo muy joven, no cumplía aún los 18 años y por razón de principios religiosos y morales, sólo a misa y al rosario podíamos salir. Mis padres, que eran altamente liberales, animados por la curiosidad más que por el principio del Partido se mezclaron en la muchedumbre, esperaron y dieron la bienvenida al tristemente célebre y engañado Maximiliano de Hasburgo.

Pasaron frente a mi casa en la bajada del Santo Niño, las avanzadas de austriacos, majestuosos e imponentes hasta entonces nunca vistos en este Camino Real.

Desfilaron también, las fuerzas ya acostumbradas a ver por estos lugares andrajosos y descalzos, los miembros de la división del general Tomás Mejía; otra sección de fuerzas francesas y enseguida lo que tanto esperábamos ver, la figura esplendorosa del emperador montando un caballo blanco con una alzada digna de los emperadores.

Todo era confusión, pues no sabía qué admirar, si las pezuñas de los caballos blancos o las barbas de oro de los que montaban.

Yo vi la entrada de los franceses y fui cortejada por uno de ellos que estuvo destacando en este mineral, pero resistí a la tentación, no así, mis amigas y compañeras del coro de la parroquia, quienes fueron seducidas y vilmente engañadas por estos viajeros y bien presentados hombres de las barbas de oro.

De esta manera, transcurrieron tres años de esa memorable fecha y nuestro amiguito el "Cucho Chón" se transforma de niño a joven y ve que la vida le depara sólo desilusiones.

Huérfano de padre, sólo tuvo ojos para su madre, que en lo esencial, nada le faltó, por lo menos la leña, pues se la acarreaba con toda regularidad; pero como ella era una mujer

joven, a su paso por este mineral las tropas del general Mariano Escobedo que, al mando de las fuerzas republicanas iban a sitiar en Querétaro donde se encontraría el grueso de las fuerzas imperiales, decidió engrosar las filas de ese significativo cuerpo de ejército, dejando completamente solo a nuestro amiguito, quien creció en un ambiente desolado y hostil por naturaleza. Se encerró en un círculo vicioso sin visitar ni hablarle a nadie, culpando a todo el mundo de su infortunio.

Así transcurrieron los años, encontrando la nueva versión del joven "Cucho Chón". Érase pues, un muchacho que llevaba una vida monótona y sombría, nunca trabajaba. En eso estaba, cuando casualmente por aquel mineral pasaba un médico prudente, que en otras ocasiones ocupara al "Cucho Chón" como guía en sus correrías científicas o cuando iba de cacería y le dijo:

—Me vas a acompañar "Chón" por esta vez, ya que se sabe que la cacería del venado está en grandes proporciones.

Con desaliento y tristeza le contestó nuestro amigo:

—Pos esta vez no lo acompañaré más que hasta las peñas del panal, pues mi enfermedad va de mal en peor.

El médico, adornado de saber y experiencia, lo examinó en pleno Camino Real y posteriormente, le dijo:

—Hay una flor, cuyo aroma os volverá a la vida, pero debes tener presente que sólo abre su blanco cáliz a la primera voz de la paloma, cuando en el cielo el sol asoma.

Desde ese momento todos los días se levantaba presuroso, recorriendo oteros, cerros, valles y colinas sin encontrar la flor hermosa, causa de sus ansias y desvelos; no obstante, su carácter mejoró, empezó poco a poco a ser amigable, más accesible a las chanzas y a las malas palabras que forman parte de la vida campesina; sus antiguos patrones le encomendaron a encomendar nuevas tareas: acarreo de agua, leña, recoger basura y muchos trabajos más.

Pero no dejaba ni un solo día de levantarse oscura la mañana para trepar con habilidad y destreza las cimas de las montañas y cuando saliera el sol por el oriente, él ya buscara

con ansiedad y tenacidad la flor blanca y hermosa cuyo aroma le regresaría la vida y la salud perdida.

Para estas fechas en el mineral de Santa Rosa de Lima, se conmemoraba un año más de la Independencia, pero como los habitantes de los minerales vecinos también se preparaban para celebrar tan grande como significativa fiesta patria, este mineral optó por dejar, de acuerdo con los vecinos principales de esa comunidad minera, el dar honor y gloria a nuestros héroes un mes después, o sea, el segundo domingo del mes de octubre de cada año para un futuro.

Este mineral deja tres aspectos: la interpretación, contenido y evolución, y en ningún momento, los amigos y patrones de nuestro amigo "Cucho Chón" trataron de desvirtuar nuestros principios históricos, más bien, aprovecharon el tránsito por este lugar del último emperador de México y para que todos los demás vecinos concurrieran a tomar parte de las "guerrillas", que después de la fecha histórica y oficial, y sin impedimento legal, seguimos representando gachupines contra los indios tejocoteros de Santa Rosa de Lima.

Pasado el segundo domingo del mes de octubre de 1867, se festejó con tanta alegría la fecha de nuestra Independencia, que el cura don Miguel Hidalgo y Costilla iniciara el 16 de septiembre de 1810, en el pueblo de Dolores Hidalgo.

Los niños y hasta los jóvenes de mayor edad, como nuestro amigo el "Cucho Chón", siguieron por muchos días recordando las fiestas, pues improvisaron instrumentos musicales y con vivas a nuestros héroes y mueran los españoles, avanzaron hasta muy entrada la noche todo el Camino Real.

Nuestro amigo "Chón" sigue levantándose oscura la mañana para recorrer sin descanso ni desmayo, arroyos, cuevas y rincones apartados sin encontrar la flor hermosa.

Empieza a sentirse el invierno tempranero, la temporada de la cacería principia y el "Cucho Chón" se encuentra accidentalmente en la espesura del bosque, aunque esta vez no lo había invitado, al médico prudente, y ahí le refirió su desventura dándole el doctor, consuelo.

Lo llevó al ojo de agua de los Reyes, donde había una gran

fuente de líquido tranquilo y transparente, era un verdadero espejo natural de gran tamaño; con voz grave, calmada y convincente, le dijo:

—Ahí está la flor de la salud, pura y hermosa; en el fondo del estanque se reflejan tus ojos, tu semblante y tu vida misma. Se encuentra en el trabajo y en la alegría, jamás en el dolor de la pereza.

Para los amiguitos del "Cucho Chón", lleno de felicidad, salud y buenos deseos de hacer el bien, dedica éste su modo de pensar.

Niños de hoy, soldados, obreros,
campesinos, profesionistas del mañana.
¡Queremos ser independientes!
Aprendamos, trabajemos y economicemos.
¿Queremos que México lo siga siendo?
Unámonos en torno a la "Flor de la Salud"
pura y hermosa que se encuentra en el
trabajo y en la alegría,
jamás en el dolor de la pereza.

Así nació esta tradición de mi pueblo, y desde el año de 1864, se celebran con regularidad, constancia y perseverancia, esta tradición que ha pasado de padres a hijos. (En 1910 es suspendida por la Revolución Social y conflictos religiosos, reanudando estas memorables fiestas patrias en 1934 por el suscrito hasta la fecha.)

PUEBLO NUEVO: LA FIESTA DE LA GUERRA

Juan Carlos Galván
Pueblo Nuevo
Mención Honorífica, 1990

I. Pueblo siempre nuevo...

¡Viva Pancho Armenta!, gritó el jinete que llegó hasta la entrada principal de la parroquia de San Antonio, para caer de inmediato acribillado a tiros que provenían de la torre del campanario (desde las cúpulas); el clarín que portaban los delincuentes también fue herido, sus compañeros (forajidos todos), a trote de caballo lo salvaron de ser muerto, y así emprendieron la huida de aquel lugar, para apostarse al acecho de una oportunidad más, para intentar atacar la plaza principal y de este modo tomar posesión del pueblo.

2 de Octubre de 1915. 10 de la mañana. Los neopoblanos vivían horas de angustia, cuando los gatilleros asaltantes, encabezados por: Francisco Armenta, Ramón Ortiz y Epifanio Barber, intentaron tomar la plaza principal, para que con la redención de los lugareños, saquearan la poca riqueza de los habitantes; similar situación cometida en días pasados, en el municipio de Abasolo, conocido en ese entonces como Cuitzeo de los Naranjos, posteriormente Cuitzeo de Hidalgo.

Las huestes de Pancho Armenta, llevaban varios días sitiando Pueblo Nuevo, sin conseguir la redención, pese a que días antes habían solicitado por correspondencia, al entonces presidente municipal J. Merced Sandoval, la entrega voluntaria del sitio, para evitar derramamiento de sangre. Los lugareños se opusieron tajantemente a la entrega de su patria.

Los cambios de acceso al municipio, fueron bloqueados por los gatilleros para impedir toda comunicación con: Salamanca, Huanímaro, Abasolo y Valle de Santiago; también fueron cerrados los caminos a las rancherías: Yóstirol, Panales,

el Durazno, San Guillermo, entre otros que sufrieron similares consecuencias.

En defensa del municipio, los neopoblanos se organizaron en fortines que, apostados en azoteas y torre de iglesia impedirían a costa de su propia vida, les quitasen su poca fortuna. En las calles de acceso a Pueblo Nuevo que conducían a la plaza principal, realizaron cortaduras lo suficientemente amplias, como para impedir el paso de los caballos.

Por las noches, narraba doña María Luisa Acosta González, nacida en 1912; "se escucha en las rancherías vecinas, el llanto de las familias, el cruce de un lado a otro lado, la balacera que nos obliga a todos a refugiarnos en nuestros hogares. Mi padre, Antonio Acosta y mi mamá Tomasa González, quienes vendían dulces a un costado del quiosco de la plaza, apenas comenzaba el tiroteo, recogían los dulces en un mandil y corrían a refugiarse en la casa, allí donde vivíamos, en la calle de Nativitas.

Pero no sólo era el tiroteo que se escuchaba en las calles, allá en la lejanía, mi mamá nos contaba —agrega— que cuando caían en los ranchos, se llevaban a las señoritas, mientras que a los hombres los golpeaban o mataban; una vez hecho esto, robaban cuanto querían, para proseguir a otro sitio con sus mal andanzas y fechorías".

Las horas de tensión en la que vivían los habitantes, se convirtieron en días de angustia; varios días cumplidos por parte de los forajidos, en tomar la plaza, hasta llegar al centro, y obligar a la rendición sin importar que corriera sangre. Los neopoblanos se encontraban en fortines que se localizaban en el portal Zaragoza, arriba de la casa de Ramón Ramos; otras más en las torres de la parroquia de San Antonio; en el templo nuevo, en la tienda de don Eufemio, La Campana (calles 5 de mayo) y en lugares estratégicos del municipio.

En La Campana, mataron a Santiago y Antonio Diosado, padre e hijo respectivamente (otra versión, ubica a Santiago únicamente herido) quienes también vigilaban que la turba no penetrase hasta el centro del municipio.

La administración municipal, entonces representada por J.

Merced Sandoval, quien ya tenía conocimiento del acontecer en otros municipios, se opusieron a la rendición. Contando entonces con José María Otero como jefe de la guarnición (equivalente a la policía preventiva) y con Sebastián Gutiérrez como subteniente, contaron con el apoyo de unos 60 lugareños; quienes se apresaron a tomar armas y defender su poca fortuna, la defensa de sus familias y su propia independencia, la cual pagarían con sangre posteriormente sin ser presa, desde luego, de los bandoleros.

Doña Inés Acosta González, hermana de doña Luisa, narra: "por la calle de Nativitas, hasta donde estaban los pilules, colgaron a uno de los forajidos que fue atrapado por los hombres del pueblo; al paso de los días, ya olía mal y los perros comenzaban a tragárselo, por esta razón se solicitó permiso para bajarlo y darle sepultura; no se le hizo una caja, sino un cajón muy chico donde lo metieron y sepultaron. Lo recuerdo porque, chica como estaba, vi pasar por la ventana a quienes lo sepultaron ya que se le salían los pies por un lado".

La familia Acosta González vivía en la calle de Nativitas, ahora Lerdo, en el número 30, dado que la nomenclatura fue modificada lo mismo que el nombre de las calles. Por allí, en la casa vecina, propiedad de Prudencio González, penetraron cuatro de los forajidos, con la intención de llegar a la casa de Francisco Rezo, para de allí continuar en dirección a las torres de la parroquia, y responder a la ofensiva-defensiva que, hacía horas, los neopoblanos mantenían a fuego cruzado.

Uno de estos cuatro bandoleros fue herido, sus compañeros lo bajaron de la azotea donde quedó, para posteriormente abrir una de las bardas y sacarlo para huir, casi como llegaron. "Cuando entraron por la puerta trasera de la casa —apunta Doña Luisa—, se quedó uno de ellos, dé los 'meros grandes' mientras que se paseaba por la casa, de un lado para otro, pero no enojado, y hablaba muy poco con mi papá".

Viviendo los últimos días bajo tensión, afortunados ahí en la torre de la parroquia de San Antonio, en el templo nuevo, otros en casa de Germán Ramos (calle Morelos), en la de An-

tonio Ramos (portal plaza Constitución) y en casa de Ramón Ramos (sitio conocido como el Hotel, luego Mueblería Ramos y actualmente Promex) en la calle Francisco I. Madero.

Así, tras días de acecho constante e intentos de tomar por las armas el municipio, los forajidos deciden entrar a Pueblo Nuevo el sábado 2 de octubre de 1915; a gritos de ¡Viva Pancho Armenta!, un jinete logra llegar hasta la entrada principal de la parroquia de San Antonio, pero cae muerto por los tiros de los defensores; el clarín de los delincuentes es también herido y rescatado por sus compañeros quienes a galope, consiguen sacarlo del lugar para emprender de inmediato la huida.

El jefe de la guarnición, quien contaba con su propio cuerpo de policía, puso a disposición de la defensa del lugar a todos sus elementos, pero, por azar del destino y extrañamente, uno de los soldados en la azotea del portal Zaragoza, sin que a la fecha haya sido posible saber su nombre. Honrosamente, en dicha fecha, 2 de octubre, similarmente a los héroes caídos, también se les rinde homenaje y deposita en su memoria una ofrenda floral.

II. De corazón fiel

Cuando las huestes de Pancho Armenta intentaron la toma de la plaza principal, el sacerdote del municipio, Eugenio Aceves hizo un llamado a los padres de familia para que aquellos que desearan llevar a sus hijas al curato del pueblo (hoy casa parroquial en donde están domiciliados los sacerdotes que llegan a predicar la religión cristiana por tiempo indeterminado, casa ubicada en Lerdo, esquina con Pino Suárez) y librar así a las jóvenes señoritas de caer en las manos de los forajidos o ser presas de la violencia.

El cura Aceves contaba con una escuela metodista, la cual era atendida por la señorita Concepción Contreras, quien vivía entonces en la calle Hidalgo 206, ésta hizo similar invitación a los padres de familia para que llevaran a sus hijas a proteger en el curato, dado que las noticias no eran nada

halagadoras para las mismas: los bandoleros caían en las rancherías y se llevaban a las señoritas, las violentaban para luego darles muerte o quedarse con ellas teniéndolas por sus favoritas.

Considerando tales circunstancias, los padres de familia aceptaron la invitación tanto del padre Aceves como de la señorita Concha Contreras, y depositaron a sus hijas en el curato, en tanto la situación revolucionaria llegaba a su término. El curato, que es actualmente una fortaleza de piedra, comunica subterráneamente con las criptas de la parroquia de San Antonio, en el área que fuera antaño la capilla bautismal. Dicha obra fue modificada en su estructura original, por indicaciones del sacerdote Miguel Méndez, actualmente en ejercicio de su religión en la ciudad de Irapuato, pero quien dañó la estructura original tanto de dicha casa como de la propia parroquia.

Surge aquí un aspecto referido por tradición oral, creencia por demás tradicional, pero imprecisa y no confirmada: "a decir de unos, los bandoleros comentaron entre sí: vámonos de aquí, lo que es en este pueblo no se puede entrar, aquí hasta las mujeres pelean". La historia conduce a un fondo posteriormente retomado como milagro de la virgen Santísima de la Candelaria, patrona del lugar. Y la versión es esta: estando ya los defensores de Pueblo Nuevo, principalmente quienes estaban en las cúpulas de la parroquia de San Antonio, se encontraban al borde de la desesperación dado que los pertrechos de guerra comenzaban a agotarse y al paso de las horas, ya no sería posible proseguir con la defensa del municipio; entonces ocurrió lo que la gente de profundo catolicismo narra: "en la torre de la parroquia, los delincuentes vieron a una mujer que con un niño en brazos, repartía parque a quienes allí se encontraban, el parque abundó nuevamente, de allí que los bandoleros, cuando vieron a esta mujer y que los disparos proseguían, optaron por la retirada, bajo el comentario arriba citado. Abandonaron el sitio dejando muerto a quien cayera frente a la parroquia".

El hecho no se ha confirmado plenamente pero es una

tradicción que pervive al paso del tiempo, con estas celebraciones y, sobre todo, bajo la idea de que la virgen de la Candelaria apareció realmente en la cúpula de la parroquia para prestar ayuda a los neopoblanos.

III. Y de alma alegre y piadosa

La versión oficial. El día 2 de octubre de 1915, fue la más negra de la historia de Pueblo Nuevo, pero a la vez una página heroica para sus defensores de aquel ataque de guerrilleros y bandoleros que asolaban la región guanajuatense con sus atracos, ultrajes y asesinatos en los lugares que tenían la desgracia de caer en sus manos. Días antes habían tomado y asaltado Abasolo, antes Cuitzeo de Hidalgo, y enviado al presidente municipal de Pueblo Nuevo, J. Merced Sandoval, la intimidación de que fuera entregada la plaza principal pacíficamente, o de lo contrario sería tomada a sangre y fuego, por la fuerza de las armas y el asalto brutal.

Ya antes el correo por tierra que pasaba a Salamanca había traído la noticia de la chusma de bandidos que se dirigían a Pueblo Nuevo. Fue entonces que el jefe Sandoval convocó inmediatamente a los vecinos del lugar tocando alarma con las campanas y les comunicó la fatal noticia de los asaltantes, e inmediatamente todos decidieron defender a su patria chica con valor y entereza, antes que ver mancillada la honestidad de sus doncellas y menoscabados sus caudales o incendiada la población.

Por aquellos días estaba como jefe de la guarnición de la plaza, el señor José María Otero y el sub-teniente Sebastián Gutiérrez, quienes ayudados por una treintena de vecinos de Pueblo Nuevo se apostaron en diversos lugares estratégicos de la población para defender a sus moradores. Así, por lo tanto, se colocaron unos soldados y neopoblanos en las bóvedas del templo parroquial, otros en la azotea del portal de don Rafael Ramos, otros en los techos y fortines de casas particulares y aún en el templo nuevo.

Para las diez de la mañana de ese día, ya estaba el pueblo

rodeado de bandoleros y asaltantes que habían llegado por los distintos caminos de acceso a la población: camino a Salamanca, Camino Real, Yóstirol, Abasolo, inclusive de San Guillermo cruzando el Río Lerma. Y al momento comenzó la campana de la parroquia anunciando el sitio de Pueblo Nuevo y al mismo tiempo se dejó escuchar el sonido atemorizador del clarín que ordenaba el ataque de las gavillas; pocos instantes después, comenzaría la gritería de los asaltantes y el silbido de balas de uno y otro bando cuando el resto de los habitantes permanecían orando llenos de pavor.

Hasta el frente de la parroquia había llegado un jinete de los sitiadores, quien cayó muerto por las balas de los defensores; al mismo tiempo fue herido el clarín de los bandoleros, lo cual dio lugar a que callaran; los forajidos, que ya se encontraban en el centro de la población, rescataron luego a lomo de caballo a su compañero y lo sacaron casi a rastras del lugar.

Así fueron transcurriendo las horas y como a las dos de la tarde entre los silbidos de la balas, comenzaron a escucharse aclamaciones de los neopoblanos defensores, que con toda desesperación por la falta de parque, ya no tenían con qué defenderse. Se le ocurrió a alguien gritar: "Toquen un repique a vuelo, que ya viene el auxilio del supremo gobierno", y para esto, se dice que al instante cesó el fuego enemigo, pues cayeron en la estratagema de creer que en verdad se recibían refuerzos del gobierno, por lo cual huyeron los acaso 700 sitiadores con numerosos heridos cuyo número exacto nunca se sabrá.

Las campanas de Pueblo Nuevo nunca antes habían tocado con tanta alegría como en esos instantes de triunfo y regocijo de los neopoblanos. Cuenta una anécdota de que los sitiadores aseguraban que veían en el fragor del combate a una mujer repartiendo parque a los defensores del Pueblo Nuevo, y por ese motivo se consideró un milagro de la virgen de la Candelaria, por lo cual se conmemora el festejo religioso el 2 de octubre en este municipio.

Héroes del 2 de octubre de 1915

La lista de los defensores de Pueblo Nuevo no está completa pues con el tiempo transcurrido escapan a la mente recuerdos de los que vivieron aquel día infausto y glorioso a la vez, los nombres de todos, pero en estos fragmentos históricos se consignan algunos de los cuales existen conocimientos de su valor y heroísmo.

Ellos son: presidente municipal, J. Merced Sandoval; teniente José María Otero; subteniente Sebastián Gutiérrez, quien después de muchos años falleció en León Guanajuato; soldado desconocido muerto en el portal Zaragoza de don Rafael Ramos; Antonio Diosado, héroe muerto en la azotea de su casa (5 de Mayo) y don Santiago Diosado, herido en su casa; Emilio Hernández, herido en el portal de don Ramón Ramos; Conrado González y José González; Germán Ramos, Federico y J. Carmen Arroyo; J. Carmen López, Juan Luis y Miguel López; Amador, Antonio y Francisco Razo Prieto; Leobardo Villagómez, Carmen Barreto, Octaviano Chagoyán, Darío Díaz y sus hijos; Alberto Guevara, Praxedis Franco, Gabino Sánchez, Ángel Sixtos, Cosme Zaragoza, José Domínguez, José Vargas y Estanislao Ortiz; Eliodoro Ojeda, Ángel Rivera, Antonio González J., Jesús Hernández Guevara, J. Jesús Rivera, José Saucedo, Agustín Arredondo, Silvestre Guevara, Santiago y Francisco Hernández; Rito González, Francisco Martínez, Benjamín y Alberto Pérez; Elpidio Sánchez, Antonio Barajas, Frumencio Vázquez, Cristino Ibarra y dos hijos de éste, José y Florentino Negrete y cinco soldados más en la torre parroquial.

Al retirarse las tropas asaltantes de Pueblo Nuevo, los defensores todavía llevando el terror en el rostro y el temblor en su cuerpo, recorrieron la población para enterarse del resultado final del combate y se encontraron con el cuerpo de un soldado anónimo, es decir, su nombre permanecerá injustamente ignorado para la posteridad, ya que había defendido Pueblo Nuevo con el señor Otero y yacía muerto en el techo del portal del señor Rafael Ramos, frente a la plaza principal,

donde es ahora el colegio Corde Jesús y en donde cada año se coloca una guirnalda de flores en su memoria.

También se encontraron con la triste noticia de don Antonio Diosado, muerto en el techo de su casa, por la calle salida a Abasolo, y a la vez había sido herido su señor padre don Santiago Diosado. También a este héroe neopoblano se le rinde homenaje anualmente, depositando su corona de soldado heroico como un premio a su virtud.

A la vez en el techo de la casa de don Ramón Ramos, se encontraba herido el joven Emilio Hernández, quien sobrevivió deformado de su rostro por haber recibido un tiro en la cara, de esa manera mostró las huellas de su valentía. Respecto al número de muertos, por parte de los sitiadores y atacantes, no se pudo saber pues los llevaron consigo, lo mismo que a sus heridos, quedando sólo el cadáver del atacante muerto frente a la parroquia.

Desde algunos años después de este hecho, se conmemora el 2 de octubre anualmente con un bando municipal, por las principales calles de la población.

Epílogo

El 2 de octubre, en fecha actual, cuando se celebran las misas como acción de gracias, el sacerdote oficiante del acto litúrgico, hace referencias a aquellas personas mayores de edad y que han vivido esta época del municipio, la cuentan a sus hijos o nietos para que tengan conocimiento del por qué es la Fiesta de la guerra, para que sepan que en esta fecha, fue un verdadero milagro reconocido y cómo es que los neoplanos se libraron de la violencia de los gatilleros comandados por Pancho Armenta.

Doña Luisa Acosta afirma que "los sacerdotes cuando realizan las misas concelebradas en esa fecha, como conmemoración, no refieren tal caso, evadiendo ser promotores del milagro que ellos mismos no pueden garantizar como verídicos y sobre todo, considerando que los sacerdotes de la actualidad, desconocen la historia a fondo por no ser luga-

reños"; Doña Inés por su parte, quien acude a la iglesia diariamente, señala lo contrario y asegura que "esto si es referido por los predicadores en esta fecha".

Hoy en día, cada 2 de octubre, se realizan desfiles cívicos y deportivos por las calles principales de la ciudad, se depositan ofrendas florales en los sitios señalados, 5 de mayo, portal Zaragoza y parroquia, para que por las noches los fuegos pirotécnicos, la música y el ambiente social, se desarrolle en el jardín principal, en la plaza Constitución y en el corazón de quienes vivieron este espacio de historia.

UNA INFANCIA DE ENSUEÑO

Rubén Calderón Gaytán
Casacuaran, Yuriria
Primer lugar, 1989

Cuando tenía 10 años de edad, una noche me despertó un malestar, medio adormilado me levanté y fui al baño. Cuando regresaba a la habitación que compartía con mis papás, sentí que alguien me veía fijamente. Aunque era claro que nadie lo hacía, no pude soportar la curiosidad y recorrí con la mirada el contorno. A la luz de la luna llena de octubre, descubrí a una persona parada detrás de la cerca, a unos pasos de la puerta de malla de alambre, su cabeza y parte del busto salían del nivel de las piedras. Con escepticismo pensé que sólo era otra piedra que sobresalía de las demás. Me acerqué para constatarlo y cuando estaba a escasos cuatro metros, pude reconocer el rebozo gris que cubría la cabeza y los hombros. Di un paso más y pude ver la nariz, parte de las mejillas, los labios y el mentón; en la penumbra se alcanzaba a distinguir la frente, las cejas y unos ojos sombreados, pero con una chispa serena. De inmediato la reconocí, era mi abuelita Malela que había muerto antes de que yo naciera, pero a quien conocía gracias a la foto que conservábamos de ella. En aquel instante me llegó un miedo aterrador y hasta sentí que el pelo se me erizaba en la nuca. Quise correr, pero no pude. Por fin, después de un titubeo, fingí recoger algo y simulé lanzárselo. Como por arte de magia desapareció sin dejar rastro.

Con un grito anudado en la garganta, corrí al dormitorio; hice tanto ruido que desperté a mi padre. Me preguntó qué traía. Con palabras atropelladas le contesté que había visto a Malela junto a la camelina. Con tono convincente me dijo que eso no podía ser. Se levantó e inspeccionó toda la casa. A pocos minutos regresó y me dijo que había sido mi imaginación. Como no me vio muy convencido se me arrimó y

poniéndome la mano en el hombro me repitió que me durmiera, porque todo estaba bien. Nos fuimos a nuestras respectivas camas, apagó la luz y nos dispusimos a dormir. Después de un rato, se escuchaba un ronquido suave y tranquilo. Mi padre ya estaba dormido.

Entrecerré los ojos en un fallido intento de conciliar el sueño, cuando un perro empezó a aullar. Me estremecí, porque según había escuchado, los perros aullan cuando ven el espíritu de algún muerto. Recordé cómo mi amigo Antonio se había puesto una lagaña de perro, porque según él, así era como podías ver a las ánimas.

Los aullidos eran espaciados, pero cada vez más lastimeros, hasta parecían el llanto de una persona. Recordé entonces las numerosas narraciones en torno a la llorona. Hacía apenas un mes que un vecino la había escuchado pasar por la calle que daba a la casa, lamentando con gritos desgarradores la pérdida de sus hijos. El miedo me hacía imaginarla bajando velozmente por el peñascal del mogote con su ligera y blanca túnica, su larga cabellera, flotando con el viento del otoño.

Hacía tiempo que había preguntado a mi madre, quién era la llorona y por qué lloraba, en esa ocasión me explicó que era una madre de familia que había repudiado a sus hijos recién nacidos y los había echado a un arroyo para que se ahogaran. Cuando esa mala mujer murió, Dios le dio como castigo el tener que penar por las noches en los lugares cercanos a los ríos, llorando y preguntando por sus hijos. Todo eso, con el fin de que las madres entiendan que deben amar a sus hijos, porque son regalo de Dios.

El perro dejó de aullar. Pensé que el alma en pena que perturbaba la quietud nocturna se había marchado y que ya podía dormir tranquilo. Suspiré hondo y me dispuse a dormir cuando se escuchó el traqueteo de una lechuza que volaba sobre los hogares del barrio. Nuevamente la inquietud se apoderó de mí, porque se sabía que la presencia de una lechuza auguraba una tragedia. Fue entonces cuando recordé que mi tío tenía más de un mes enfermo y que la tarde anterior se había agravado. El miedo se volvió a apoderar de mí.

A la lechuza le contestó un tecolote, que solía posarse sobre un frondoso palo blanco que estaba junto a la choza de don Genaro. Era el único que llegaba desde la noche en que tal señor los balaceó. Estaba convencido que las dolorosas reumas que no le dejaban caminar eran provocadas por alguna bruja que se mezclaba con aquellas aves. Mi padre en alguna ocasión, nos había platicado que rezando *La Magnífica*, se puede derribar a las brujas que vuelan ya en forma de tecolotes, ya sobre una escoba o paradas como guajolotes sobre algún árbol. Pero una vez derribadas, se les debe golpear hasta que sangren, para que no vuelvan a aquel lugar y dejen de hacer daño a la gente. Para proteger la casa era necesario poner detrás de la puerta trenzas de ajos, herraduras, crucifijos, cruces de romero o encender un cirio. Debía tenerse especial cuidado en los hogares donde hubiera recién nacidos, porque eran capaces de robarlos.

Cuando una persona amanecía con algún amoratamiento, se pensaba que había sido un chupetón de bruja y a la noche siguiente, se esparcía sal o mostaza dentro y fuera de la habitación, a fin de no dejarla escapar si entraba nuevamente.

El último "tecuró" del búho se escuchó más lejos, ahora si iba a poder dormir. En ese momento se escucharon los guajolotes de mi primo pelear sobre la mora. Aunque sólo eran unos guajolotes, me hicieron recordar que las brujas tenían pacto con el diablo. Le habían vendido su alma a cambio del poder para convertirse en búhos, cúcnos, volar sobre la escoba o con alas de petate y hacer el mal a quien ellas desearan.

La imagen de diablo sustituyó a la de las brujas. Se decía que tenía cuerpo de persona, cuernos de cabra, una pata de gallo y una de chivo, cola de caballo terminada en lanceta; su mirada era astuta, sus cejas malignas, su nariz aguileña, su sonrisa burlona y su barba de chivo padre. Podía tomar casi cualquier forma: la de un perro o gato negro, la de un dragón, la de un catrín, la de una mujer bonita, la de un caballo negro, la de un millonario, etcétera.

Las imágenes desfilaban por mi mente y se confundían. La

fantasía iba dando paso al sueño, cuando un burro emitió un fuerte rebuznido, olvidaba que el diablo también podía tomar la forma de burro. Contaban unos muchachos que una noche se encontraron un burro cerca de los hornos de cal de la Piaña. A uno de ellos se le ocurrió montarlo para no tener que caminar hasta el centro del poblado. Lo siguió un segundo, un tercero, un cuarto, un quinto, . . . el sexto y el séptimo iban a montarlo, cuando observaron que el burro alargaba su anca. Los compañeros les gritaron ¡súbanle, miedosos! A lo que les contestaron: ¡es el diablo!, ¿que no ven que está creciendo?

En otra ocasión dos ebrios se encontraron una puerca en el monte. Uno de ellos sacó su puñal y dijo al compañero que tenía ganas de carnitas. En seguida la persiguió entre los matorrales. Cuando la tuvo a su alcance, se lanzó sobre ella, clavándole todo el puñal en el lomo. La enorme puerca respondió con una sonora carcajada, mientras corría tras un huizache. Al salir al otro lado, encabezaba a una parvada de pollitos coqueando. Otra noche se les apareció a unos adolescentes una gallina con una parranda de puerquitos piando. En fin, el problema con el diablo radicaba en que sólo los sacerdotes los podían ahuyentar a base de rezos y agua bendita. Y ningún padre iba a estar dispuesto a parrandear por las noches con los borrachos y los enamorados.

Lo que yo no podía entender era por qué ni los rezos ni el agua bendita ahuyentaban al padre sin cabeza, que se aparecía por las noches a quienes se aventuraban por los rincones del Casco de la Hacienda.

Cuando tenía seis años de edad, ingresé a la escuela; me asignaron un salón largo, alto y oscuro, que había sido parte del Casco. Los alumnos mayores del grupo nos encerraban y nos asustaban con la supuesta aparición del padre sin cabeza. Éste había sido un renegado de su vocación; por tal pecado le cortaron la cabeza los creyentes. Una vez muerto, Dios lo condenó a penar por los lugares donde había vivido con la cabeza colgando de los cabellos en la mano derecha para mostrar lo que puede pasar con las personas que reniegan de su fe.

Mientras recordaba mis primeros días en la escuela, volvió a aullar el perro. De pronto pensé que se puede ahuyentar a un difunto con maldiciones, en caso de que se me volviera a aparecer o que se me subiera. Contaban que las ánimas se subían sobre el cristiano, lo aturdían y luego le daban el mensaje. Se escuchaba un cuchicheo junto a los oídos y palabras entrecortadas. Los mensajes podían ser de diversa índole, como: el pago de una manda, el pago de una deuda o promesa y en muchas ocasiones, se revelaba el lugar donde se había escondido un tesoro. Claro que, para captar bien el secreto, había que tener valor, porque las personas débiles perdían el conocimiento o les maldecían, condenándoles a las "penas de San Francisco", que equivalían a prolongar sus sufrimientos en la otra vida.

Mi padre era una persona muy valiente. En muchas ocasiones tuvo encuentros con difuntos, pero nunca se rajó. Una noche de verano, llevó su yunta a mañanear al Mogote Largo. Ya en el lugar, les echó pastura y se dispuso a descansar. Puso el capote en el suelo y se cobijó con el gabán. Dormitaba cuando sintió unas manos sobre una rodilla. Los bueyes empezaron a bufar. Las misteriosas manos se retiraron y todo quedó tranquilo. Después de un rato empezó a sentir como si unas ramas recorrieran su espalda de la cabeza a los pies; el miedo comenzó a inquietarlo. Cuando ya no pudo resistir la incertidumbre de lo que estaba pasando, se quitó el gabán, al abrir los ojos se encontró en el interior de una cueva. A unos metros se distinguía la claridad de la puerta de la misma. Sin pensarlo más, levantó su capote y el gabán para correr hacia la salida. Cuando iba llegando se le atravesó una sombra. Él nunca maldecía, pero esa vez tuvo que hacer una excepción, diciendo: ¡quíitate, jijo de la...! La sombra desapareció en tanto él sentía como si flotara. Luego cayó sobre una cerca, que se localizaba como a cien metros del Mogote. Sin poder moverse, permaneció sentado en cuclillas sobre las piedras y escuchando un extraño zumbido en torno a la cabeza, casi hasta el amanecer.

La leyenda de la cueva del Mogote Largo venía desde la

época de la Colonia. Inició cuando unos ladrones robaron el templo de Zinapécuaro y fueron perseguidos; pasaban cerca del Mogote Largo, cuando casi los alcanzaban, entonces decidieron esconder el botín en una cueva que descubrieron en un peñascal. Ahí quedaron cálices, capones, patenas, candelabros, campanas de oro y plata. Por cierto que cada año, el día 3 de mayo, a las doce horas, muchas personas han escuchado el eco del repicar finísimo de una campanita en las inmediaciones del Mogote Largo. Grupos de interesados han buscado infructuosamente la entrada de la cueva legendaria.

Hay quienes asocian a los ladrones de Zinapécuaro, con un grupo que acechaba el antiguo camino real que iba de Celaya a Morelia y que pasaba como a un kilómetro al sur del Mogote Largo. Se asegura que tales ladrones llegaron a acumular cuantiosas riquezas, que ocultaban en diversos lugares del contorno. Los labriegos de mi comunidad afirman haber visto arder esos tesoros a principios de mayo, en lugares como: el Mogote de la Breva, la cerca doble del Ranchito, la Yácata de arriba y la Yácata de abajo.

Hasta hubo quienes estuvieron a punto de enriquecerse de la noche a la mañana por haber descubierto algún "guardo"; por desgracia algún mal pensamiento los hizo perderlo. El señor Isabel Pérez sacó un guardado del Ranchito, pero cuando iba llegando a casa empezó a crecer en su interior la envidia y la soberbia, el tesoro desapareció. El señor Nicolás Pizano sacó el guardado de la Yácata de arriba, pero al entrar a la comunidad empezó a pensar en abandonar a su mujer y buscarse otra más bonita, desapareció el tesoro y los burros en que lo llevaba. Claro que los tesoros no sólo desaparecían, sino que también se convertían en mierda, cuando contenían oro, o en ceniza si eran de plata.

Para saber qué tipo de metal predominaba en el guardado, había que observar la coloración de la llama cuando ardía. Si era azul o verdosa, el guardado era de plata; si en cambio era amarilla, el tesoro era de oro.

Los guardos solían esconderse en ollas, cántaros, barriles, redes y fajas. Estas últimas eran cinturones de piel repletos de

monedas. Al pasar los años los cinturones se convertían en "culebras de dinero", cobrando vida. Podían salir de su escondite a asolearse y volverse a ocultar. Si sólo contenía monedas de oro, eran sus ojos amarillos; si tenía de oro y de plata, poseía un ojo blanco y otro amarillo; también podía tener los ojos blancos, si sólo era plata. Los ancianos aconsejaban que cuando se encontrara una culebra de dinero, debíamos lanzarles el sombrero, el gabán, la camisa y hasta los pantalones, ordenándoles: ¡rázamelos, chiquita!

En tanto que extraer la riqueza a una culebra era relativamente simple, el guardo multiplicaba sus dificultades debido al azogue. Muchos incautos no vivieron para disfrutarlo, porque las maldiciones que rodeaban al tesoro y el azogue, los habían hecho morir de enfermedades desconocidas. Para que eso no sucediera, había que neutralizar las maldiciones con agua de los Santos Reyes, rezando un padrenuestro desde cada punto cardinal, mantener el cirio bendito en el interior de la excavación o con un saumerio de palma bendita. En cuanto al azogue, se aconsejaba destapar la olla desde lejos; pero cuando el recipiente era hermético había que destaparlo con las manos, pero tapándose la nariz y la boca con un paliacate impregnado de jugo de limón y vinagre. Algunos más rebuscados, aconsejaban usar unos taponos de algodón impregnados con jugo de tomate y ajo.

Mis somnolientas cavilaciones fueron interrumpidas por el rechinar de una huemba, en la huerta de don Wenceslao, el que tocaba la tambora en la música de viento. Acostumbraba regar cada tercer día sus guayabos a partir de las cinco de la mañana. El canto de los gallos se fue haciendo más frecuente. En casa de mi tío Erasto se escuchaba trastear en la cocina. Ya iba a amanecer. Por aquella noche estaba salvado. Por fin pude dormir.

Como a las ocho de la mañana mi madre me despertó, porque debía ir a la escuela. De manera muy sutil me preguntó si en efecto había visto a Malela o si sólo la había soñado. Le contesté que sí. Me miró pensativa. Luego en voz baja comentó a mis hermanas que esa noche Malela le había ha-

blado a mi tío Erasto para encargarle a mi tío Pablo, que cada día se agravaba más. ¡Qué curioso! —pensé—. Malela había visitado a su hijo mayor y al menor de sus nietos.

Aquello me impresionó tanto, que me enfermé del estómago, perdí el apetito, me volví asustadizo y me sobresaltaba dormido. Para curarme me dieron durante nueve días un té de manrubio y prodigiosa, dizque para la bilis. Como temían que se me acentuara la diarrea, me dieron durante tres días un té de terepe y trancalpuerta. Cuando mi madre fue a conseguir el terepe con una vecina, se pusieron a platicar acerca de todos los remedios conocidos. El té dulce con piloncillo para los cólicos; una hoja de palma bendita con un limón partido en cruz para el vómito; el té de gordolobo para la tos; un té de hojas de cuaquil para lo mismo; el anís de estrella con canela para los mareos; tres retoños de alfalfa, anís de estrella y un granito de sal dorado para lo sofocado; té de cabellos de elote para el ardor de vejiga; leche caliente o ciruelas para lo estreñido; el aguamiel o el *guische* de maguey para la úlcera; carne seca de tlacuache para la fiebre de malta; aceite de zorrillo con un tomate asado para extraer astillas o espinas profundas; una cataplasma de leche de chupiro o una lagartija abierta a lo largo en el pecho para bronquitis; carbonato para las agruras; cuachalalate para el riñón; el veneno de abeja disuelto en alcohol o la mariguana para el reumatismo; una coralilla ahogada en alcohol para cualquier piquete de animal ponzoñoso. Le recomendaron a mi mamá que no me diera comidas pesadas, para que los remedios surtieran mejor efecto.

Por algunos días tuve que comer tés, atoles, tostadas, caldo y la leche sólo mediada. Sería porque no me alimentaba como de costumbre, pero todo se me antojaba, desde el pipián de semillas de calabaza india; las gorditas y las hojarascas de harina de trigo; los tamales agrios hechos a base de masa de cacahuete con chile, alternada con masa de maíz en capas; el chile de cacahuete que tan frecuentemente almorzábamos en casa; las quesadillas de lenteja, frijol y cacahuete que tanta expectación despertaban entre mis compañeros de clase cuando

las comía en el recreo; los moles de codorniz, güilota, tordo, torcaza, pichón, pato y ardilla; el champurrado, que es alimento especial para las señoras "en cama"; atoles de garbanzo y de mezquite; los dulces domésticos como los cubiertos de calabaza, chilacayote y viznaga; los garapiñados de cacahuete y de semillas; el pinole de maíz prieto y de garbanzo; la mermelada de chilacayote y los camotes horneados. A las verduras solía hacerles el feo hasta que la maestra Eva nos explicó que eran muy nutritivas, por sus proteínas vegetales, vitaminas y minerales.

Según la temporada solíamos comer verdolagas, quelites cenizos (los preferidos de mi papá); los nopalitos a lo largo de la cuaresma, era tan frecuente que hasta me enfadaban a pesar de las múltiples formas en que los cocinaban: asados en el comal, cocidos con cebolla y cilantro, guisados, en el molcajete con ajo y chile guajillo y a la penca. Esta modalidad consistía en rellenar una penca de nopalitos tiernos y ponerla en las brasas. Posteriormente, también los preparaban en vinagre con chiles güeros, zanahorias y cebollas. En el verano me encantaba la sopa de elote con leche y cebolla; por las noches acostumbábamos cenar *huchepos*. En fin, todo se me antojaba.

Hasta antes de aquel día escuchaba en las noches de luna llena, las leyendas de labios de mi padre con interés. A partir de mi nueva experiencia las empecé a escuchar con miedo. Así que en adelante siempre exigí que hablaran de otras cosas. Y en efecto, cada noche se reunía toda la familia a revisar los trabajos del día y a planear los del siguiente; luego se ponían a narrar temas de antaño.

Así surgió el tema de la danza de Palotereros traída por el señor Marcos Gaytán en 1935. Gustó tanto desde un principio, que siempre se ha practicado, y enriquecido con otros sones. Actualmente se tiene la de hombres y la de mujeres. Han tenido exhibiciones exitosas en el Distrito Federal, León, Irapuato, San Miguel Allende, Salvatierra, Moroleón y Yuriria.

Otra noche se habló del coloquio. Sus orígenes se remontan a 1961 cuando la hacienda ganadera de Santa Rosa de

Pastores, pasó a manos de doña Juanita de Becerra, viuda de Montañés, durante el gobierno de don Manuel Doblado.

El coloquio era una obra de teatro popular que representaba la vida de un grupo de pastores, entre el bien promovido por los ángeles y el mal, motivado por los diablos; finalmente triunfa el bien, con el nacimiento del niño Jesús. Durante el porfiriato y al amparo de la hacienda se le dio gran difusión.

Después de la Revolución se tuvo una época floreciente gracias a actores como: Octaviano Moncada que representaba a Bartolo y que ridiculizaba majestuosamente a la Pereza; G. Gintora, que representaba a Luzbel y que ridiculizaba certemente en sus saludos y despedidas a las vanidades de la mujer y los vicios del hombre; P. Medina que representaba a la Astucia y que criticaba el Engaño, el Robo y la Estafa; C. Ávalos e H. Rosas, protagonizando a Gila y Bato, matrimonio de pastores cuyos pleitos eran suscitados por las tentaciones de los demonios (Luzbel, Astucia y el Pecado); pero que se resolvían con la intervención de los ángeles (Miguel, Gabriel y Uriel). G. Zavala, protagonizando a un Ermitaño, un anciano metiche que ridiculizaba la vida de oración, ante un mundo tan necesitado de buen ejemplo.

El Ermitaño se metía en todos los lios y discusiones; trataba de poner paz entre Gila y Bato y se ponía del lado de los ángeles y en contra de los diablos, aunque éstos le hicieran sudar la gota gorda.

Los ensayos del coloquio se hacían durante tres o cuatro meses. La gente acostumbraba a asistir a las representaciones, principalmente cuando se repetía el "pleito" entre Gila y Bato, aunque los pequeños disfrutaban más las travesuras del Ermitaño. A todo mundo le llamaban la atención los saludos y las despedidas, porque en ellas cada uno de los actores hacía alusiones a personas distinguidas o criticaban costumbres sociales erróneas. Los chicos preferían las despedidas, porque aquí los actores lanzaban al auditorio tamales, naranjas, mandarinas, bolsitas de dulces, garapiñados cubiertos, gorditas de harina, *corundas*, etc., a mí no se me olvidaba como en una

de las presentaciones más recientes, a los diablos se les pasó la mano con la brea que usaban para avivar el fuego con que asustaban al Ermitaño; en ese acto se levantó una llamarada tan alta que se encendieron los adornos de papel y todos los pastores corrieron a apagarlos. Bartolo, muy quitado de la pena y dando crédito de su papel sólo observaba. La gente lo incitaba a participar en la emergencia y le amenazaban con el fuego eterno. Él siguió impassible hasta que le llegaron los sombrerazos de los pastores, porque su corona había empezado a arder, ante las carcajadas y gritos de los espectadores.

Otra de las fiestas más antiguas de mi pueblo y que ya se perdió, era la de la Santa Cruz. Se celebraba del 1 al 3 de mayo. Consistía en sacar una cruz por el campo y venerarla durante esos días en lo alto del Mogote de la Piaña. La mencionada cruz había sido un regalo de la parroquia de Yuriria a la comunidad. Tal cruz había pertenecido al crucifijo mejor conocido como la Preciosa Sangre de Jesús, que se adora en uno de los templos de Yuriria; pero como estaba defectuosa, se la cambiaron. Se cuenta que en una ocasión, trajeron de visita a la Preciosa Sangre y la reunieron con su cruz original. Se dice que se reconocieron, porque cuando quisieron llevarse a la Preciosa Sangre, los cargadores no podían con ella; que al tratar de cruzarla por la puerta del adoratorio no cabía, porque le crecían los brazos. Todo ello, como testimonio de la fidelidad y del cariño a la gente de nuestro pueblo.

De modo que la fiesta de mayo en honor de la Santa Cruz tenía eventos religiosos, sociales y deportivos. Se celebraban dos misas: la de las primeras comuniones y la concelebrada. Se rezaban rosarios, novenarios o triduos. En la parte social, se realizaban los jarabes, en que se bailaba al son de la música de viento y se lucían los lujos de la época. Las mujeres vestían con fular, tela espejo, jersey, cretona, céfiro, satén, cambray y hamburgo; el percal y la manta lucían vistosas guías de pespunto, los dehilados, los relindos y los tableados. Los hombres estrenando su calzón y camisa de manta con bordados en cuello, pecho y mangas; contrastando sus rojas

fajas y sus anchos sombreros de palma. De cuando en cuando sacaban su eslabón, su piedra, su zorra y encendían un cigarrillo fabricado con tabaco doméstico y una de mazorca. En la parte deportiva, se tenían los jaripeos, las peleas de gallos y las carreras de caballos. Naturalmente que en la parte artística, no podía faltar el coloquio.

Del 1 al 12 de diciembre se realizaban los altares. Éstos consistían en arreglos domésticos de un altar, donde se colocaba una imagen de la virgen de Guadalupe. El arreglo estaba hecho básicamente de recortes de papel en forma de ondas, polígonos y banderitas de papel celofán de varios colores. Las gradas se adornaban con muestras de tejido, bordado y plantas de ornato. Por las noches se rezaba el rosario y se quemaba abundante pólvora; los misterios se alternaban con alabanzas tradicionales cantadas a dos voces.

La gente estaba acostumbrada a visitar los altares que se erigían por todos los barrios. Las opiniones acerca de cuál era el más original no se dejaban esperar, porque había una sana competencia. A mí me gustaban mucho, porque me brindaban la oportunidad de curiosear en barrios no frecuentados. También me llamaba la atención la quema de pólvora, primero porque me intimidaban los cohetes de lucitas, me fascinaba. Una noche nos pusimos a recolectar todos los cohetes que no tronaban, para sacarles la pólvora. Cuando reunimos cerca de una docena, nos pusimos a quebrar uno por uno. Ya sólo nos faltaba uno que tenía el cañote muy grueso; molesto porque no lo podía quebrar, tomé una piedra y lo golpeé sobre otra. Saltó una chispa y la pólvora se inflamó levantando una gran llamarada. Instintivamente cerramos los ojos, pero se nos achicharraron las pestañas, las cejas y por toda la cara se marcaron pequeñas quemaduras.

Claro que si me han dado a escoger entre todas las fiestas, hubiera preferido las posadas y la fiesta del 25 de enero en honor de San Pablo, patrono de la comunidad. Las posadas, porque me encantaba andar de un lugar a otro recolectando aguinaldos; por las rimas que se cantaban a los "cargueros" para que fueran más espléndidos y trajeran muchas

piñatas. Aquellos aguinaldos consistían en bolsitas de papel repletas de galletas de animalitos, colación de todos tamaños y colores, con sabor a cilantro; también llevaban cacahuates, pedazos de caña, naranjas, mandarinas, dulces de la vaquita y de cuando en cuando salía un chocolate.

Después del aguinaldo, lo más interesante eran las piñatas. Sólo que a esas no me metía, porque mi madre me lo tenía prohibido; ya habían bastantes descalabrados y con huesos rotos, como para que la desobedeciera.

Otro de los detalles bonitos de las posadas era la famosa "cuelga", consistía en pequeñas figuritas de animales y frutas hechas de azúcar y artísticamente coloreadas. Lo malo de la cuelga, era que no nos daban. Yo sólo una vez la probé porque mi padre pidió un kilo en la posada de Malela, con el compromiso de regresar doble al año siguiente. Me tocó un pedazo de patito de azúcar. Aunque no cantaba, siempre me formaba cuando se pedía posada por la calle. Un año casi llegué a coleccionar 20 velitas de diferentes colores.

La fiesta del 25 de enero me gustaba, porque estrenábamos ropa y zapatos. Pero lo más atractivo eran los juegos mecánicos, entre lo que destacaba la ola y la silla voladora. Recuerdo que la primera vez que me subí a la ola, me norteé, ya que no sabía hacia dónde quedaba la casa. Había además, los copos de algodón de azúcar, el tiro al blanco, puestos de fritangas, juegos de dados, lanzamientos de aros, lotería, la casa de los espantos y los títeres. Una noche me gasté todo mi modesto capital, tratando de tumbar con un rifle de aire, que dispara corchos, una cajetilla de cigarros que tenía un billete de diez mil. No podía entender por qué no le pegaba, si con mi resortera no fallaba a quince metros. Hasta que me fijé que el cañón era tan grueso, que el tubo interno podía desviarse, sin que se notara por fuera. Era un truco muy ingenioso, pero qué pena que me hubiera costado mi capital.

La fiesta del 25 tenía, como otras, su aspecto religioso, el social, el artístico y el deportivo. En lo religioso, las tradicionales misas de primera comunión, la misa concelebrada, el triduo, la quema de pólvora, el castillo y el torito, que ya era

franca diversión; en lo social, se tenía el baile de gala, donde como antaño, se ostentaba el "estreno", sólo que ahora se usaban los zapatos de clavo, el vestido chemis de colores serios, el chal desplazó al rebozo y las tradicionales trenzas y caireles dieron paso a los abultados peinados de "cubeta". Los hombres abandonaron las prendas de manta y ahora era la moda vestir ropa traída de Estados Unidos. Además de la música de viento, ahora había tocadiscos donde se sucedían las dedicatorias. En el aspecto deportivo ahora había encuentros de basquetbol, futbol, beisbol, claro que el jaripeo también se realizaba, sólo que cada día iba perdiendo su matiz deportivo para convertirse en un negocio.

En el aspecto artístico, se seguía presentando el coloquio; ahora también se presentaba la danza de Palotereros y el paseo de carros alegóricos con el rey y su séquito. La fiesta culminaba con el paseo de carros, en el que todo mundo bailaba.

Además de las fiestas comunitarias, había las familiares con motivo de los bautizos, confirmaciones y bodas; pero las más interesantes eran las bodas. Empezaban un día antes de la ceremonia religiosa, con las moliendas. En ellas se reunían todos los familiares de los novios a ayudar con la molienda del nixtamal para las tortillas del banquete y para matar guajolotes, pollos, gallinas, etc., para el tradicional mole. Luego se efectuaba la boda misma, con el rito del culto católico. Era famosísima la llegada a caballo de los novios, desde la parroquia en la cabecera municipal; el recibimiento lo hacían los familiares y una música de viento. Después de la comida se tenían los jarabes. Al día siguiente la tornaboda.

Al inicio de la vida matrimonial de la nueva pareja él ya debía tener un jacal aunque fuera de piedra y zacate, y ella, los trastos indispensables para ambos, y además dos ceñidores y dos paradás de ropa para él.

Todas estas narraciones me interesaban, pero me encantaban las narraciones de aventuras, cuentos y pasajes de la Biblia. Desde entonces identifiqué el momento en que San Pedro le cortó la oreja a Malcom; cuando los hijos mayores de Jacob vendieron a su hermano José; cuando Dios creó a

Adán y luego de la costilla de éste, a Eva; cuando David peleó con Goliat; cuando el Rey Salomón decidió partir a la mitad, al presunto hijo de dos madres, para descubrir cuál era la falsa; cuando la madre de Moisés lo puso en el río Nilo y la hija del faraón lo encontró y lo adoptó; cuando José interpretó el sueño del Faraón acerca de siete vacas gordas y siete flacas; cuando Dios decidió salvar a Lot en la destrucción de Sodoma y Gomorra; cuando Noé construyó un arca para salvar a plantas, animales y al hombre del diluvio, y muchos pasajes de la vida de Jesús de Nazaret. También me narraron cuentos que después identifiqué con capítulos de *Las Mil y una Noches*, como: "Ali Babá y los cuarenta ladrones", "Aladino y la lámpara maravillosa", "Los viajes de Simbad el Marino", "Zoraida y Disnarda", etc. Hubo muchos otros cuentos como: "El judío errante", "Tres mataron a Tablas y Tablas mató a tres", "Irás y no volverás", "El sastrecillo valiente", etcétera.

Con el paso de los años superé el miedo y la superstición, pero me quedó una viva imaginación, la capacidad para saborear lo nuestro, la identificación con nuestro pasado, el respeto por una labor inacabada que nos toca continuar; el reconocimiento de nuestros valores culturales, la admiración por quienes forjaron con su vida el alma de nuestro pueblo y el cariño a nuestra autenticidad.

Una infancia de ensueño pretende mostrar por contraste, la distancia entre la educación extranjerizante y consumista sustentada sobre un televisor, y la educación hogareña acorde con nuestra cultura.

UN VELORIO EN ATARJEA

María Guadalupe Flores Morán
Atarjea
Cuarto lugar, 1989

Topializtli: Lo que nos compete preservar. "... Así nosotros también, para nuestros hijos, nietos, los que tienen nuestra sangre y color, los que saldrán de nosotros, para ellos lo dejamos, para ellos lo dejamos, para que ellos, cuando ya nosotros hayamos muerto, también lo guarden". (Fernando Alvarado Tezozómoc, Crónica Mexicáyotl).

Atarjea

Ubicación geográfica. Atarjea es la cabecera de uno de los 46 municipios del estado de Guanajuato, es la más oriental del Estado, pues está situada entre el norte y el este a 1350 metros sobre el nivel del mar, enclavada en el corazón de la sierra Gorda y justo a los pies de la gran Cordillera. Si tú, amado lector, algún día visitas mi pueblo y quieres ver los picos de sus montañas, tendrás que tirarte boca arriba. Atarjea es un pueblo huasteco y marca los límites con la Huasteca queretana; es un bello rincón de México, risueño y pintoresco, donde la historia parece haberse quedado dormida, y cuyo sueño sólo interrumpe el murmullo del río, y las voces que el aire parece arrancar de los árboles al pasar silbando encañonado por las huertas que se esconden en los pliegues de la Cordillera que descansan a la orilla del río.

Historia

Los ricos yacimientos de oro, plata, mercurio, plomo, azogue, entre otros metales, descubiertos en minas como La Cata y El Socavón, fueron seguramente encontrados en explotación

por los españoles, trabajados por los indígenas pobladores de aquel lugar y que se asegura fueron chichimecas, aunque también estuvieron por ahí los toltecas provenientes del Pánuco, en donde dice la historia que desembarcaron y luego se dispersaron por toda la región, sobre todo buscaron las montañas; de su estancia en estos lugares tenemos vestigios en la zona arqueológica de Casas Viejas y otras huellas fehacientes de las que ya hablaremos en su oportunidad.

A las riquezas de sus minerales escondidos en lo más recóndito de sus montañas, debe Atarjea su fundación, ya que probablemente es el más antiguo de los pueblos de Guanajuato, pues fue fundado en agosto de 1539 por el cacique don Alejo de Guzmán; de la importancia que tenía Atarjea para los españoles desde esos años, habla una historia muy antigua. Dicho tratado histórico se denomina *Michoacán y Guanajuato*, escrito en 1860 por el doctor José Guadalupe Romero y dice así:

Atarjea. Es un mineral de azogue conocido por los españoles desde el siglo pasado; hoy se explota poco pero en el año de 1648, trató el Gobierno de Guanajuato de poner ahí un presidio para explotar en grande las abundantísimas vetas de sinabrio que circundan la población; es pequeña, tiene regular iglesia y caserío. Es muy probable que en los terrenos fríos de estas serranías, se aclimataran fácilmente las llamas del Perú que procrean siempre en las montañas elevadas; el servicio de estos animales, serían de gran utilidad a los indios de la comarca.

Con lo dicho hasta aquí, ya tenemos una idea clara de este rincón guanajuatense, que todavía hasta los años veintes de este siglo, fue conocida como el Real de Atarjea por su riqueza minera. Pues bien, este pueblecito logró vencer la maldición que parece pesar sobre los pueblos que han destacado como emporios mineros: convertirse en "pueblos fantasmas". Ahí está el Viejo Real de Atarjea, para ustedes sólo Atarjea, Real, sí, porque vive, porque existe, no es un fantasma, porque pregonan su realeza la majestuosidad de sus

montañas que forman su corona; pero sobre todo Viejo, es un pueblo con sabor a siglos; en sus calles la historia se hizo piedra, en sus alrededores, en sus costumbres, sus tradiciones, pero vive; es como una leyenda del México de ayer, arrancada de un libro, para transportarla petrificada hasta el México de hoy.

En el aspecto religioso fue como todos los pueblos de sierra Gorda, evangelizado por el infatigable trotamundos fray Junípero Serra, religioso agustino; se cree que fue él quien construyó el primer templo, mismo que por la acción del tiempo, casi se cayó, hasta que en 1982-1983, se reconstruyó sobre sus ruinas el actual, conservando del original los muros y el viejo campanario. Este es el lugar a donde te invito a tomar un espacio por ahí entre la gente, en un banquito rústico de tres patas, o aunque sea sobre un petate, lo que importa es no perdernos nada de cuanto va a suceder en esta singular convivencia, y ser testigos de *Una tradición de mi pueblo*.

Los Angelitos

Los pequeñitos mueren: jades, turquesas, joyas, mueren: no van al lugar de los espantos, ahí está el aire cortante y helado: sitio de los muertos. Van a la casa del Sol, la casa del Señor de Nuestra Vida, Ipalnemohuani: Aquél por quien se vive; viven junto al árbol de nuestra vida: chupan miel en las flores del Sol: viven en el árbol de nuestra vida: en él chupan miel.
(Sahagún libro VI, cap. 21).

Lo transcrito aquí, es de nuestra cultura prehispánica y nos habla de una firme creencia de que los muertos chiquitos van derecho al cielo.

Los muertos chiquitos se llaman angelitos. Desde que se advierte la gravedad en el niño (a), los padres mandan llamar a los padrinos de bautismo, a fin de que éstos, después de los padres, den la bendición al ahijado (a). El acto es doloroso, y es acompañado de llantos, cuchicheos, gritos de dolor, carre-

ras, en fin, ya la muerte se hace sentir. Una vez muerto el niño (a), los padrinos deberán preparar vestido, corona, palma o vara de flores para la coronación del muertito, al que debe vestirse, según su sexo, de la Inmaculada, Santa Teresita, Santa María Goretti, la virgen del Carmen, etc.; si es hombrecito se le vestirá como el Sagrado Corazón, santo niño de Atocha, niñito Jesús, San Martín de Porres, etc., y en este caso la corona deberá ser de papel dorado, metálico y hecha como la que usan los reyes; además deberá llevar una palma o bien una vara con azucenas igual a la de San José. Si es niña, la corona se hace de azahares, imitados o naturales, la forma es como corona de novia, también lleva palma o vara con azucenas o flores blancas, ésta se les coloca entre el bracito y el cuerpo, las manitas se les juntan con las palmas y se les sujeta con un listón blanco, azul o rosa.

A la cintura del angelito (a), la mamá o la madrina ata un listón blanco, azul o rosa, cuyas dos puntas lleguen más allá de los pies; este listón se utilizará en el campo santo minutos antes del entierro y al borde mismo de la sepultura, donde cada persona, comenzando por los papás, luego los padrinos de bautismo, hermanos, parientes, amigos, etc., echarán un nudito en una de las puntas; si sobra un cachito de listón en alguna punta y usted desea acercarse a echar su nudo, le hará bien, pues esto se hace con el fin de que el angelito lo recuerde a usted cerca de Dios, donde seguramente estará.

Terminada esta ceremonia, comienza otra: se baja el (cajón) del muertito al fondo de la sepultura, en seguida, primero los padres, luego padrinos, familiares y acompañantes, se van arrimando a echar un puño de tierra sobre el difunto, cuando todos han pasado, los encargados de enterrar terminan su noble quehacer. Casi me olvido de platicarles que a las personas que mueren sin haberse casado y que no sea "evidente" de que se hayan "manchado", se les da el tratamiento de angelito, aunque las ceremonias no revisten la misma solemnidad. Ahora regresemos un poquito a donde están vistiendo al angelito. Ya desde el momento que muere, se mandan echar repiques y cohetes en la casa del muertito; los repiques

como los cohetes serán tantos como las posibilidades económicas lo den, pero eso sí, a la hora que son muy tupidos, es cuando se hace la coronación, ya en este momento, se cantan alabados especiales y alusivos al acto. Al final de este trabajo, presentaré textos de acuerdo al momento en que se cantan.

Difuntos Grandes

Cuando morimos, no en verdad morimos, porque vivimos resucitamos, seguimos viviendo, despertamos, esto nos hace felices. (Inf. de Sahagún y Códice Matritense de la Real Academia, Fol. 191, r y v.)

De igual manera que lo hicimos al hablar de los muertos chiquitos, encabezamos con esta cita el tema para reafirmar la convicción que nuestros ancestros nahuas tenían acerca de la inmortalidad del alma y la certeza de la resurrección.

Continuaré con el relato. Cuando muere un adulto o, más bien, poquito antes, pues allá por mi tierra la gente reconoce con antelación cuando una persona está próxima a morir, dicen que si se pone afilada, color cobrizo, que le cae tierra alrededor de la boca, sobre la nariz y en los dientes, no tardará en entrar en agonía; habrá que hacer un altar, tener una vela bendita, un santo Cristo, ir por el padre para que proporcione al moribundo los últimos auxilios. Si esto no es posible, buscar quién lo ayude a bien morir. Le pondrán entre las manos un Cristo y como se dice que el moribundo boqueará tres veces antes de morir, hay que estar muy pendientes para que cuando esto ocurra, se le diga cada vez que boquea ¡Jesús! Una vez que ha muerto, se le viste con su mejor ropa, si es nueva, mejor; después es envuelto en una sábana blanca, cruzándole sus manos a la altura del pecho y se le tiende. Si se tienen aunque sea unos tablones, irá tendido levantado del suelo, si no, al ras de éste, sobre un petate. Si hay posibilidades, se le manda hacer su caja con el carpintero del lugar, la cual será muy sencilla: tablones unidos por bisagras, su tapadera, y ya; se pintará de negro o blanco según

lo que sea, angelito o difunto mayor. Es raro ver alguna caja de muerto como las que se compran en agencias funerarias. Cuando el muertito es de una familia muy pobre, es llevado a sepultar envuelto en un petate:

El pétatl y el icpulli son atributos del Dios Supremo. Del Tloque Nahuaque. En los Huehuetlatolli se hablaba del cofre de petate donde Tezcatlipoca coloca a los ancestros, los creadores, los que engendran. El dios los ha mandado al mundo de los muertos . . . A los muertos los colocan sobre la estera (Sahagún 1969:VI-1965).

Me he permitido hacer estas citas de nuestra vieja cultura, de nuestras raíces, para ayudarnos a entender el porqué de algunas conductas, aficiones, etc., del mexicano, el cual sin saber por qué está atado indisolublemente a los lazos con su glorioso pasado.

Continuando con el relato mortuorio, una vez tendido el difunto, se colocan las cuatro velas en la forma acostumbrada, si no se consiguen blancas, serán de cera virgen de color amarillo, también se les encienden veladoras; en torno a los muertos existen estas creencias: cuando una persona es asesinada y cae boca abajo, el asesino no llegará lejos, será capturado; pero si el muerto cae boca arriba, seguramente no se capturará al asesino y el crimen quedará impune. Otra creencia es de que donde hay muerto, hay "cáncer", por supuesto que esta palabra no tiene nada que ver con la temible enfermedad, azote de la humanidad, también llamada así; para neutralizar los efectos de ese "cáncer", se coloca junto al difunto un recipiente o varios, con vinagre y ruedas de cebolla. Si alguien se baña el día que muere un vecino, no podrá ir a visitarlo o al entierro, pues como el baño le ha dejado los poros del cuerpo abiertos, absorberá por éstos el "cáncer" y le dañará. Tan luego muere una persona, se mandan echar unos dobles, es decir, que las campanas toquen al muerto mientras está tendido, y hasta que es sepultado, se escucharán periódicamente este doblar de campanas. Una vez tendido el

finado, apenas empieza el ritmo mortuorio, ya sea angelito o adulto, los dolientes comenzarán rápidamente los preparativos para dar de comer a toda la gente que seguramente va a llegar, no sólo del lugar, sino de comunidades circunvecinas; esto implicará matar algunos animales, desde pollos, chivos, puercos, hasta alguna res, de a como se pueda. Los familiares y amigos más cercanos irán llegando con ayudas, tales como: tortillas, frijoles, sopa, galletas, pan, café, mejor aún, aguardiente.

Cuando comienza a caer la tarde o a pardear, como se dice en mi tierra, llegarán los cantores de alabados, (esto se acostumbra en todo el municipio de Atarjea); los meros güenos pa' cantarlos son los de El Cerro Prieto, El Durazno, El Charco y algunos de Atarjea. Los cantores de alabados ocupan en un velorio, el primer lugar después del muerto; en cuanto llegan les acondicionan asientos, según las posibilidades de los dolientes: sillas, rústicos banquitos de tres patas, petates, aunque sean troncos o piedras; ellos no cobran nada, cantan desde que asisten, toda la noche, y al día siguiente siguen cantando hasta acudir al campo santo; con comida, pero sobre todo con aguardiente, se sienten más que pagados; basta que se enteren que alguien murió, aunque no sea en su comunidad, ellos llegarán al velorio. A pesar de que cantan durante tantas horas, no repiten ni un sólo alabado, pues los tienen especiales para las horas que van transcurriendo; así como cantos para las diferentes etapas de la noche, también para antes de media noche, pasada ésta, la madrugada y el amanecer hasta sacar al difunto de su casa camino al campo santo.

¿Cómo se cantan los alabados? En primer lugar sin ningún instrumento, completamente *a capella*, como dicen los que saben; encabezan dos personas que pueden ser: dos hombres, dos mujeres, o un hombre y una mujer, lo único que hace falta es que uno haga primera y otro segunda. Los dos comienzan con lo que es el coro, al terminarlo, lo repiten todos; así es como todos los asistentes contestan. Luego sigue algo muy curioso, pues aunque a lo mejor los dos que encabezan

llevan mucho tiempo cantando juntos, parece que nunca saben la letra, pues siempre veremos que uno de ellos apunta la letra de los versos, primero una mitad del verso y la cantan, posteriormente la otra mitad; el que está esperando que le digan la letra, alarga la última frase musical todo lo que haga falta. Se interpretan a manera de lamento, largo, largo, cada final de frase musical. Ejemplo: *Vamooooooooooooooos siguiendo los pasos por esta larga estacioooooooooón reciiiiiiiiiiibenos en tus brazos Señor de la expiracioooooooooón*. Cuando ya han cantado todas las estrofas, para terminar vuelven al coro, interpretando la mitad, los que encabezan y contestan los asistentes la otra mitad, esto lo repiten tres veces, cuando están terminando la tercera, ya están listos los que entran al relevo, generalmente son mujeres, es casi como se hace, alternando hombres y mujeres, aunque no necesariamente; de cualquier manera los que siguen, literalmente arrebatan la voz a los que terminaron. Otra cosa digna de apuntar, es la nota que prolongan, al final le hacen como una colita, jalando la voz hacia notas más graves.

¿Quién canta los alabados? Campesinos, gente muy humilde, desposeída, marginada, tal parece que los elegidos de los dioses siguen siendo ellos, los que tienen el alma desnuda de superficialidades y apenas lo indispensable; quienes conservan íntegra la sensibilidad espiritual para sentir lo que verdaderamente vale la pena preservar; son por ellos, repito, y gracias a ellos, que ha llegado vivo hasta nosotros el legado cultural de nuestros ancestros.

¿O, has visto alguna vez, estimado lector, a un alto funcionario o de la gente que se dice de nuestra "mejor sociedad", vestida de danzante o bailando el torito? No, ¿verdad?, y sin embargo, no se puede llamar fiesta, lo que se llama fiesta popular, sin el arcoiris de color y alegría que nos proporcionan nuestras danzas autóctonas. Bendita la gente de nuestro pueblo por conservar esas costumbres, esas tradiciones preservando viva la memoria de su identidad, por recordarnos que descendemos de una raza dueña de un rostro y un corazón.

¿Cómo son los alabados? Son cánticos con los más variados temas y melodías; los hay para toda ocasión, santo y circunstancia. Los hay para velaciones al santísimo Sacramento, a la santísima Virgen bajo diversas advocaciones, a la Santa Cruz, al santo niño de Atocha, a San Miguel Arcángel, a San Isidro Labrador, etc., algunos textos los conservan en viejos y amarillos cuadernitos, pero en su mayoría los traen manuscritos en libreta, y algunos más sólo en la memoria. Las melodías nadie sabe de dónde las han sacado, sólo entienden que han aprendido la letra con todo y tonada de sus padres. Si hiciésemos un viaje en el tiempo, usando como vehículos la tradición oral de padres a hijos, hacia atrás, seguramente llegaríamos hasta nuestras raíces prehispánicas, si no, veamos un ejemplo: "Con Cantos alguna vez he de amortajarme yo, con flores mi corazón ha de ser entrelazado." (Nezahualcóyotl, *Cantares Mexicanos*, p.16) ". . . Me habré ido yo, Yoyontzin al lugar de cantos Del que da la Vida. . ." ". . . Con este canto es la marcha a la región del misterio. . ." Por supuesto que los cantos con temas alusivos a la religión cristiana, son de un poquito más acá de la Conquista, de eso hablaremos después. Aquí sólo tratamos de relacionar el hecho, la existencia de esta tradición viva, ahí en esa porción de tierra guanajuatense, donde amortajamos a nuestros muertos con cantos.

Por eso el extranjero no nos entiende, somos un pueblo único en cuanto a nuestra actitud frente a la muerte; claro, somos dignos herederos de aquella filosofía, temerosa sí, profunda también, pero con esperanza. Nos reímos de la muerte, nos la comemos en azúcar, pan etc., y esto no quiere decir que no le temamos, sí, pero no se lo demostramos; tenemos mucho amor a la vida, pero la vemos con la filosofía que heredamos de aquella raza de bronce de la que descendemos; y aunque nunca hayamos leído nada acerca de ellos, ni falta que hace, lo llevamos en las venas, su sangre, sus costumbres, están hirviendo dentro de nuestro barro, fue el líquido con el que fuimos amasados. Respondamos con honor, con orgullo, pero también con dignidad a esa herencia, no permitamos que nos la arrebaten.

Sólo un pequeño ejemplo de cómo interpretaban nuestros ancestros nahuas la fugacidad de la vida, veamos cómo escribían sus poetas: "*¿Acaso de verdad se vive en la tierra?*" . . . *Aunque sea jade se quiebra, aunque sea oro se rompe, aunque sea plumaje de quetzal se desgarran; no para siempre en la tierra: sólo un poco aquí. . .*"

Tal vez lo anterior nos ayude a entender por qué somos como somos; por qué ese arcoiris de tradiciones, vestuarios, comidas, música, flores, ese maravilloso sincretismo que convierte nuestras fiestas en algo tan fantástico que cae en lo mitológico, pero por eso mismo, majestuoso y mágico.

Te invito mexicano a embarcarte en una aventura maravillosa, vamos a descubrir México, te sorprenderás de lo que vas a encontrar hasta en el rincón más olvidado de nuestra patria; hallarás tesoros de culturas de singular belleza, transportadas con el rodar de los siglos hasta nuestros días, con una virginidad admirables; algo que no fallará: siempre será la urna que resguarde estos tesoros, el pueblo humilde, desposeído, marginado, no contaminado con nuestra civilización.

¿Qué origen tienen los alabados? Se remonta a la época evangelizadora de los misioneros, inicialmente eran alabados al santísimo Sacramento y a la santísima Virgen para ser cantados en las procesiones de Aurora, las cuales se iniciaban a las 4 de la mañana. En rigor al alabado, para que lo sea, debe contener ya sea al principio, dentro del verso o al final del mismo, la palabra "alabado". Los que ahora conocemos, se atribuyen a fray Antonio Margil de Jesús, misionero franciscano español, quien veía el abandono y la marginación en que quedaron los indios luego de la hostilización hacia los misioneros franciscanos por el clero secular, situación que abarcó también a los indios, quienes quedaron peor, pues les habían destruido sus templos, sus dioses, su cultura, en fin, estaban abandonados como rebaño sin pastor; las ceremonias en latín, nada les decían, fray Margil de Jesús, compadecido de ellos, les comenzó a componer cánticos que les diera algún mensaje de consuelo, después de las inhumanas faenas a que eran sometidos por los españoles, así que por las tardes

los reunía para que cantaran, esto, además de darles un poquito de alivio moral, les ayudaba a recordar las enseñanzas cristianas. Según la obra editada por el Colegio de México, *Música Popular Mexicana*, ocurrió hacia los años de 1659 a 1726. No se tienen datos exactos acerca de qué alabados compuso este fraile, pero de seguro el clásico sí. Al final transcribiré algunos de los textos que he podido recolectar, unos de tradición oral, otros de algunos cuadernos y manuscritos. Tengo también unas 15 ó 20 grabaciones, pero como son hechas en campo, y sin equipo apropiado, no puedo enviarles una muestra, pues al pasarlas de minicassette normal, se perdería mucho. Ojalá y alguien nos ayudara con un buen equipo para grabar fielmente y rescatar coros de alabados, que sólo ahí se pueden escuchar.

En este modesto trabajo, pero lleno de cariño, he tratado de describir para ti, mexicano, para ti, guanajuatense, todo un ritual mortuorio de un rincón de la patria, de un rincón de Guanajuato: mi pueblo, que llora a sus muertos, sí, pero después de amortajarlos con cantos.

ALGUNOS TEXTOS DE ALABADOS PARA DIVERSAS OCASIONES

ALABADO (Clásico)

Alabado sea el Santísimo
Sacramento del Altar;
y la Virgen concebida
sin la culpa original.

En la muerte de un niño

Eres un ángel divino
que vas a cantar victoria;
cuando llegues a la gloria,
ruega a Dios por tus padrinos.

Llegando a la casa santa,
entras a Jerusalén;
te volverás a Belén,
donde la mente se encanta.

Ahí San Miguel te planta
un bello laurel divino;
anda, sigue tu camino
porque vas a descansar.

Y de Dios vas a gozar.
Eres un ángel divino,
pasarás el río Jordán
y las palmas del cedrón.

Te dará la bendición
el que bautizó a San Juan;
hoy en los cielos están
los recuerdos de tu historia.

No apartes de tu memoria
del bien que aquí te deseamos,
y muy contentos estamos,
pues vas a cantar victoria.

En el coro celestial
de ángeles y serafines,
que te tocan los clarines
una marcha general.

Esto es lo más principal
de la vida transitoria;
la nueva dedicatoria
escribo con eficacia:
"La Virgen te dé la gracia
cuando llegues a la gloria".

Ángel bello, en este instante
acuérdate de tus padres
y de tu querida madre;
no la olvides, infante.

Súbete al cielo triunfante,
tiéndete en damasco fino
del color más purpurino;
y al obtener el consuelo
que debe venir del cielo,
ruega a dios por tus padrinos.

Oh, niño que con ventura,
atravesando las nubes,
cantando con los querubes
súbete a la otra mansión.

Entre tanto, aquí nosotros
gimiendo de noche y día,
no encontramos alegría
ni goces de bendición.

Ruégale a Dios por tus padres,
tú no eres mal presente,
y por todos tus parientes
y, además, por los compadres.

Adiós, angelito, adiós;
coronado vas de flores
te suplico, ángel divino,
ruegos por los pecadores.

Despedimento de un angelito

Vamos en nombre de Dios
a vestir este ángel bello
de la punta de los pies
hasta el último cabello.

Dichoso eres angelito,
dichoso, porque naciste,
dichoso tu padre y madre
y los padrinos que tuviste.

No llores madre dichosa
ni te quepa desconsuelo,
entrega con regocijo
tu angelito para el cielo.

Recibe palma y corona
hasta de dos mil primores,
ángel que vas para el cielo
niño cubierto de flores.

Los padres de este angelito
hoy se hallan regocijados,
porque se halla coronado
al lado del arbolito.

Ángeles y serafines
acompañen este altar,
¡ah!, qué dicha de padrinos
que un ángel van a entregar.

Los padrinos con las flores
con grande gusto y contento,
pues ya van a entregar
aquí el primer sacramento.

La luna y las estrellas
alumbran con el lucero,
¡ah!, qué dicha de padrinos
que un ángel mandan el cielo.

Daremos gracias a Dios
y a los santos divinos,

los que hayan acompañado
a los señores padrinos.

Coronación de un ángel

Ya se ha llegado la hora
de ponerme en el camino,
a recibir la corona
que me dieron mis padrinos.

Ya tengo la flor de mano
que a la gloria me destina,
y en un lado está la palma
que me entregó mi madrina.

Por el poder infinito
que siempre contemplaremos,
adiós, adiós padrinitos
en el cielo nos veremos.

Hoy por los cuatro caminos
ahora me están esperando,
adiós, adiós los presentes
que me están acompañando.

Ángel que vas para el cielo
cubierto de tantas flores,
rogarás a Jesucristo
por todos los pecadores.

Ángel que vas para el cielo
vestido de alma gloriosa,
le dirás a Jesucristo
que es una fragante rosa.

Tienes tu bella corona
que te puso tu madrina,

te recibirá mi Dios
con una flor matutina.

Adiós, clara luz del día
y por la creencia de fe,
te reciban de padrinos
hoy, Jesús, María y José.

Adiós la casa en que vivo,
adiós padrinito fiel,
adiós madrinita mía,
les pague el Dios de Israel.

*Para velorio de muertos mayores,
ya el mundo está enfermo*

Ya el mundo está feneciendo
dice la Sagrada Historia,
que el día que menos pensemos
no veremos ni la Gloria.

Señas bastantes tenemos
que el mundo está agonizando;
la guerra, la peste, el hambre
todito estamos mirando.

Calamidades horribles
todo esto estamos pasando
como la plaga de Egipto
ya todo se está acabando.

No dilata mucho tiempo
es cosa que lo veremos,
que sin hacer penitencia
no piensen que nos salvemos.

Ya los que están en la Gloria

muy gustosos estarán,
gozando de las delicias
de la patria celestial.

Todos los predicadores
nos llaman a penitencia,
y nosotros siempre sordos
no nos hace mucha fuerza.

Pero santo Dios de mi alma
cuando ya veamos de veras,
que el mundo se está acabando
lo hemos de creer de a de veras.

Pero ya no hay esperanza
de contrición verdadera,
no encontraremos ministros
en los templos de la tierra.

Ni Dios nos perdonará
y no ha de haber penitencia,
porque todo pecador
está pa oír la sentencia.

Concédeme Dios amado
que mis ojos hechos fuentes,
lloren lágrimas ardientes
de lo mucho que he pecado.

Para ir a gozar de Dios
por toda la eternidad
y gozar de las delicias
de la patria celestial.

La semana del año

Todos los días pensarás

en la semana del año,
que te han de llamar a cuentas
cuando estés más descuidado.

El lunes debes pensar
que te dio frío y calentura,
para tu alma no has de hallar
cirujano que te cure.

El martes debes pensar
que enfermo estás en la cama,
y que has de dar cuenta a Dios
estrecha y bien ajustada.

El miércoles pensarás
que ya remedio no tienes
y que te has de confesar
como fiel cristiano que eres.

El jueves debes pensar
en la santa comunión,
contrito y arrepentido
y de todo corazón.

El viernes debes pensar
que tu cuerpo está difunto,
y que has de ir al tribunal,
y que has de ir muy justo.

El sábado pensarás
que tu cuerpo es sepultado,
que en tierra, polvo y gusanos
has de quedar olvidado.

Qué linda será la gloria

Qué linda será la gloria,
no tiene comparación,

cuando el pecador se salva
se regocija el Señor.

De guirnaldas y topacios
todito en un puro día,
las almas que se salvaron
están en su compañía.

Ven, bendito de mi padre,
al cielo que es un primor,
cantando himnos de alabanza
glorificando al Señor.

San Miguel pesa las almas
con el ángel guardador,
y también se regocija
que las reciba el Señor.

San Pedro tiene las llaves
porque es nuestro guardador,
y también se regocija
que las reciba el Señor.

Qué preciosas jerarquías
cuánto perfume, qué olor,
si no hay arrepentimiento,
gloria no hay al pecador.

Al canto de un pajarillo
un monje quedó elevado,
y yo, criatura dormida,
tanto tiempo en el pecado.

Los ángeles en el cielo
nunca dejan de cantar
y yo aquí perdiendo el tiempo
en el pecado mortal.

Nuestro Señor en su trono
dice como Redentor:
si no hay arrepentimiento,
gloria no hay al pecador

Dicen San Pedro y San Pablo,
a San Miguel, el pecador:
si no hay arrepentimiento,
gloria no hay al pecador.

En la gloria no hay mudanza
sino todito un primor;
todo es gloria para el alma
perdonada del Señor.

El pasaporte

Oye Jesús con anhelo
tú eres mi guía y mi norte,
y serás mi pasaporte
para cuando vaya al cielo.

En ti logro mi consuelo
el perdón me debes dar,
que me sirva para entrar
el pasaporte del cielo.

Padre mío, mi fiel consorte,
mis palabras te bendicen,
y los ángeles me dicen
que en dónde está el pasaporte.

Por ti Señor me desvelo
por gozar de tus delicias,
dame, Señor, las primicias
del pasaporte del cielo.

Sólo te vengo a advertir
el que me perdones quiero,
porque te vengo a pedir
el pasaporte del cielo.

Por la Sagrada María
que es mi única intercesora,
me acompañará en la muerte
y pasará yo a la gloria.

Al patriarca San José
yo elegiré de padrino,
para que pase a la gloria
por este santo camino.

El Sagrado Corazón,
él será mi intercesor,
para que pase a la gloria
este humilde pecador.

Pues tu sangre fue el rescate
que me rescató en esa hora,
debe ser mi pasaporte
que me conduzca a la gloria.

Los alabados puestos hasta aquí, son sólo una probadita de los que se cantan antes de la media noche. A continuación, pondré algunos ejemplos de los que se interpretan en la madrugada, al amanecer y a la salida del difunto.

Dale cuerda a tu reloj

Es la una de la mañana
ya la campana sonó,
pecador no estés dormido,
dale cuerda a tu reloj.

Son las dos de la mañana
ya la campana sonó
pecador impertinente,
dale cuerda a tu reloj.

La media para las tres
con mucho gusto y amor,
debieras darle las gracias
al Sagrado Corazón.

Son las tres de la mañana
ya la campana sonó,
pecador, levanta tu alma
dale cuerda a tu reloj.

Las cuatro de la mañana
ya la campana sonó,
pecador no seas ingrato
dale cuerda a tu reloj.

Sería la una

Sería la una de la mañana
cuando la aurora nos alumbró,
daremos gracias, daremos gracias
que amaneció.

Serían las dos de la mañana
cuando el gallo cantó,
daremos gracias que amaneció.

Serían las tres de la mañana,
cuando mi ángel me despertó,
daremos gracias que amaneció.

Serían las cuatro de la mañana
y el avemaría me despertó,
daremos gracias que amaneció.

El jilguerito

Alboreando la mañana, la mañana,
un jilguerito cantó,
diciéndoles a las almas, a las almas,
despierten, ya amaneció.

El nuevo día

En el nombre de Jesús,
saludemos a María,
que ya Dios envió su luz
en este nuevo día.

Llena está tu gloria
de muchísima alegría,
cantémosle en su presencia
en este nuevo día.

Las flores más exquisitas
saludando al Redentor;
los campos con sus verdores
le dan gracias al Señor.

La aurora rompe la calma,
las aves la armonía,
y los peces en el agua
le cantan al nuevo día.

La luna presta sus rayos
y el lucero en compañía,
y también cantan los gallos
alabando al nuevo día.

Con sus manos nos formó
los frutos en esta vida,

para el hombre creó
la Providencia Divina.

El aroma de las flores

Qué linda está la mañana,
y el aroma de las flores
despiden suaves olores
antes de romper el alba.

Los pajaritos contentos
me regocijan el alma,
porque cantan en su idioma
antes de romper el alba.

Las selvas tan primorosas
con su color de esmeralda,
los mirtos, azules, rosas
antes de romper el alba.

Los astros allá en el cielo,
la luna hermosa y plateada,
le sirve de rico velo
antes de romper el alba.

De flores muy exquisitas,
una diadema, una palma,
de blancas azucenitas
antes de romper el alba.

Cielo azul yo te convido
en este dichoso día,
que me prestes tu hermosura
para obsequiar a María.

Salida del difunto

Adiós mi acompañamiento
que me han estado velando,
ya se llegó la hora y tiempo
de que me vayan sacando.

Adiós parientes y amigos
que me están acompañando,
ya se llegó la hora y tiempo
de que me vayan sacando.

Esto es a grandes rasgos, una pequeña muestra de esta gran riqueza cultural de nuestro pueblo.

LOS PREGONEROS DE MI BARRIO, EN IRAPUATO (VIDA SOCIAL Y COSTUMBRES DEL BARRIO EL CANTADOR)

María Dolores Ortiz Nolasco
Irapuato
Mención honorífica, 1989

Mi barrio en Irapuato tiene escasos 19 años de existencia, y es conocido como El Cantador; me parece un nombre muy bonito al cual sus habitantes hacen honor, ya que la mayoría de ellos cantan o tocan algún instrumento musical; existen conjuntos tropicales, mariachis, rondallas, orquestas, bandas de viento, estudiantinas y, desde luego, un conjunto de música moderna. Con su participación en cada fiesta pregonan su alegría, amor y arte a todos los que aquí vivimos; opino que es el barrio más alegre, limpio y progresista de esta ciudad.

Las familias de este lugar anuncian las bodas de sus hijos en forma muy peculiar, colocando una estrella de flor de margaritón en la parte superior del marco de la puerta, cuando la que se casa en ese hogar es mujer, y una herradura del mismo material, cuando es varón. La estrella significa la dignidad en la mujer y la herradura, la caballerosidad; éstas anuncian que durante el noviazgo de esa pareja hubo respeto mutuo.

Este pedazo de tierra, en Irapuato, antes era un conjunto de huertas donde también se localizaban dos haciendas con sus respectivas norias para regar los cultivos. Era propiamente la orilla sur de la ciudad —en la actualidad forma parte del primer cuadro—, estos terrenos fueron muy fértiles, se cultivaba gran variedad de flores que por las tardes impregnaban el ambiente de un perfume delicioso que invitaba a soñar; durante el día se observaba un colorido maravilloso con el revolotear de mariposas y abejas que acudían a libar la miel de las

flores. En las huertas había higueras, aguacates y durazneros; también sembraban sandías, melones, verduras, cereales, y desde luego no podía faltar la fresa, típica fruta de la ciudad.

Aunque esta colonia es relativamente nueva, conserva algo que ha llamado mi atención y se trata nada menos que de los "pregoneros". El que madruga más, es el vendedor de periódicos, un joven que grita en forma muy especial, tal parece que tuviera algún defecto físico o quizá por cargar una cantidad muy grande de periódicos en la cabeza, sus facciones se distorsionan al gritar ¡Eeel Nacionaaaaal!, abre desmesuradamente la boca y los ojos, saca la lengua, motivo por el cual se escucha su voz un poco rara, me da la impresión de un pregonero de principios de este siglo. En seguida se escucha el pregón, igual de tempranero del señor que vende pan, quien con voz muy fuerte repite incansablemente ¡bolillo!, ¡bolillo!; minutos después pasa el tamalero que con su voz hueca anuncia ¡tamaliiiis calientitos!, ¡aquí está su champurrado!; más tarde se oye una voz fina, diciendo ¡atole calientito de maíz!, seguida de la señora que lleva una cubeta en la cabeza con ramos de flores: ¡lleve los claveles marchanta!, esta persona cubre sus hombros y espalda con un rebozo, se detiene de vez en cuando a descansar y ofrece su mercancía, su voz es suave y su mirada tranquila.

A las 9 de la mañana pasa un carretón viejo de madera, con llantas de carro moderno y un montón de alfalfa, jalado por un caballo; en lo más alto va sentado el conductor, quien no para de gritar ¡aquí está la alfalfa!; y no podían faltar los vendedores de frutas y verduras, quienes al ofrecer sus productos, parece que están rezando la letanía ¡calabacitas, ejotes, zanahorias, chayotes, elotes, etcétera!

Más o menos, a medio día, se escucha ¡coolchoneees viejos que vendaaaan! No podía faltar el lechero, quien ya no utiliza ni su espalda ni el burro ni el caballo, sino una estropeada bicicleta cargada con media docena de botes abollados por el golpe del acero de su vehículo, formando con ella una pirámide digna de admirarse, pues amarrados los botes con lazos de ixtle, con olor a queso, coloca dos a cada lado, un bote

detrás y otros dos encima de éste. Llega a cada hogar anunciándose con una corneta de aire que suena ¡piiii, piiii!, ¡la leche!, ¡el lechero!; o bien, donde tiene más confianza ¡llegó el agua!, debido a que la mayoría de los lecheros le agregan agua a este alimento para hacerlo rendir; este pregón pone de buen humor a la señora de la casa o a quien salga a recibirla, de ahí la mala fama de los pobres lecheros respecto a la cigüeña, ya que la mayoría de la gente le hecha la culpa a este personaje cuando algún niño no se parece a su padre.

En este relato no se puede omitir al señor que compone máquinas, a quien se le oye gritar así: ¡máquinas que componeer!, ¡sombrillas viejas que arreglaaar!, ¡tijeras que afilaaar! Lo más atractivo de él es su silbato, tipo armónica tradicional de principios de siglo, que parece producir un sonido largo y melancólico que al escucharlo me remonta a las lujosas casonas del México antiguo, cuando las elegantes damas de largos y amplios vestidos le indicaban a la servidumbre llevar a afilar las tijeras del costurero, repleto de ricas telas y pañuelos; mientras el pregonero volvía a tocar su largo silbato romántico y melancólico, dejando en la elegante dama un espíritu lleno de lejano abandono y una dulce sonrisa de recuerdos.

La observación de estos pregoneros me llena de satisfacción al comprobar que no han desaparecido, que en nuestra provincia aún existen y son personas serviciales y atentas, que nos alegran la vida con sus gritos. Estos son los humildes vendedores mexicanos que en algunos rincones de nuestra patria todavía se pueden escuchar, como en este barrio donde me ha tocado vivir.

Aquí las tradiciones se arraigan por la sencillez de la gente, tenemos la suerte de escuchar diariamente al clásico vendedor de camote tatemado en su singular carrito que imita a una máquina de tren, hecha de hojalata plateada, con su chimenea un poco alta y su fogón de leña cociendo el camote que sale a la venta calentito, dejando escapar por su chimenea un sonido agudo como el silbato de un verdadero tren, que al pasar llena el ambiente de un exquisito olor.

Estas personas son los pregoneros de hoy, de antes y de siempre, que viven de acuerdo a la época, por ejemplo: al llegar el tiempo de los tradicionales barrios que se festejan en el mes de diciembre aquí, en Irapuato, pasa una tambora con el tradicional ¡tachún, tachún!, contagiando desde las 6 de la mañana la alegría y actividad que se realizará hasta el anochecer; junto con ellos acuden cientos de vendedores de vistosos adornos de papel, para embellecer las calles, lo cual da un aspecto muy pintoresco a este barrio, aunado a la cantidad de personas que ofrecen ensartas de jarritos de barro, para servir el tradicional ponche; la música, la lotería, los gritos de los vendedores y la algarabía de la gente, hacen una verdadera fiesta que alegra el corazón.

Este ha sido el relato de los pregoneros de mi barrio, deseando que nunca desaparezcan, pues siento como mexicana, que es una especie de libertad que hay en mi patria. Espero que todos la conservemos junto con la paz y felicidad que nos proporcionan estos comerciantes y que ojalá, sea reconocido su pregón como el canto del humilde mexicano; que lucha por ganarse la vida de una forma honesta. Éste siempre ha existido, nuestros antepasados recorrían kilómetros y kilómetros para comunicar algún mensaje importante. En la actualidad, tenemos muchos medios de comunicación pero es tan hermoso escuchar al vendedor ambulante gritando ¡cuchillos que afilaaaar!, ¡sombrillas que componeeer. . .!

COMO ME LO CONTARON, LO CUENTO

Mónica Gallegos Álvarez
Tarimoro, 1989

Misterio, leyenda, fantasía y tiempo, son los elementos que se mezclan y forman una de las muchas tradiciones de mi pueblo, llamado Tarimoro.

Debido a que la flora regional está compuesta por una rica variedad de plantas medicinales y aromáticas, cuyas propiedades la gente conoce por tradición, y siendo una forma más económica de aliviar sus enfermedades, o por lo menos tratarlas, han presentado mayor aceptación popular.

Por tal motivo, he querido compartirlas con ustedes, porque sé que no sólo es una tradición regional, es también un reflejo de la entera tradición mexicana y, por la importancia que encierra ésta, es un placer para mí transportar al lector, imaginariamente, a nuestras raíces comunes.

Como me lo contaron lo cuento, fueron las palabras con las que concluiría su relato la dulce anciana de 96 años, en respuesta a la pregunta que le hiciera su nieta.

Ese día sería muy especial, pues era fin de semana, tiempo en que la anciana acostumbraba a hacer un recorrido por el campo, mismo que abarcaba varios ranchos de Tarimoro, en el que recolectaba leña, nopalitos y, lo que ya era una tradición para la anciana, sus famosas hierbas para los remedios. Todo era emocionante para la pequeña nieta de 10 años, quien vivía en una ciudad y había venido a visitar a su abuelita.

Eran apenas las cinco de la mañana, cuando la anciana y su nieta salían de la casa que se situaba en el centro de Tarimoro en dirección al campo. Caminaba feliz la singular pareja, la niña saltando con un morral de ixtle para coleccionar piedras y plantas, y un sombrero de palma para cubrir-

se el sol; la anciana, un poco encorvada pero a paso rápido, cargaba un costal de ixtle sobre el hombro, dentro del cual llevaba una pequeña hoz, una caja de cerillos y una navajita, mientras que en el brazo izquierdo traía una canasta para guardar los nopales que cortaba por el camino y en la mano una "güemba", carrizo seco bastante largo y con un clavo o alambre en la punta para bajar tunas, nopales o fruta de los árboles; al introducirles el clavo o el alambre, bajaba la fruta sin necesidad de subir al árbol.

Su itinerario empezó en el lugar llamado La Presa Vieja, donde efectivamente existe una antigua presa construida por los indios tarascos, abundan los sauces, ya que Tarimoro eso significa "lugar de sauces"; aunque hoy en día el sauz se está extinguiendo rápidamente de la región.

Al llegar a la orilla de la presa, se sentaron las dos a descansar sobre unas piedras y la anciana no tardó en reconocer una planta, a la cual se acercó y comenzó a cortar con su hoz. Intrigada su nieta le preguntó:

—¿Y a poco eso sirve para remedio?

—Sí, niña, fijate que según cuenta la tradición oral, aquí en este mismo lugar, habiendo sido Tarimoro fundado en el año de 1564 por el aventurero español don Lucas de San Juan, hizo su primer escala en esta presa acompañado de un indio converso de apellido Niño y con otro jovencito llamado Francisco de Jesús Hernández, de quien se decía era hijo bastardo del propio Hernando Cortés y, como me lo contaron mis abuelos, que el indio Niño se adentró a las orillas de la presa y vio esta misma plantita que estoy cortando a la que llamamos *cuizique*, y dicen que se agachó a olerla una y otra vez. Al verlo don Lucas de San Juan le reprendió al decirle que no estuviera perdiendo el tiempo, a lo cual el indio contestó que no estaba perdiendo el tiempo sino que estaba curándose el *chahuitztle*, que no era otra cosa que el catarro.

—Abue, entonces ¿oliendo el *cuizique* se quita el catarro?

—Bueno criatura, sólo cuando empieza o es resfriado.

Cortó el *cuizique* y lo guardó en su costal, se pararon y a

los pocos pasos se encontraron con una gran variedad de plantas medicinales, la anciana se inclinó varias veces a cortar con su hoz explicándole al mismo tiempo a su nieta para qué servían.

—Mira pequeña, ésta es árnica que hervida en agua sirve para las úlceras y heridas; ése que está junto a la orilla del arroyo es chorure que sirve para los riñones y el mal de orin, y te lo puedes comer en tacos; ese maguey pequeño que está entre las rocas se llama sábila y es para las frialdades del cuerpo, asada en el comal se pone sobre las partes doloridas, y hervida con leche sirve para el estómago; mira, las pequeñas espigas son espigas de yantén, muy buenas para la disentería, se hierven con un pedazo de hueso de aguacate, una pizca de orégano y un limón verde chiquito; aquella, es la hierba maestra, que cura las bilis, tomándola en té y en ayunas. Esta otra que se le parece en lo cenizo se le conoce como ruda, mira, su olor es muy fuerte y su sabor es amargo, cuando una persona le ha dado un aire y queda sorda, se pone un tamalito de ruda a calentar sobre el comal y se tapa con un plato de barro para que sude y se le coloca cubriendo la oreja, pero ten cuidado cuando te sientes, no vayas a tocar la venderecua.

—¿Por qué abue?

—Porque produce mucha comezón y a algunos los hincha tumbándolos en cama.

—¿Ves ese arbolito que está ahí?, es romero, y cocido en agua se usa para limpiar las heridas profundas de machetazo y las va cerrando poco a poco.

—¿Abue, y esa planta chiquita cómo se llama?

—Esa es la hierba del perro, que cura el chorro, a la que llaman los doctores diarrea.

Una vez que hizo manojo cada planta, la metió en el costal, caminaron por una veredita rumbo al rancho llamado El Aguacate; por la misma, encontraron nopales y tunas, los que cortaron con la "güemba" y colocaron en la canasta que ya llena, acostumbraba transportar sobre la cabeza. Por fin terminó la vereda y atravesaron el camino que va hacia el rancho Las Cañadas, subieron hacia un borde de agua procedente de

manantiales naturales del cual la anciana comenzó a beber agua, asombrada la niña por su color, dijo a su abuela:

—No tomes de esa agua estancada y sucia, te puedes enfermar.

Sonriendo la anciana respondió:

—No, no es sucia, pruébala. Tiene un sabor muy dulce y es muy fresca; mira, éste es el antiguo bordo de don Víctor, el cual sigue perteneciendo a la misma familia de Los Gallegos, al que ahora le llaman bordo de Roldán, nombre de un nieto de don Víctor.

—¿Ves esas hojas muy grandes y verdes que crecen en las orillas? Se llaman rejalgar u hoja elegante. Según dicen, los camotitos sirven de raíces a estas hojas, sueltan líquidos en el agua y como ésta se entuba para abastecer las piletas que hay en diferentes partes del pueblo, por ello la gente prefiere consumirla por el sabor dulce, a pesar de que en sus casas tienen agua potable. Cuentan que a los doctores les llamó la atención que a los habitantes de Tarimoro no les hacía efecto la anestesia y al investigarlo, descubrieron que todos ellos acostumbraban tomar de esta agua de rejalgar que inhibe los efectos de la anestesia.

Caminaron hacia una huerta cercana y pidieron permiso para cortar guayabas, mientras lo hacían, la niña atrapó unas ranitas verdes y le preguntó a su abuela:

—¿A poco también sirven para remedio?

—Aunque te rías, hace 50 años, cuando las mujeres querían quitarle lo borracho a su marido, ponían dos ranitas en un jarro con tantita aguardiente, apenas lo suficiente para que permanecieran en ella sin ahogarse durante toda la noche. Al otro día, dejaban salir las ranas y daban de beber al marido aquel aguardiente sin que lo notaran, esto producía asco en el bebedor cuando intentaba volver a beber, práctica que se sigue hasta hoy en algunos ranchos.

Al salir de la huerta, la anciana le mostró una hierba a la niña y le dijo:

—Es la hierba del sapo, la cual se cuece en agua con una cucharada de sal y una de vinagre, se toma antes de acostarse,

colocándose dos piezas de pan bolillo calientes en la parte donde se encuentran los riñones, pues se cree que el dolor de los riñones es atraído por el calor de las piezas de pan y sanan.

Después de dos horas de camino llegaron al rancho Las Cañadas donde se detuvieron en la denominada cascada de la Cañada, ahí empezó la anciana a recoger unas piedritas a las que llamaba piedra copal, que según sirve para curar el susto. Siguieron caminando y a los pocos pasos encontraron las primeras casas de la cañada de abajo y entraron a una tiendita para comprar algo de comer; la mujer que los despachó era una señora embarazada como de 40 años, rubia y de ojos claros, algo que es común en este rancho debido a la ocupación francesa que tuvo lugar en Tarimoro.

Mientras la anciana escogía unos quesos, la curiosidad de la niña hacía que no dejara de mirar el vientre de aquella mujer que tenía una faja de tela roja alrededor del abdomen, sostenida con un enorme seguro, que a su vez ensartaba un extremo de una cadena como de perro que llegaba hasta la altura de los pechos y se sujetaba con otro gran seguro. La niña no aguantó las ganas de preguntarle por qué utilizaba tan llamativo atuendo y la señora amablemente le contestó:

—Es que estoy "mala", es decir, embarazada y como hoy va a haber eclipse (eclipse), así le llaman las mujeres de los ranchos a la luna llena, no quiero que mi niño nazca eclipsado (eclipsado).

—¿Y qué es eso? —preguntó la niña ingenua.

—Cuando hay eclipse, si no uso el trapo rojo, el seguro y la cadena, mi niño nace muerto, sin un dedo o le puede faltar un cacho de algo.

—¡Qué mintira! —exclamó la niña.

Pero la anciana no la dejó continuar, pagándole a la señora salió con su nieta de la tienda diciéndole:

—Nunca hagas eso. Aquí la gente no entiende que algunas creencias no son ciertas del todo.

—Pero abue, ¿qué los doctores no les dicen nada?

—Bueno, aunque hay servicios médicos en Tarimoro algunas mujeres prefieren atenderse a la antigua.

—¿Y cómo lo hacían a la antigua, abue?

—Fijate hija, que antiguamente, los partos en lugar de atenderlos un doctor, porque en ese tiempo no había, llamaban a una rinconera que carecía de conocimiento médico, basándose sólo en su experiencia. Esta mujer durante el último mes de embarazo, la sometía a una dieta que consistía en col con miel, pues con eso creía que no se les pegaba la placenta, y tés como el del parto.

A la hora del parto le daba una bebida de chocolate mezclado con hierbas amargas, después acostaba a la paciente en un petate en el suelo; ahí, congregaban al marido, la suegra, la mamá de la parturienta, vecinas y comadres, y le daban consejos e indicaciones, mientras la rinconera y el esposo colgaban un mecate de una viga del techo o de un árbol, de tal modo que quedaba exactamente arriba de la parturienta a la cual colocaban en una posición de semisentada, enredándole el mecate en la cintura, y a la altura de sus manos le hacían un nudo al mecate para que ella pudiera apoyarse en éste al sentir los dolores.

Para que tuviera fuerza, le daban un jarro de tequila o mezcal, de ahí en adelante todo el trabajo era para la pobre mujer, pues la rinconera se sentaba a esperar hasta que naciera el niño, bien pudiera la mujer estarse muriendo a gritos, la rinconera sólo se concretaba a darle indicaciones como la de “¡no te muevas!, ¡no grites porque se te pega el niño y ya no sale!”

Una vez que nacía el niño, lo envolvían en pedazos de ropa vieja, limpios, colocando la mano en el vientre del niño, pasaba el cordón umbilical por la palma de la mano de la rinconera y media cinco dedos de éste para cortar con cualquier objeto cortante y amarrándolo con la clase de hilo que fuera. Posteriormente, bañaban al niño con agua de hojas de durazno, debido a que se creía que así no dejaría de respirar, mientras que a la mujer le daban un té de hueso de aguacate para que arrojara la placenta y no se le quedara nada.

—Abue, entonces las farmacias y los doctores que hoy existen en Tarimoro ¿cuándo llegaron?

—Ahora bien hijita, allá por el año de 1880 se inauguró la primer botica de Tarimoro, atendida por el curandero Leocadio Rojaz, oriundo de Acámbaro; por 1914 pasó a ser atendida por un señor que tenía título de boticario al que le llamaban Guillermo el "Matasanos".

Y hasta hubo un homeópata que fue el primero y el único, pues hoy día no ha habido otro chochero aquí, se llamaba Juan Gallegos, tenía título de homeópata proveniente de una institución de San Luis Potosí, además recibía constantemente correspondencia de Francia y España, así como equipo y libros de los últimos adelantos de su época. Cuando la persecución cristera estalló, huyó a Celaya en 1928, sin dejar de ejercer su profesión, ya que en la calle 5 de mayo junto a los antiguos baños Josefinos seguía dando consulta, y en 1936 retornó a Tarimoro a la plaza principal número 12 donde estableció su consultorio, retirándose a los 72 años heredando a dos de sus sobrinos la inclinación por la medicina, son los doctores Víctor Gallegos, gerontólogo y pediatra, y Rubén Gallegos, ginecólogo; ambos egresados de la UNAM.

Y por el año de 1915, una doctora titulada, la señora María Mendoza alias la "Bandida" atendió mucho tiempo una de las boticas más antiguas en Tarimoro, hasta que murió. En 1936, la botica fue atendida por don Luis Cruz quien la compró a Delfino Mendoza, hermano de la "Bandida", la que es hoy llamada farmacia La Luz, conservando el original mobiliario y hasta los frascos originales los cuales podemos apreciar si visitamos la calle Hidalgo, número 2.

Por esa misma época una mujer muy guapa que venía de Salvatierra, doña Lidia Toledano, en 1939 inauguró la farmacia La Purísima que se conserva en la calle de Juárez, número 31; también entre los primeros boticarios se encuentran Pancho López, que venía de Salvatierra y era farmacéutico recibido, quien atendía la botica del portal de los Contreras en la plaza principal y, a su vez, la rentó al doctor Julián Me-

dina de Celaya, padre de los doctores Julián y Rubén Medina de Celaya.

—Ya vámonos abuelita, ahí viene una camioneta de redilas, vamos a pedirle un aventón.

Al subirse en la parte trasera de la camioneta la niña le preguntó a la anciana:

—¿Abue, cómo es que sabes tú todo esto que me has platicado si tú nunca fuiste a la escuela?

—Mira cariño, todos los remedios y lo demás que te conté son parte de una tradición, la cual no necesita estudiarse para saberla. Sólo basta con observar y platicar con las personas de experiencia, pero sabe esto hija que "como me lo contaron, lo cuento".

LA PEPENA DE MAÍZ, CACAHUATE, FRIJOL, SORGO, FRUTA, JITOMATE, CHILES Y CEBOLLAS.

María Concepción Coss M.
Tarimoro
Primer lugar, 1990

Por equis causa, fui adoptada a los dos años de edad. Me faltan palabras para describir a mi madrecita adoptiva, sólo diré que tenía todas las cualidades habidas y por haber. Era de mediana edad, estatura media, blanca, de perfil español, ojos hermosos y expresivos. Se llamaba María Ramírez Maldonado, era señorita soltera.

La casa era acogedora, éramos, ella y yo, muy felices, la huerta estaba sembrada de aguacates, guayabos, naranjas, limones, limas, naranjas agrias, higueras y chirimoyas. Dicha huerta había pertenecido en 1872, al sacerdote que construyó la iglesia de Tarimoro, don Manuel Ignacio Torijano. Los viejitos de antes platicaban que el señor cura Torijano, les otorgaba toda la fruta de la pepena, y mi madrecita se la seguía dando, por lo cual las personas humildes la apreciaban y le decían cariñosamente tía Li.

La huerta había sido cultivada últimamente por el mejor flor y fruticultor, señor J. Benjamín Paredes, a quien llamaban cariñosamente "Min" Paredes. Vivía en Alameda núm. 7. Mientras tanto, yo ya había hecho amistad con la sirvienta de la casa, Consuelo Rojas. Ella me platicaba que toda su familia era pepenadora de todo. También los sábados por la mañana venía María Martínez con su mamá, traían unas canastas de reicilla que tejía en su misma casa; su papá se llamaba Isaac Martínez, a veces estas mismas canastas las vendían y las tejía de una jara especial, propia para éstas.

Desde luego me hice amiga de María, tenían unos 4 años más que yo. La canasta de ella era más chica que la de su mamá. Consuelo y María también se hicieron amigas, Con-

suelo era como unos 7 años mayor que yo; yo tenía 7 años. Consuelo se casó al año siguiente con un ex bracero y ambos se fueron a vivir a la ciudad de Monterrey, Nuevo León, para buscar mejores aires; porvenir para ellos y los hijos que vinieran. Me dio mucho pesar pero me resigné. (Los pepenadores se venían en burros o a pie a las pepenas de todo. Actualmente se vienen en camión, de raid, a pie, en burro o en bicicletas.) Las dos llenaban sus canastas de frutas de la estación en junio y en julio, guayabas. Todo el año limas, en junio limones, y chirimoyas en diciembre. Naranjas agrias todo el año, etcétera.

Mientras su mamá seleccionaba las mejores frutas, María sólo llenaba su canastita de brevitas (frutas pasadas y chiquitas que no se desarrollaban bien o eran picadas por pajariños). Le pregunté yo un día a María por qué llevaba brevitas, y me dijo: "porque yo vengo a pepenar". Pepenar en Tarimoro o la pepena, es el saldo de la fruta que se desecha; inclusive son tan prolíficas las huertas, que si no se regalara esa fruta, se podría en el suelo y aun la fruta podrida la utilizaban los pepenadores para darle de comer a los marraños y a los chivos. Hay en Tarimoro muchas cosechas en donde acuden los pepenadores, éstos son los campesinos que algunas veces no tienen ni siquiera un techo donde dormir y rentan casa (antiguamente vivían con sus abuelos, padres y varias familias en una casa) ahora rentan viviendas humildes, algunas de éstas son de siete, diez o hasta quince mil pesos mensuales (también los dueños de la casa son compadecidos con estos humildes campesinos).

La convivencia y las buenas relaciones sociales entre patronos y peones en Tarimoro (pese a todas la injusticias que también hubo), comenzó cuando el patrón decidió darles la pepena a los peones. Se cuenta, y es verdad, que por los años de 1845, un pariente de la ilustre corregidora doña Josefa Ortiz de Domínguez, llamado Abundio Domínguez, trajo la semilla de cacahuete. Por motivo de hostilidades del gobierno a dicha familia, tuvo que venir de la ciudad de Querétaro; primero emigró a Jerécuaro estableciéndose en San José de la

Peña, junto a Tarimoro, por el lado de las paradisíacas cañadas; después fue el señor a Santo Tomás Huatzingeo, perteneciente a Salvatierra donde murió. Su hijo llamado Refugio Domínguez, vino a Tarimoro trayendo la maravillosa semilla cereal, originaria de Asia, o semilla asiática; su verdadero nombre es "mani" y su tierra natal es la India.

Aparte de haber hecho el señor J. Refugio Domínguez la aportación más grande y fructífera (igual que el maíz) que haya tenido Tarimoro, no negó la estirpe. En Tarimoro se dice que "no negó la cruz de su origen", que quiere decir, que era digno de pertenecer a la familia de la señora corregidora doña Josefa Ortiz de Domínguez. Don Refugio Domínguez empezó a sembrar cacahuete en el predio denominado el Ranchito. Era propiedad del famoso duque de Albuquerque, también propietario de la importante comunidad de Guapango (Huapango). Este lugar queda como a tres kilómetros de Tarimoro, entre éste y el predio del Aguacate, junto a la antigua presa vieja (que ya existía desde la conquista de Tarimoro en 1563 por el español don Lucas de San Luis).

Don Refugio Domínguez llegó a Tarimoro a fines del siglo pasado; cuando cosechó el cacahuete en el mes de octubre, fue tan prolífera que dijo "bendita sea la Providencia Divina, alcanza hasta para que los peones pepenen. Vamos muchachos ya terminé de cosechar, llévense todo lo que sobró". Desde entonces, fue y es una tradición, que los patrones le dejen la pepena a los peones, y no sólo de cacahuete, también de camote, maíz, frijol, chile, jitomate; y ahora, sorgo, trigo, etc. Cuando el patrón no quiere cumplirles a los peones de regalarles el saldo de lo que va sobrando, éstos lo recriminan y le dicen: "su papá de usted si nos dejaba pepenar". Las mujeres pepenadoras van más lejos: "Dios lo va a castigar por quitarnos parte de nuestro sustento". Hace unos cuantos años murió un patrón que negaba la pepena a los pobres, éstos dijeron: "fue castigo de Dios". También el patrón, se malvista (desacredita) cuando no da la pepena y le cuesta mucho trabajo conseguir peones. Y si los consigue, le dicen: "pero nos tiene que dar nuestra chivada". Chivada es una

bolsa de maíz o cacahuete, camote, etc., que el patrón regala a sus peones.

Inquieta por naturaleza, me aburría en mi espaciosa casa, por lo cual le rogué a mi madrecita adoptiva que me dejara ir con María y Consuelo a pepenar, o por lo menos a mirar una pepena. A los dos años se me concedió mi deseo después de hacer muchas recomendaciones a Consuelo: "que no la vayan a picar las hormigas, que no la vayan a espantar los toros o una víbora, que no la vaya a quemar el sol, etc." Consuelo parecía divertida con tanta advertencia, cuando estábamos lejecitos de la casa, ella y María me cogieron para hacerme chonditos (chonditos **es** agarrar una criatura de los brazos de las arquitas y ésta encoge los pies para ir meciéndose bien bonito y no caminar). Me contaba Consuelo que en las dos cañadas había pepena todo el año. Las dos cañadas están consideradas como el paraíso de Tarimoro. Las rocas brillan a la luz del sol como si fueran minerales. Las huertas más hermosas de Tarimoro están sembradas en el cerro, sombreadas las cañadas tienen sus aguas azules, el color de sus aguas es azul-verdoso, un pedacito de mar en pleno cerro, un lugar paradisíaco.

Los dueños de las huertas permiten a sus vecinos comer fruta todo el año, eso sí, comprometiéndose a no dañar ni perjudicar las huertas. Pero a los extraños no les permiten la entrada, sólo que sean conocidos de algún vecino de ellos o amigos de ellos; compadres, sacerdotes, doctores o maestros de escuela que den clases ahí en las cañadas. Cuando un vecino los perjudica le niegan la entrada a dichas huertas diciendo: "este hombre, mujer o niño es muy travieso, por eso no lo dejo entrar a mi huerta". Emocionada con todos los relatos de Consuelo que aparte de ser muy trabajadora me enseñó a cantar y a reírme a carcajadas, me pasé como tres años rogando a mi madrecita adoptiva que me dejase ir a pepenar.

Mientras tanto enseñé a Consuelo a leer, escribir y a contar. Cuando yo tenía 10 años, este esfuerzo fue correspondido por ella y mi madrecita lo tomó en cuenta porque

accedió a dejarme ir con ella a pepenar. No sin antes hacerle mi madrecita a Consuelo diez o más recomendaciones: "que no vayas a dejar que la piquen las hormigas, que no la vaya a espantar un burro o un toro o un perro, una víbora, etcétera".

Consuelo parecía divertida con tantas observaciones, pero aceptó cumplirlas todas; dijo por último mi madrecita: "Chelo, llévale su comidita a la niña, desde aquí, por favor". Probablemente Consuelo no oyó esta última recomendación porque no llevó comida de mi casa, me cogió de mi manita y me dijo que corriera con ella cuando mi madrecita ya no nos observara. La aventura tan deseada por mí, había comenzado. Nunca olvidaré a Consuelo y María, que siguen siendo mis amigas. Ellas eran un par de guacalonas jacarandosas, que todo el camino se la pasaron cantando y parecían no sentir la carga de mi cuerpecillo. María cantaba "*Consuelito, Consuelito de mi vida...*" y Consuelo cantaba "*Adiós Mariquita Linda...*" Aquel día iban a pepenar maíz en los terrenos de don Jesús Contreras, acomodaron sus rebozos a la pata de un pirú para que yo me sentara, enseguida me dijo Consuelo: "si no te portas bien y si no te cuidas sola, te baño en el agua de la asequia. La asequia es la encargada de transportar el agua que baja de la importante presa del Cubo y de paso riega las tierras de punteado (de riego) de Tarimoro.

María se acercó cariñosa y me dijo al oído: "yo no dejo que te bañe y si algo necesitas llámame, voy a estar cerca de ti". Esto me serenó, pero también pensé: "me empezaré a cuidar sola, por las dudas".

Armados con pischcadores —especies de cuchillos muy filosos que también fabricaban en Tarimoro, principalmente, en la fragua de don Carlos Granados C., de Ocampo núm. 18, con una obertura en la punta terminan cerradas y en el cabo un pedazo de cuerpo— muchos peones arrancaban las mejores mazorcas de cada mata de maíz, y la aventaban para atrás; la recogían los pepenadores que la espulgaban para quitarle los molonquitos, las mazorquitas chiquitas y ralitas (que tienen muy poquitos granitos). Rápidamente los pepenadores las

echaban adentro de sus morralitos de mecate, que traían cruzados como una especie de carrillera en el pecho, o junto de los cuadriles los pischcadores. Los peones también traían terciado (cargado) su costal de mecate, que llenaban a veces antes de dar vuelta a un surco. Terminando la cosecha no descansaban del todo, el abuelo recogía varañitas (ramas delgadas espinudas), la mamá apresuraba el paso para llegar pronto a atizarle al fogón, a ver si ya estaban los frijoles que cocían en ollas de barro con leña. Los fogones eran hechos por ellas mismas, con ladrillos colocados como si fueran a hacer una mini casa sin techo. Cubriéndolos con ceniza que amasaban con nejallo, el nejallo (maíz de los molonquitos ya desgranados y asoleados unos 8 días), lo limpiaban bien de tamo polvillo de los olotes que son el sostén donde están regados los granitos de maíz; después lo cocían con un poco de cal y cuando los granitos se pelaban, ya estaba el nixtamal. Lo llevaban al molino y la mayoría de las veces, para ahorrar, molían el nixtamal en el metate, lo quebraban una, dos y hasta tres veces para sacar una masa un poquitin martajada (no bien molida). Con esta masa hacían sabrosísimas tortillas, que las llamaban "largas" y "redondas", frijolitos, nopales y papas. Uno de los platillos favoritos que me obsequiarón, fueron los hongos.

Aquel día prendieron fuego en pleno campo, y mientras él y la abuela de Consuelo pelaban unos nopalitos (les quitaban cuidadosamente las espinas, sin lastimar sus curtidas manos) María cocía unos huitlacoques u hongos de maíz, no tóxicos, se guisan al igual que los nopales, se cuecen con poca sal, al rato se frien con jitomate, sal y un pedacito de ajo, previamente, se frie la cebolla muy menudita. El banquetazo que me di aquel día no se me olvidó nunca, no me picó ni una hormiga, pero como era el mes de septiembre, a mediados, cayó una aguacera que me dio un susto bárbaro.

María y Consuelo me protegieron con sus fornidos cuerpos, pero me daba la impresión que los relámpagos y los rayos nos iban a acabar a todos. Los hombres nos protegieron improvisando una casita si podemos llamarla así, alrededor

del árbol donde estábamos protegidas a medias; la hicieron con sus capotes (impermeables donde no entra el agua).

De paso, ellos también ahí se acurrucaron sentados en cuclillas, la abuelita rezaba la poderosa oración de *La Magnífica* y a mí me dieron un pischador para que hiciera la señal de la cruz rumbo a la ciudad de Celaya, de donde venía la tormenta. Los peones, principalmente la gente que vive en las comunidades de Tarimoro, enclavadas en los cerros como la Cuesta, las Cañadas, Guapango, muy bien colocados y entrelazados, alcanzan a cubrir completamente el cuerpo de un adolescente y la mitad del de un adulto.

Los capotes son circulares, por el estilo de los paraguas de modo que al abrirse protegen más, por eso ellos pudieron improvisar la casa de campaña. Los demás campesinos también tenían esto.

Ya de vuelta a la pepena, me sentía tan maravillosamente, como si fuera en un avión. Cuando ellas se cansaban, también yo y todas descansábamos; ambas llevaban unos almocafres; son de acero, curvos, cóncavos de mezquite y cuando no hay éste, de guayabo. Unas personas los tienen aún desde el siglo pasado porque se los dejaron sus abuelos, otros, los compraban de la fragua de don Julián Tirado, que estaba ubicada en la calle de Arteaga núm. 10. Ahí mismo en las llamaradotas de la fragua, don Julián fabricaba los resistentes almocafres. Son curvos para escarbar en lo planito y poquito a poquito, con habilidad, van sacando las piedras que encuentran en los sembradíos. Los peones y los pepenadores inconcientemente, van arreglando el terreno del patrón. Escarban con fuerza, sacando rápido la mata de cacahuete y sacudiéndola; enseguida la espulgan (le quitan todos los granitos, las vainitas) y posteriormente, hacen otro hoyo y así se van sin parar, son tan aguantadores y hábiles que uno se cansa nada más de verlos que no descansan de vez en cuando; sólo se limpian el sudor. Detrás de los peones va su familia: sus hijos, abuelo, papás y las mujeres. Cabe decir como dijo el Sr. Refugio Domínguez: "la Providencia Divina da para todos". Los de atrás vuelven a escarbar en el mismo lugar y

todavía encuentran cacahuates diseminados y entremetidos entre los terrones de la tierra, que son resistentes, a veces, a los mismos golpes del almocafre, por eso al golpearlos otra vez, vuelven a ceder y tiran su preciosa carga de cacahuates.

Algunos cacahuates ya están más pachines (chiquitos, flaquitos) y sin grano adentro; otros, por el contrario, están robustos casi del mismo tamaño de los que ha sacado el peón. Cuando alguien de la familia se cansa va por el guajito del agua (es por el estilo de una calabaza, sólo que parece un jarro y le hacen un agujero en la punta por donde le introducen el agua, que toma un sabor silvestre insustituible). Llega hasta el surco y les ofrece agua a todos sus parientes acabándosela, se limpian la boca con la manga de la camisa o con la mano —ahora ya usan playeras—. El sombrero y el rebozo lo usan siempre para protegerse del sol, los huaraches de antes van desapareciendo, ahora usan tenis o botas, las mujeres, zapatos de hule.

Antiguamente las mujeres calzaban huaraches, igual que los hombres, blusas blancas y enaguas de corte-camboya y jerga y para los días domingos popelina y a veces hasta *flad* y *charmeuze*; para cuando se casaban o eran las fiestas tradicionales de Tarimoro (8 de mayo y 29 de septiembre), bautizos o casorios.

Anteriormente, por los años cuarentas y cincuentas el boticario les fiaba la medicina a los pepenadores y esperaba pacientemente hasta que llegaran las cosechas para que le pagaran. El bondadoso boticario llamábase y aún se llama, don Luis Cruz Maldonado, vive en la calle Hidalgo núm. 3, pero ahora ya no puede fiarles, los tiempos han cambiando.

Tienen muchas cualidades los pepenadores, una de ellas es que no son egoístas. En todos los ranchos de Tarimoro hay pepena, y si van pepenadores de Tarimoro a Cacalote a pepenar sorgo, los pepenadores de Cacalote en lugar de hacerles mala cara (enojarse con ellos) les dicen: "¿vienen a la pepena?", sí, contestan los de Tarimoro; "entonces váyanse por la carretera, ahí hasta hay sorgo tirado, llévenselo". Lo mismo pasa cuando los pepenadores del acebuche o los

ferreros (de cualquier comunidad vienen a Tarimoro) y los pepenadores de Tarimoro les dicen donde está la pepena. También les prestan sus pischadores o sus almocafres, cuando por equis causa no traen o los pierden. El espíritu de solidaridad de estas humildes personas es admirable, cuando carecen o pasan carencias se ayudan unos a otros, si ven que una familia está enferma colaboran en pedir ayuda y ellos mismos aportan algo para aliviar un poco sus penas. Entre y con los pepenadores puede uno hacer amistad para toda la vida: con María Martínez yo tengo 45 años de amistad y he hecho buenas migas, como dicen ellos (con sus hijos, nueras, nietos, etcétera).

Los pepenadores no precisamente son conformistas, siempre hacen la lucha aquí y allá y tampoco están esperanzados sólo a la pepena, ellos trabajan en ladrilleras o de peones, los más jóvenes y a veces los viejos, los pepenadores, son la familia de ellos. Los hijos de María Martínez son los jinetes que montan a los toros en los jaripeos. En los jaripeos baratos, su familia se divierte y descansa un poco del arduo trabajo, la pepena es sólo un complemento, pero indispensable y muy práctico. Hay personas que a veces se ven tan pobres que están atadas a la pepena para poder comer.

Debemos dar gracias al cielo de que Tarimoro, a pesar de todo, siga siendo tierra prometidora aunque explotada por unos cuantos, pero mientras haya pepena habrá paz y conformidad.

En años anteriores como por lo años cincuentas, el señor Daniel J. Ortega introdujo la cosecha del sorgo en Tarimoro. Trajo la semilla a finales del siglo pasado. Don Refugio Domínguez también adoptó la agricultura y la incluyó en Tarimoro. En 1945 el señor J. Mariano Coss introdujo a la agricultura de Tarimoro la cosecha del cacahuate americano. Vivía en la calle Alameda núm. 5 (mi padre), segundo líder agrarista de Tarimoro 1931-1945. Esta aportación enriqueció las cosechas y fue por esto que se pudo soportar el déficit económico que dejó en Tarimoro la matanza de animales, cuando por motivo de la fiebre aftosa los sacrificaron, ya que

algunas familias lo único que tenían como pobre patrimonio eran sus animales bovinos, caprinos y porcinos.

En 1950 el Sr. J. Daniel Ortega, quien vive en la calle Ocampo núm. 340 (la numeración en Tarimoro, seguido cambia) cerca del Centro de Salud de la Loma, es muy conocido. Este señor trajo la semilla de sorgo y la introdujo dentro de las cosechas de Tarimoro. La principal comunidad donde se siembra más maíz sorgo es Cacalote (cerca de la ciudad de Celaya) pero pertenece a Tarimoro. Su verdadero nombre es San Juan B. de Cacalote. La pepena de frijol se hace (lo mismo que la de cacahuete y maíz), yendo los pepenadores detrás del peón, pero éstos sólo van juntando lo que cae o queda en el momento en que los peones trillan el frijol, antes lo trillaban a varazos o pisoteándolo, bailando arriba de él, ahora, con tractores. Cuando se levanta el frijol los pepenadores recogen lo poco que queda tirado. La pepena de frijol es en el mes de mayo. En la de jicama, en la que los pepenadores van detrás del peón, con sus almocrafitos (o sea que son más chiquitos que los de los peones), el peón va sacando la jicama más grande y de agua (que no está masuda) y las demás las avienta o sencillamente las deja. El pepenador las recoge, a veces tiene que sacarlas él mismo del suelo, escarbando donde está la mata de jicama. Las jicamas se comen con chilito molido (cascabel) y limoncito. Se lavan y se pelan las partes en gajos.

La pepena de jitomate, cebolla y chiles es igual, los pepenadores se meten a los huertos donde se siembran dichos vegetales. Se ofrecen a ayudar al dueño del huerto a seleccionar las verduras, las aguadas se van acomodando en una esquina del huerto así como las que están roídas por ratones o pajaritos y las podridas. Terminando esta tarea, el dueño da un vistazo y mira si se hizo a conciencia. El dueño regala a los pepenadores una chivadita chiquita de verduras, dan las gracias y enseguida se llevan toda la verdura desechada, la aguadita la usan, la partecita que aún está buena, para moler el chile con los jitomates (el famoso chile verde) o de tomate verde, etc. La otra verdura la usan para alimentar gallinas, guajolotes y pa-

tos; en la cosecha del maíz sorgo, los peones van por delante, detrás los pepenadores. El peón va dejando caer muchos granitos de maíz que recogen rápidamente, y a puños vacía los granitos en cubetitas. El principal rancho donde se siembra maíz sorgo es en San Juan Bautista de Cacalote.

El pepenador anciano tiene mucha dignidad, por eso aún cerca de los 90 años se le ve pepenando, jamás quiere ser una carga para su familia. Las mujeres pepenadoras de antes, sólo estrenaban un par de zapatos el día de su boda, estos zapatos durábanle toda su vida, porque sólo se los ponía cuando amadrinaban o en las fiestas tradicionales de Tarimoro. Los pepenadores de antaño usaban calzón blanco y camisa de manta que les cortaban y cosían a mano las mujeres de su familia. Los actuales pepenadores se visten a la moda, aunque su ropa sea más corriente —a veces se visten de segunda—; no sólo se preocupan por pepenar. Los jóvenes cuando no tienen trabajo (los ladrilleros) se vuelven pepenadores.

En la alfabetización de Tarimoro, el 70% es gente pepenadora que está inscrita y recibiendo los beneficios de la alfabetización. En 1987, el 80% de las dos cañadas se inscribió en alfaterización y todos aprobaron los exámenes. El 65% de estas personas eran pepenadores de fruta. El caso más notorio fue en 1987, el 14 de febrero, cuando un pepenador de 14 años llamado J. Miguel Martínez Paredes, que vive en la calle privada de Revolución Poniente s/n (la casa es rentada), ganó el primer lugar en óleo, dibujo artístico estilo grecorromano. Esto prueba que los pepenadores también son intelectuales y lo único que falta es que alguien, sobre todo el gobierno, les proporcione una beca (o varias).

Cada día domingo los pepenadores se van a oír la santa misa a la iglesia y a las dos capillas de Tarimoro. El día primero de septiembre en que se celebra la misa del buen temporal van agrupados mero atrás de la peregrinación.

LAS MOLIENDAS DE CAÑA EN EL MUNICIPIO DE XICHÚ

Lorenzo Flores Solano

Xichú

Primer lugar, 1990

Para enriquecer este relato, encaminé mis pasos hacia dos grandes amigos: mi padre y mi suegro, viejos de más de ochenta, protagonistas de tan singular obra. Al ir en su búsqueda, reviví tiempos lejanos, y entre suspiro y suspiro, se me presentaron escenas de lo que conocí de aquellas moliendas.

Me pareció ver al viejo Luz, sorrajándole reatazos al par de mulas viejas que a vuelta de vuelta hacían girar el molino de fierro, del cual escurría el líquido precioso que, a base de intenso cocido, habría de convertirse en el melado, piloncillo y charamusca. ¡De pronto!, como adornando un sueño, apareció una linda muchacha llevando una gran canasta cubierta con el punto de cruz floreado, como escondiendo con gran celo y con inmensa furia sabe Dios qué.

Así, ya cuando quise otra cosa, me vi de pronto ante un viejo, cuyas arrugas denotan unos ochenta y siete años de vida, pero todavía fuerte como el sabino de el Paso, en esta tierra tan bravía. Después del saludo acostumbrado, lo abordé con mi pregunta sobre la actividad económica de referencia. Levantó su vista cansada y me dijo: "yo trabajé en las moliendas desde la edad de siete años; pero eso se acabó, si acaso yo nomás muelo 'Güicho'". En aquellos años, a principios de siglo, había unas veinte moliendas; la caña se cultivaba en toda la cañada xichulense, venían gentes de diversas partes: Victoria, Tierra Blanca y de San Luis; también de Santa Catarina, de Doctor Mora y Atarjea.

No había carretera y los molinos eran de mezquite, se les conocía como trapiches. ¡Ah!, pero éstos eran de madera y hacían muchísimo ruido, su rechinido se oía a más de dos mil metros. Después, a lomo de grandes bestias, llegaron los

molinos de fierro; tu verás que conocí bestias de carga que podían hasta con 150 kgs., eso era lo que pesaba con aquellos molinos y un buen arriero que cargaba sus bestias y podía re bien con su molino.

En cuanto a la participación que tenían las familias en las moliendas, me acuerdo que cuando se iniciaba la zafra, el primer día se oficiaba la santa misa, toda la gente asistía como cuando hay boda; luego nos comíamos el guajolote que el patrón mandaba preparar, y eran unas borracheras de las que ni los niños se escapaban; fue en eso de las moliendas, cuando a la edad de siete, me puse mi primer cuete (se servía aguardiente y pulque de caña) pero aún así, todavía medio mareados, como a eso de las doce del día, comenzábamos a moler y era de no parar hasta la media noche, ya después en días normales, empezábamos con el alba y entonando el santo Dios para que nos fuera bien y que rindiera el pilón.

Yo era muy feliz, y no se me olvida cuando me mandaba el patrón a darle agua a las bestias, aprovechaba para remojar me en las pozas del arroyo. D'eso es de lo único que me acuerdo. . . y hace aproximadamente sesenta ¡no, que va, ochenta años!"

Al preguntarle si le gustaría volver a trabajar de arriero o de pailero, sonriendo contestó: "más me gustaría saborear un jarro de pulque, pero que fuera de caña". Luego nos vemos, le dije. Me alejé medio pensativo, queriendo adivinar el mundo de mi padre cuando niño; y haciendo comparaciones de aquellos tiempos con éstos, llegué hasta la gran "piapa" (huerta de don Vidal).

¡Hola suegro! ¿Qué dice la chamba? Vengo a ver las famosas cañas del noventa, a probar una caña pinta aunque sea de variedad. Limpiándose el sudor, en aquella tierra semiárida, me miró como molesto y dijo: "pos aunque no me lo creas, esta huerta que tú ves, fue de las mejores, aquí cultivábamos caña pa'endulzar todo el rial, y no son mentiras; mira, te voy a enseñar las ruinas de lo que fue la molienda. Aquellos pedazos de fierro son los del molino, esos adobes y piedras, estas manos las pusieron; aquí quedaron mis años y también

allá en la mina, por eso da sentimiento con los jóvenes de ahora y con estos chingados tiempos”.

Tuve que explicarle el motivo de mi visita, para después preguntarle ¿qué importancia tuvo la zafra en el municipio de Xichú, Guanajuato; quitándose el sombrero y dándole dos vueltas dijo: “Vidal Tello Yáñez, hablándote en plata limpia, te asegura que lo de la caña de azúcar, fue la actividad económica más importante en la primera mitad del siglo; ¡nomás cuéntale, mira!, molían Francisco Jiménez, Patrocino Enríquez, Rafael González, Francisco Salinas; Ángela Mendietta, Tomás Rivera, Emiliano Ocampo, Inocencio Núñez; Francisco Rivera, Refugio Ramírez, Manuel Alvarado, Carmen Escobar, Rafael Pérez, Eleocadio Reséndiz; Timoteo Villa, Inocente Díaz, Vidal Tello, Epifanio Sánchez, Olegario Segundo, Martina Montoya; Cirenio Betancourt, Armando Rivera, Flaviano Lara, Jacinto Vázquez, Patrocino González, Antonio Benavides, Odilón González, Pedro Lara, Eutiquio Velázquez, Carmen Ramírez, Reyes Lara, Catarino Ramírez, Simón Reséndiz, Benigno Sáenz, Marcelo Tello y Galdino Vázquez; también Aureliano Calixtro, Andrés Rivera, Ildefonso M., Tacho y Calixtro.

Cada molienda ocupaba dos arrieros, dos molenderos, un atizador, dos ayudantes y un pailero (el pailero era el que mencaba la miel hasta su cocimiento, en la puntera). Además de los cortadores, se ocupaban acarreadores, y si le hacemos la cuenta, serían quince gentes por molienda, que al multiplicar por cuarenta, daría un total de seiscientos jornaleros, mismos que mantenían a sus familias durante los meses de marzo y abril. ¡Pero, espérame tantito!, de mayo a febrero, teníamos que regar, escardar y despajar, para echarle lápiz, es muy difícil calcular; pero sí me atrevo a asegurar que todas las huertas tenían caña sembrada, y llegando la temporada, los que poseían menos siembra, la llevaban a las moliendas cercanas.”

Al preguntarle a don Vidal sobre la participación de las familias en las moliendas, esto fue lo que me dijo: “¡ah, qué bonitos tiempos aquellos!, me acuerdo que eran dos tempora-

das de molienda, la que te acabo de decir de marzo y abril y la de fines de octubre, en que las viejas a punta de fregar y fregar, hacían que montáramos la molienda para sacar el melado, las caritas de calabaza y chilacayote, pero mira, con motivo de la fiesta de Todos Santos, se acostumbraban los altares a los muertos, allá se ponía la ofrenda a las ánimas y se adornaba con figuras de piloncillo, calabaza y chilacayote; a las que les hacíamos agujeros para formarles los ojos y la boca, y luego, las metíamos en la puntera con el melado hirviendo, después se sacaban en media hora. A los muertitos no podíamos fallarles, por eso era tanta cosa; además las charamuscas, los preparados de cacahuete, de semilla, canela y anís, daban un toque especial a la mezcla de especias, humo de vela y copal". Restregándose su canosa cabellera y enjugando el sudoroso rostro, continuó diciendo "me acuerdo, como si lo viera, que en la madrugada si no se cantaba el santo Dios, la gente no trabajaba, y cerca del medio día llegaban mujeres que se organizaban por sí solas, llevando grandes canastas de comida y vino, éstas eran grandes pachangas con la peonada; sólo así el patrón se comprometía a vender su piloncillo a vinateras o aguardenteras. ¡Ah!, pero a toda la gente se le daban cañas, charamuscas, melado y ¡a tupirle al pulque de caña, porque el agua entriponaba! Para que sepas el destino que se le daba a la producción, mira, te voy a explicar el proceso: primero se cocía la miel en una vaporera a fuego intenso, la cual era un recipiente de lámina gruesa y del tamaño de una lancha simple; y luego a punto de melado (miel espesa por el grado de calor) se pasaba a la puntera (recipiente similar al anterior) donde se le daba el punto de sazón; y luego se vaciaba en moldes de barro grueso para darle forma de piloncillo, que al enfriarse, formaban las mancuernas, las envolvíamos en hojas de caña y amarrábamos con *zamandoque*; se concentraban las cargas en la bodega y desde ahí se la llevaban los comerciantes de Tierra Blanca, Charcas, Victoria y San Luis; también de Santa Catarina, Atarjea y el mismo Rial de Xichú. Los vinateros hacían su agosto con eso del aguardiente; pero aparte de todo eso, también se endulzaba el café, (pero desde la

Huasteca), no creas que había *Nescafé* ni *tupinamba* tampoco el té y desde luego, las agüitas frescas no podían pasar desapercibidas. Con la miel de caña se elaboraba el pulquito (mezcla de pulque de magüey con jugo de caña), por cierto que de todos los preparados éste pa'mí es el mejor, ya que después de tomar en exceso, el malestar y el calor duraban dos días. ¡Ah!, y el famoso charape, en una olla de barro, del diez o hasta del doce, y nueva de preferencia; con arena húmeda se cubrían hasta los hombritos, y se llenaba casi de agua, se le ponían tres mancuernas de piloncillo y a punto de fermentar, se le agregaban guayabas, plátano y chirimoya, también polvo de canela, pasas y anís; esto se vendía alrededor de la plaza en puestos adornados con flores de camelina y limonaria. Sobre todo en los días de fiesta. ¡Imaginate nomás! Como a la ocho de la noche, dando vueltas al jardín alumbrado con teas de ocote a falta de luz; una música de guapango o de viento, arrastrada la *guaparra* y los huaraches engarban-cillados, con una prieta del brazo y saboreando un *charape*; el cual, una vez que lo preparaban, se dejaba fermentar; después se ponía a enfriar, y bien que levantábamos el codo ¡y hasta no verte Dios mio! Mejor ya ni sigo..."

Se prolongó merecida pausa limpiándose ojo y nariz, y a mi requerimiento esto dijo: "también fui peón allá por los años treinta y en una gran molienda hasta el molino moví; se necesitaba gran fuerza para mover aquel tiro, pero yo era muy joven y fortaleza me sobraba, pues como a las veinte vueltas apenas me calentaba. Ya para el año cincuenta, también llegué a ser patrón. Muchas cosas influyeron para que esto se acabara: llegó la carretera y con ella mucha azúcar, llegaron las plagas y las bestias se escasearon, y pa' colmo de los males, azotaron dos ciclones, el del cincuenta y cinco y el del cincuenta y siete, que dejaron pobreza y muerte; ¡se acabó la gran cañada! Ya después que arreglamos huertas como lo hacían los egipcios, las lluvias fueron insuficientes, de allí 'pal rial'. . . ¡pérdidas, puras pérdidas! Ora pa' volver a aquellos trotes, se necesitaría que la gente quisiera el pilón por sobre el azúcar; que volviera Reyes Lara, Tomás Rivera, Refugio y

Andrés Rivera; Flavian Lara y Rafaela Pérez. La verdad no hay hombres, ¡ya no hay!”

Estas palabras y su dramático final, me llegó a calar muy hondo, ya que no pude continuar. Me faltó algo, ¡no sé qué!, pero al levantar mis pesados ojos, todavía para despedirme, lo vi triste y cansado, su vista perdida y fija en aquellas viejas paredes, de lo que hace tiempo fue la vigorosa molienda. . .

LOS NORTEÑOS

Gonzalo Ramírez Ortiz
Cuerámara
Mención honorífica, 1990

Estos apuntes van dedicados a la niñez, para que en lo futuro, tengan material para sus investigaciones. Es así como en forma rústica, porque rústico soy, doy a conocer parte de la vivencia diaria de mi pueblo, Cuerámara.

En toda mi vida, ya casi 60 años, es muy natural ver y oír una tradición o costumbre de mi pueblo, o sea, la de los norteños. *Una tradición de mi pueblo* fue y es, la de cruzar la frontera, trasladarse a los Estados Unidos, es el ir y venir de muchos cueramarenses con el fin de trabajar y ganar dólares para mejorar junto con la familia.

Por las diferentes garitas, desde Tijuana a Laredo, ha sido tradición desde tiempos inmemorables cruzar la frontera para pasar al otro lado y buscar nuevas oportunidades. Unos la han cruzado legalmente y, otros, de manera ilegal, pero todos con la finalidad de trabajar y progresar. Algunos más, con el espíritu de turista, pero con el interés de labrar un futuro mejor.

Es mi afán saber estas cosas, para después platicarlas a la gente joven. Les he preguntado a las personas de más edad que yo, que ¿desde cuándo empezó en mis coterráneos la costumbre de ir al norte?, pues estos apuntes los dirijo a los cueramarenses, para que sepan y no se olviden de su pasado. Es claro que esta costumbre no sólo ha sido cosa de los de mi Cuerámara; pero, tan sólo escribo para mi gente. El señor Juan Jaime Canchola, piensa que desde el siglo pasado empezaron a inmigrar al norte. Lo que sí sabe de cierto, es lo que platicaba el señor Prisciliano León Rodríguez, cueramarenses, de oficio zapatero, que en el año 1908 emigró al país de los dólares y recordaba que en la frontera, no pagaban nada por

pasar al otro lado y nadie molestaba a los emigrantes, ya en ese tiempo, encontró al otro lado, a paisanos de CuerámARO, establecidos y trabajando.

En tiempos de la Revolución Mexicana, muchos habitantes de CuerámARO se fueron de norteños. En las fronteras nada más pagaban 5 centavos, y a trabajar muy contentos. Estas personas se dirigían al norte, no por miedo a la Revolución, sino porque oían que allá a los trabajadores les pagaban muy buen sueldo, y la moneda de allá valía aquí en México, el doble.

Ya para el año 1921, cuando el señor Jaime Canchola se fue de norteño en compañía de toda su familia (él todavía no se casaba) a San Antonio Texas, ya pagaban por el pasaporte ocho dólares. Aprendió a escribir, a hablar el inglés y así como él lo hizo, muchos lo aprendieron también.

Platicaban que después de un tiempo, tal vez hasta años, llegaban los norteños, con sus grandes baúles llenos de ropa para ellos y su familia, con hartos dólares; sus vitrolas marca R.C. Víctor de maneral, con bastantes discos donde oían cantar a sus artistas preferidos: José Mojica, Lupe Vélez, el trío Ascencio, y otros de la época. Su deseada pistola Esmite hueso o 38 especial para defensa de él o su familia, porque decían ellos, sirve para pelear o no pelear. Llegaban bien vestidos, las damas muy elegantes con vestido largo y muy enjoyadas. Los caballeros muy catrines, los que habían trabajado en el traque, con pantalón de pechera de mezclilla azul marino, botas macizas a las que llamaban mineras y su buen sombrero texano.

Estos que llegaban muy bien vestidos eran muy notables aquí en el pueblo, pues la mayoría de las mujeres andaban con sus sencillos vestidos de percal y los hombres con calzón, camisa patio de manta de la Reforma de Salvatierra, faja azul de Moroleón, así como los rebozos de allí mismo; guaraches de correas de San Pedro Piedra Gorda y sombreros de palma de San Francisco del Rincón.

Los que llegaban de allende la frontera, lo hacían llenos de júbilo, platicando maravillas del país gringo; que ganaban

muchos dólares y trabajaban en el traque, en la casa redonda, en el campo, hasta el tiempo de los braceros. Los que escuchaban se emocionaban con las narraciones de los amigos o parientes. Y como se dice vulgarmente, también agarraban camino; hasta hubo personas que fueron desde Cuerámara hasta Laredo a pie, o sea, caminando, como lo hizo el señor Mere Ortiz y otros amigos de él. Esto fue como en 1921; en este tiempo cantaban la canción de *Los pochos de California*, que decía así:

Los pochos de California
no saben comer tortilla
sólo comen pan con mantequilla.

Y cantaban también, los versos de *Oclofuma*:

En el estado de Oclofuma
no quieren al que fuma.

Siento mucho no completar estos versos pues al señor que se los oí ya descansa en paz. Muchos cueramarenses se establecieron en diferentes partes de la Unión Americana, desde tiempo inmemorial y han hecho su vida o la están haciendo. Unos terminaron sus días y dejaron sus retoños que son ahora los chicanos; muchos de ellos recuerdan y añoran lo que sus ancestros les platicaban; cosas de acá del terruño, de los familiares que dejaron cuando emigraron, y dicen: "fulano fue mi bisabuelo y nos platicaba que él era nativo de Cuerámara"; y comentan: "yo iré a la tierra de mis mayores, de mis antepasados, a conocer y con tantita suerte, encuentre a mis parientes". Y ponen mano a lo pensado y vienen a visitar Cuerámara.

Es muy satisfactorio ver que la juventud chicana se preocupa por conocer su origen y sus raíces. Me he dado cuenta que de vez en cuando llegan jóvenes chicanos de la frontera a preguntar por sus parientes, unos tienen la suerte de encontrarlos, otros no. Los que encuentran a sus parientes, ¡qué

gusto!, ¡qué triunfo! Los que no, ¡qué contrariedad!, pero cuando menos se llevan el consuelo y la alegría de haber conocido la tierra de sus mayores. Tal es el caso del ciudadano norteamericano licenciado Francisco Rangel Guerra, vecino de la Mirada California, Eva. En el año de 1971, vino con toda la energía de su vida buscando a sus familiares, pero no los encontró; después de ardua investigación, tan sólo halló personas que trataron a sus bisabuelos. Con esto regresó a su tierra más que satisfecho, orgulloso de haber conocido la tierra de sus mayores. Esto fue el principio para que posteriormente visitara Cuerámaro.

En los primeros años de la década de los años veintes, un día de tantos, en una de las calles del pueblo, se encontraba un grupo de niños jugando y entre ellos, José Terrera Guerra. En esos momentos apareció un automóvil manejado por un norteamericano, quien llamó a José con estas palabras: "hey chamaco, ven". Al momento fue el niño para ver qué se le ofrecía o de qué se trataba. No era cosa del otro mundo, era solamente para pedirle una pequeña información sin importancia. Pero lo que sí fue importante, es que desde entonces, José agregó a su nombre el de el "chamaco". Aquí de pasadita digo que José se convirtió en uno de los hombres símbolos de Cuerámaro; sin él, faltaría algo de su tradición.

A los compañeritos de José se les hizo rara la palabra "chamaco", tal vez porque no era común dicha palabra. Este fue el tiempo en que los habitantes de mi tierra admiraron los primeros automóviles manejados por norteamericanos y los vieron recorrer las polvorientas calles de ayer.

El primer automóvil que trajeron a mi pueblo fue el del señor Antonio Hernández, el del barrio nuevo de Tejero; después el de don Amado Sánchez y el de don Pepe Canchola.

Cuando la depresión de EUA, muchos norteamericanos regresaron a Cuerámaro platicando cosas novedosas, de todo lo que sufrían allá por la falta de trabajo. En ese tiempo la industria, el comercio, la agricultura, sufrieron un terrible contratiempo. Estas personas que regresaron del norte, tenían en mente que si la situación cambiaba regresarían otra vez.

En la década de los cuarentas empezó la bracerada, esto es, que muchos cueramarenses se iban al norte pero legalmente contratados; el trámite se realiza en la ciudad de México y podía ser por 3, 6 meses o por un año.

A muchos les gustó el trabajo allá y el ambiente, renovaron el contrato y se quedaron a arreglar sus papeles legalmente. Otros tenían miedo de ir al norte porque decían que iban a mandarlos a la guerra que por eso examinaban las cartas que enviaban de allá; el que repartía la correspondencia en ese tiempo era el señor Tiburcio Tejeda en su bicicleta azul y no se daba tiempo de distribuir tanta correspondencia que existía.

Hubo hombres que ya se habían contratado en la ciudad de México y, ya en el tren, rumbo al norte, al pasar por Irapuato se bajaban y mejor no iban por miedo a la guerra.

Los muchos que sí se animaban a ir a ganar dólares ya cuando regresaban lo hacían con sus maletas, eso sí, muy bien vestidos.

Después, cuando terminó el bracerismo, esto es en 1963, empezaron a cruzar la frontera ilegalmente y a éstos se les denominaba "mojados", si cruzaban por el río y "alambres" si pasaban por debajo de la malla que hay en la guarda raya entre México y EUA.

Es una picazón de muchos ir en esta forma. No tienen miedo a los problemas del camino ni a lo que sufren en mano de los llamados "coyotes", es decir, las personas que los pasan por 500 dólares o más, pero parece que con la Ley Simpson-Rodino, ya está terminando lo de la coyotada.

De estos últimos tiempos, de los cholos, ya no platico, pues es claro y notorio cómo llegan de "gringolandia", con sus muy buenos covasos del año. Echando más heladas que el mes de enero o sea, tomando cerveza, con sus buenos sonidos, reproduciendo música que ni ellos mismos entienden, hablando su inglés y español muy raros.

Es así, como *Una tradición de mi pueblo* ha perdurado a través del tiempo por muchos años, sin ayuda de nadie, ni de la SECYR. Esta tradición no tiende a desaparecer como otras,

AMIGO MINERO

Enrique Medrano Torres
Guanajuato
Mención honorífica, 1990

En la mañana de un invierno frío en Guanajuato, toda la gente de aquel centro minero se apresuraba para trabajar colocándose los arreos de trabajo: cinturón con batería, casco, lámpara, botas de hule, etc. Se sentían con el mismo ánimo de siempre, algunos contentos, otros no tanto; cada uno con sus preocupaciones, pero listos para laborar un día más en la mina.

En un lugar apartado del local en donde nos cambiamos, un hombre, si es que podemos aplicar ese término a aquel personaje, permanecía solo, sin saber qué hacer; lo miré y comprendí que era nuevo y por eso estaba desubicado, no sabía a quién recurrir, su estatura no era mayor de 1.60 metros y, cuando mucho, pesaría 60 kilos; moreno, de ceja poblada, ojos saltones, nariz aguileña y muy delgado; jamás pensé que aquel individuo fuera a protagonizar uno de los errores más estúpidos de aquel lugar. Cuando lo vi solo, sentí una profunda tristeza por él y me dije: "otro más que se viene a meter a esta chamba".

En ese momento, el cabo le gritó: "órale ese nuevo, no se quede ahí parado como pendejo y venga a recoger las cosas". Con paso lento, pero firme, se acercó al almacén en donde le dieron su equipo; cuando se puso el casco, dijo temeroso: "¿no tendrá otro más chico?, porque éste me queda grande", "cómo será güey, pos recórrale el tafilete"; entonces, se lo arrebató y lo hizo él mismo.

Nos acercamos al tiro para ocupar la bolsa que nos bajaría a 270 metros, aproximadamente al primer nivel; cabíamos unos cuantos, ya que la bolsa era para 12 personas, pero ya apretados, cómo iríamos si llevábamos al nuevo; el cabo tam-

bién dijo, dirigiéndose a todos: "órale persínese y encomiéndose a Dios"; yo pensé para mí ¡bah!, eso siempre lo dice cuando llega un nuevo, seguro es para impresionarlo, como si todo aquello no fuera ya impresionante. Con ver a los compañeros todos flacos y amarillos, los más viejos tosiendo de cuando en cuando con aspecto de una silicosis azonzada, muy mal atendida; pero eso al patrón qué le importaba, para él, lo más importante se llamaba producción, por lo demás, ya se podían morir todos. Pero el colmo del cinismo era que, a la entrada de la empresa, en el área de molinos o patio que le llaman, rezaba un letrero: Sociedad Cooperativa.

El cabo se encargó de tocar el timbre para iniciar el descenso; dos toques seguidos era para bajar, y también el malacatero sabía lo que haría; uno nuevo se encargaba de ayudar a la impresión soltando todo el motor para que la bolsa bajara como si se tratara de una piedra, con la hermosa sensación de que los "güevos" se ponían de anginas; y eso no era todo, todavía faltaba saber en dónde le tocaría trabajar y con quién.

El comedor de la mina, se componía de una mesa, dos bancas, una parrilla eléctrica y un garrafón de agua (lleno con la manguera más cercana). El cabo se puso a distribuir a la gente, algunos ya sabían su trabajo, por lo que sólo se despidieron y se marcharon. El cabo le dijo a "Pancho Pantera": "bueno Pancho, a ver cuándo invitas la nieve, porque te toca bautizar". Síntoma inequívoco de que le tocaba llevarse al nuevo y respondió: "¿a dónde vamos?, ¿a limpiar el capú?, y diciendo esto, le dijo al novato: "órale ése, vámonos". No le contestó, sólo lo siguió y se fueron.

Entonces el cabo se dirigió a mí y repuso: "órale Beto, ya sabes dónde te toca" y ya no esperé otra orden, sólo le dije a Jaime: "vámonos, tráite los cañuelos", y tomé la bolsa como con diez kilos de dinamita y juntos nos fuimos a la zona de chorreros. Para llegar teníamos que subir hasta el nivel 120, y ahí íbamos al pasito y como podíamos; en ocasiones el camino se volvía muy difícil pero no importaba, teníamos que llegar.

Por fin llegamos a la zona, en la entrada había una imagen

de la virgen de Guanajuato rodeada con achichincles para que se mire más bonita, la verdad es que está toda llena de polvo, sólo le da un aspecto de templo abandonado, pero para nosotros es nuestro altar, además, cuando nos mandaron aquí, ya estaba; cuentan que la pusieron los lupios para que los cuidaran porque por ahí se bajaban a robar el metal; al principio no se robaban, lo buscaban ellos y así ayudaban a la empresa con su trabajo, pero, en algún momento, la empresa contrató maquinaria más moderna y el trabajo de aquellos hombres ya no se necesitó, por eso es que ahora sí lo hurtan, pero tal vez no sean del todo culpables, porque al fin y al cabo "de quién son las tierras".

Ya ha pasado un mes desde la entrada del nuevo que, ahora sé, se llama Rodrigo, y a raíz de haberlo defendido de un tipo de esos cargados que no faltan, se ha convertido en mi gran amigo. Muchas veces me ha invitado a su pueblo de donde es originario: Santa Rosa, en la sierra de Guanajuato, pero no hemos podido ir; un día le pregunté por qué se había metido a la mina si estaba muy chavo y me dijo: "es que el día del baile de los 15 años de mi novia, me la robé y p'os allá no hay dónde trabajar, más que aquí o también en el carbón, pero eso es peor que lo primero", lo cual yo dudo mucho, porque peor que aquí sólo el infierno, pienso que quizá esté exagerando.

Hoy lunes, después de haber tomado sábado y domingo, no me siento muy bien, sin embargo aquí estoy, listo para trabajar; la mañana la siento más fría que nunca, hay algo raro en el ambiente, siento que no debí de haber venido a laborar, pero ni modo, estoy jodido y qué más queda.

El hermano me saluda ¿Rodrigo?, sí, y es que así le digo. El cabo me comentó: "ora vienes más jodido que de costumbre, así es que ahora no vas a los chorreros, al cabo que Rodrigo ya está listo para que vaya con todos". Sin embargo, pensé: "este güey está loco, cómo va a estar listo si apenas tienen un mes" —pero no le dije nada—; sólo preguntó: "¿a dónde voy?" "Pues vete con la 'Hormiga' y les sacas unos viajes a los chorreros 160, 170, 180, del nivel 120".

No contesto y sólo me encamino a mi trabajo. Por el camino me encontré al hermano: con cuidado hermano, acuérdate que este pinche trabajo no te agradece nada. Me contesta: "no te preocupes hermanito, ¿a qué hora vas a comer?"; como a las 11 a.m., "bueno a esa hora voy a tronar y aquí te encuentro", es todo lo que me dice y se va; lo miré partir con su paso lento pero seguro, muy confiado. Iba feliz porque le habían dado chance de chorrerista, y sabía que eso significaba un poco más de dinero, aunque con mayor riesgo.

Ya le saqué como 30 viajes a la chorrera y casi son las once horas, luego escucho un sonido fuerte; entonces pienso "es el hermano, ya vamos a comer". Voy hacia el comedor, le subo a la parrilla para que se vaya calentando el desayuno, y de pronto, aparece el cabo casi gritando: "traíte tu aparato, corre" y se adelanta; corriendo lo aprehendo y lo sigo por el frente. Al llegar a la chorrera 173 me dice: "órale empíezale a sacar" a lo que repongo: "¿por qué, si vamos a comer?", y me grita: "¡pendejo!, no ves que se atoró Rodrigo". La impresión casi me desmaya, ya han pasado tres horas y aún sigo sacando tierra, no sé cuántas vueltas le ha dado; por ahí veo al doctor, una enfermera, al ingeniero encargado del departamento y a unos compañeros que se habían ofrecido a ayudarme, pero mi mente no se esclarecía; por fin, alguien gritó: "¡para!, creo que ahí llevas una mano", apagué la máquina que para ese entonces ya estaba bien caliente; y era verdad, en la punta del cucharón asomaba algo que parecía una mano, la vi y no soporté más; me retiré sentándome por ahí en un lado. Alguien agarró una bolsa vacía y depositó aquel pedazo de carne, después poco a poco siguieron apartando tierra con palos, y cuando consideraron haberlo encontrado todo, o lo más importante, se fueron.

El cabo me dijo: "vámonos Beto, ya estuvo". Me paré y lo seguí como perdido, no sabía qué pensar, sólo entendía que estaba muerto. Tal vez, se equivocaron al mandarlo o quizá me equivoqué yo, pero lo real es que ahí, en ese bulto vacío, estaba lo que fue o pudo haber sido un gran hombre.

Mañana, mañana será un día más en la mina.

LOS JUEGOS DE MI CALLEJÓN

Gerardo Rivera Lozano

Guanajuato

Primer lugar, 1990

Tenía siete años, un trompo y una cuerda; un perro que era mi sombra y un interminable espacio para mi asombro. La vida llegaba con la puntualidad de los aguaceros de mayo y se iba en barquitos de papel. . . en septiembre. La ilusión se instalaba en mi almohada, las noches interminables del cinco de enero.

Esta época, está matizada por la nostalgia de un tiempo infinito, anclado para siempre al sabor de los juegos infantiles, que aún resuenan en las paredes de adobe, las banquetas y la gama de sus callejones: Tamazuca, Tepetapa, el Tajito de la Gloria, Barrio Alto; rincones de Guanajuato, de un Guanajuato pincelado con cal de piedra y tintes de azafrán en el horizonte de sus cerros verdes de mezquite y nopal. Enmarcado por su nítido cielo azul; acunado por sus plazuelas, balcones, sus casas y vecindades, acechado por sus tormentas y desgarrado por los días aciagos de sus trágicas inundaciones.

Era increíble, por entonces para propios y más para extraños, concebir la armonía de una ciudad como la nuestra; cuyo caserío se desparramaba desde las laderas del callejón del Meco hasta el Baratillo; desde el cerro del Gallo hasta las barracas hacinadas a lo largo del tufo serpenteante de las aguas negras que corrían con sus miserias a lo largo de la entrada de la ciudad.

La escuela era el refugio obligado por el que militamos sin convicción. El recreo, la catarsis imprescindible para la impaciencia enclaustrada cinco horas diarias, en aquellas severas bancas grises, y la voz monótona de la maestra en turno. Luego, el toque como una bendición. La chiquillería atada al

portalibros y a las mochilas repletas de aburrimiento. Pero todo esto pasaba a segundo término. Mañana sería otro día.

El callejón era ahora la antitesis, el único espacio existente para olvidar los reglazos y las manos hinchadas; los jalones dolorosos de patillas y el "te estás parado toda la mañana". Recursos carcelarios de la época, vestidura de respeto y disciplina, salvaguardo de las buenas costumbres. "La letra con sangre entra".

El callejón, palabra prohibida. Dicha con enojo y con recelo por nuestros padres, ante la amnesia obligada de su nueva investidura. El paso estrecho entre muros, era lugar de vagos y malvivientes.

— "¿Ya hiciste tu tarea?" "Sólo quieres andar de holgazán", "nomás te encuentro en el callejón..."

Dulces frases que sabían a rebeldía, acuñadas en la incipiente conciencia de libertad; primera desobediencia, pecado original.

El callejón estaba fraccionado por límites territoriales; la pared descalichada de la casa caída, era el retén de la "Almohada", que era el chiquillo del equipo que encabezaba el burro fletado; el burro se componía de un número indeterminado de integrantes a quienes les correspondía sostener el peso del equipo contrario. Uno y otro trasponían el espacio para caer y asirse desesperados al burro, que a punto de derrengarse preguntaba: —¿punzón o tijerilla? ¡Punzón! Gritos, risas, pisotones... y al suelo; había sido tijerilla. Vuelta a empezar.

El espacio vigilado por el poste de la esquina, abrigaba las esperanzas de los tiradores en ciernes, quienes con un par de "agüitas", pretendían despelucar al contrario.

—Chiras mueres.

—Con todo te das.

—Hablo mis juegos.

—Altas desde tu rodilla.

—Mano baja para todos tus juegos.

—¡Pelas, pelás!

La variedad de recurrencias, plasmaba la creatividad, "el

peguis y cuarta", "el hoyito", "la rueda", "el ronchadito"; constituían el interminable repertorio que consumía en un suspiro las pardizas tardes en el callejón añorado.

A la voz de "carne, chile, mole y pozole", la euforia y el polvo se mezclaban con la vitalidad sin fin de la chiquillería que rompía la inercia de aquel recodo del callejón con una reata que, sujeta por los extremos, silbaba jubilosa dibujando ojivas. En el otro extremo, se escuchaba: ¡uno, dos, tres, Fernando!, y un bote rebotaba entre carreras urgentes y desafortunadas. Incrédulo, Fernando asomaba su inconformidad diciendo: "¡chin, me vieron! ¡Espérense tantito, la pido, la pido!" Y como míticos duendes, los pequeños emergían de sus increíbles escondites: el "Palo seco" (Toño), de atrás de un árbol; "Bola de cebo" (Fernando), junto a la frondosa y corpulenta tamalera, promotora y cómplice del camuflaje; el "Múrcielago" (Chuy), del quicio de la carbonería; y en fin, como liebres asustadas, todos saltaban, urgidos por la impronta feroz de su sed, corriendo en tropel hacia la llave del agua, que fluía generosa su frescura de plata.

Los cantos limpios y entonados, unidos por las manos, por los movimientos circulares, también tenían su espacio. *A lo maduro, a lo seguro, que se voltee ¡Carmen de burro! A la rueda rueda de San Miguel, San Miguel...* Las rondas eran la tesitura del impulso lúdico, del lirismo innato, el reto a la imprecisión y al movimiento desgrabado. Otra posibilidad de estrechar los lazos que indefectiblemente nos atarían al pasado.

Otro grupito aparte, con la seguridad que sólo da la práctica, lanzaba el proyectil al lugar correspondiente, al espacio de recuadros que lleno de números invitaba a ser saltado, dibujando líneas en el aire, para sellarlas en el acierto gratificado. Y el aeroplano, una y otra vez, con precisión geométrica, soportaba aquel tropel de euforia, que a fuerzas de repasos se iba borrando, como se borran los recuerdos.

De los recuerdos también emergen: tardes de matatena y encantados. Desvaríos encaramados en la soberbia grotesca de los zancos, más allá de la estatura de otros juegos; las guerritas, épica de los barrios, ligazos y pedradas; delimitaban

fronteras, establecían liderazgos, conciencia de grupo, conciencia de callejón. Entonces, el pique se establecía. Los límites territoriales, sólo eran rebasados por el acicate del amor, que se anidaba tras las rejas, entre hiedras y quiebraplatos e inocentes escarceos. El sol, mientras tanto, blandía en retirada mil espadas de oro contra los pequeños piratas que lo acechaban, luego la luz mortecina del alumbrado público acosada sin remedio por el cerco de la noche.

La advertencia de la madre ingenua y abnegada: "¡ya mero viene tu papá!", después el callejón dormido, sumido en la inconsciencia de su historia, en el letargo de su infancia, donde las supercherías fabrican sueños...

Ahora, sólo un reducido grupo lo habitaba:

Los más valientes: "a mí no me pegan".

Los más osados: "eh, qué le hace".

Los cobardes: "ojalá no venga horita mi papá".

En el fondo todos teníamos miedo.

Un radio rarísimo por entonces, en el barrio, perdido entre las casas, dejaba escapar una sentencia, título de un programa radiofónico que garantizaba, en los radioyentes, una noche de pesadilla: ¡suuuuusspensooooo! La voz del locutor con su bajo profundo, con su tono escalofriante, lograba poner el último ingrediente a la velada. Entonces, las leyendas y los cuentos de terror: el "Descabezado", la "Llorona", el "Jinete sin cabeza", el "Aparecido" y hasta el "Encuerado", para beneplácito del chismorreo al día siguiente.

"Esto que les voy a contar, es cierto, ¡deveritas! Ustedes ya conocen a mi papá ¿no? Pues bien, la otra vez nos contó, a mis hermanos y a mí, que al salir de los "Barrilitos", traía unos tragos en la panza, y venía muy contento. Pero al entrar al callejón, vio a una mujer muy, pero muy..., ustedes ya saben ¿no? Entonces, mi papá, la siguió y la siguió. Dice, que traía un vestido blanco re'bonito, un cabello largo, largo, hasta la cintura; y que parecía que en lugar de caminar, flotaba. Junto a la carbonería de don Alejo la alcanzó, le tocó el hombro: Señorita, señorita, y que la señorita al voltear, ¿qué creen?... A estas alturas, el escaso auditorio sólo pelaba

chicos ojotes, y al grito oportuno y recriminatorio de: ¿te vas a venir a dormir o qué? ¡Patatas para cuando!”

Así, el callejón quedaba sumido en el callado sosiego, violentado sólo por la tos de un hombre cansado, de andar pausado y respiración silbante. Su olor a lama y carburo lo delataban; su lámpara, luciérnaga de la noche, lo anunciaba. Una voz quedaba, casi imperceptible que se escurría desde el silencio. Era don Catarino, dicen que ya está cascado; “yo creo que pronto se mueren”: don Catarino, Luis, Bernardo y don Benito.

Aún faltaban muchas minas y callejones por recorrer, muchas muertes por vivir, pero, mañana será otro día. Otras trompetas de gallos abrirán el escenario, como el principio y el final de un drama circular e interminable.

LAS GÜILAS

José Vázquez Moreno
Guanajuato
Mención honorífica, 1989

Con cuánta nostalgia recuerdo el tiempo en que siendo niño elevé mis manos y mis ojos para seguir el vuelo de las güilas. Niños, jóvenes y adultos de esta ciudad capital, sabían de la alegría que proporcionaba mirarlas en lo alto, y transportaban sus propias ansias de volar a la punta de una de ellas.

Ahora, sólo en el recuerdo veo el artefacto volátil, pues pareciera que el viento, aliado nuestro, otrora las hubiera elevado tanto, tanto, que no se ven ya más.

El viento las hacía elevarse, y es ahora éste el que las regresa a mi memoria, para poder narrar algunas anécdotas y sucesos que juntos vivimos mi güila y yo.

Para no confundir a quien esto lea, creo necesario aclarar que el término "güila" se usaba para designar el juguete mejor conocido como papalote o cometa.

Sin ahondar mucho en el origen de la palabra, quizá por asociación de ideas y pronunciación, es un derivado de algunas raíces autóctonas:

Huilacatixtli: pequeña flauta de hueso o barro.

Huilotepec, paloma huilota: sobre la terminación *tepec* (en el lugar de las huilotas), *huilo-tepe-c* (mexica). En Colombia: volcán nevado, en la cordillera central; en Tepic y Sinaloa, México: huililla, flaca, delgada; en el Bajío: güila, mujer frágil o de mala conducta.

La hechura de una güila era campo propicio para la imaginación y creatividad de quien las hacía; sin embargo, a pesar de existir diferentes modelos y estilos, todas ellas se fabricaban con los mismos materiales: papel de china, popote, "cambray" para escoba, utilizado por la gente para barrer el interior de sus casas y exterior de sus negocios; trapo de

reuso, papel de estraza y metálico, engrudo hecho con harina y agua.

Procedimiento en la confección

Se cortaba el papel de china en forma rectangular más o menos 18 x 25 cm., reforzando con 3 popotes pegados con engrudo "los chiquiadores" en cada unión de la figura en la parte superior y se colocaba "la sumba", y partiendo de los extremos al centro "el tirante". En la parte inferior de los extremos se amarraba la "cola" usando para tales efectos hilo fiocel.

Una vez terminada la obra se calaba en la forma siguiente: un niño la sostenía con sus dos manos al frente y otro jalaba corriendo para ver si guardaba equilibrio al empezar a volar.

Con frecuencia no planeaba por falta o exceso de peso en la cola. Nunca faltaba el experimentado que decía: "dile a tu mamá que rompa sus nagüas para sacar tiras de género y hacer la cola. . . verás como con eso si vuela."

Era tan ingenuo que acudía a mi madre para exigirle que rompiera sus faldillas y hasta que cumplía mi capricho, quedaba satisfecho. Iba con otros niños a los cerros o lugares más propicios a jugar: San Miguel, El Cuarto, El Ejido, La Bolita, El Gallo, Estación del Ferrocarril, Pueblito de Rocha, Pozuelos, Noria Alta, etc. La entretención era ver cuál güila subía más alto. Otra competencia era hacer rueditas de papel de estraza o periódico, con un orificio al centro e incertándolas al hilo sostén del juguete, el ganador era aquél que lograba que sus rueditas alcanzaran mayor altura.

Muchas tiendas misceláneas de la ciudad vendían güilas de acuerdo a la temporada: septiembre, adornadas con los colores patrios; octubre, verde y naranja; noviembre, negras con una calavera al centro.

Con frecuencia se escuchaba en el diálogo familiar:

Niño: —Papá, cómprame una güila.

Papá: —¿Ya oíste vieja? No la quiere para un ratito. . . quiere tenerla.

Mamá: —Viejo, no seas así, y no le digas esas cosas al niño, ¡cómprasela!

Problemas causados por las gúilas.

Al reventarse el hilo, el viento se las llevaba y, quedando atoradas en los alambres del alumbrado público, provocaban cortos circuitos; era de esperarse, de los trabajadores de la Compañía de Luz y Fuerza (planta baja) de esa época, regaños e insultos por el desperfecto en las líneas.

Con cuánta envidia veíamos a los jóvenes y adultos un juguete parecido al nuestro, pero hecho de material más resistente y de mayor tamaño, llamados papalotes o cometas (entre la gente papalote) por su dimensión: pliego entero de papel estraza o manta 70 x 50 cm., reforzado con tiras de tejamanil (este material era usado por las amas de casa como base en las jaulas de pájaros), tiras de carrizo, pegadura de origen animal; para volarlos utilizaban madejas de pita, fibra extraída del maguey, muy resistente para soportar el peso y fuerza del viento.

En la década de los treinta, un grupo de cuarenta jóvenes de aquel entonces hicieron un concurso de baraja española, llevando en cada papalote la figura realizada correspondiente a cada carta de la baraja.

En la terminación de la cola amarraron navaja para gallos de pelea, con la finalidad de que al "rabear", trozara la pita y dejara fuera de competencia al rival. Algunos barrios se transformaron en pequeños talleres, dada la demanda por el artefacto volátil.

El precio por unidad era variable de un barrio a otro, tres centavos las chicas y cinco centavos las grandes.

¿Verdad que eran baratas las gúilas?

HISTORIA DE UN PICAPEDRERO DE COMONFORT, ALIAS "PABLO PICAPIEDRA"

Paulino Olalde Cibrián
Comonfort
Mención honorífica, 1989

La historia de este oficio, se remonta a muchos años antes de que los conquistadores españoles llegaran para colonizar nuestro país y darnos a conocer, según ellos, su cultura muy adelantada, pero que, en realidad, lo hicieron por interés ya que se deslumbraron al ver tantas riquezas que conocemos ahora como zonas arqueológicas.

Generalmente todos los investigadores de la cultura preclásica del México antiguo, dan pormenores de oficios y costumbres ancestrales. Sin embargo, no les ha llamado la atención para nada la elaboración de molcajetes, metates y todos los derivados que se pueden obtener del trabajo de la piedra; como lo indican los hallazgos encontrados en las ruinas cercanas a Comonfort (antes Chamacuero), algunas de ellas que se han rescatado y se encuentran en exposición en el museo Doctor Mora de este municipio. Esas piezas dan la certeza que en las antiguas tribus ya existían hombres que sabían elaborar sus utensilios para preparar sus comidas y entre sus piezas más necesarias estaba el molcajete, donde seguramente preparaban los condimentos que hicieran falta a sus mejores guisos y comidas preferidas.

Se supone que en el siglo XIX comenzó a distribuirse en los pueblos y localidades más cercanas la mercancía, pues era muy baja su producción debido a los pocos trabajadores que existían; los compradores querían pagar un precio ínfimo, pues para ellos, un molcajetero o un metatero era un ser de baja mentalidad en comparación con cualquier otro artesano, porque veían superficialmente el desarrollo de su trabajo, no

se percataban del esfuerzo que ponían en cada pieza terminada.

Mi abuelo que era originario de un rancho llamado La Presa (o Presa de los Olaldes), situado a unos 10 kilómetros aproximadamente del centro de Comonfort, platicaba que se vio obligado a desarrollar el oficio de molcajetero por causa del movimiento armado de 1910, vulgarmente llamado Revolución Mexicana, que actualmente no entiendo lo que se revolucionó.

De 1910 hasta 1945, la mayor parte de las obras de mi abuelo fueron metates; pero mi padre, que siguió los mismos pasos y al mismo tiempo progresó en su actividad, ya que no solamente trabajó en la localidad sino que al desposarse con mi madre, que también era de familia de molcajeteros, y teniendo parientes radicando en el estado de Michoacán, aceptó ir a enseñar la técnica que habían logrado perfeccionar en Comonfort, puesto que, mientras los aborígenes tarascos del pueblo de Janitzio usaban sólo cinceles y cuñas de fierro acerado, aquí ya utilizábamos picadores, martillos, cinceles, barras o barretas, pólvora y mecha para poder barrenar las piedras y así extraer el mineral.

Desgraciadamente, aunque le iba muy bien extrañó a la familia, que se componía de ocho hermanos, mi madre y yo, siendo el séptimo de la familia, por esta razón, regresó al terruño. Pero cuando lo hizo, el transporte había progresado y se habían construido carreteras, una de ellas atravesaba todo el pueblo, ya que Comonfort, se encuentra en medio de Celaya y San Miguel Allende.

Comenzaron a llegar patronos de todos los estados de la República y de los pueblos cercanos; cuando él comenzó a vender sus piedras, los compradores, que eran muy escasos, pagaban todavía con el famoso trueque, o sea que, mientras mi padre les iba a ofrecer un metate, ellos le daban a cambio un cuarterón de frijol y dos de maíz; pero si era un molcajete que se hacía en menos tiempo, le daban solamente la mitad. Sin embargo, cuando se ponían de acuerdo tres o más trabajadores y lograban conseguir bestias de carga (burritos o

mulas), les cargaban lo hecho durante una o dos semanas y lo llevaban a vender al pueblo más cercano, que es Celaya, muchos desistían a seguir acompañándolos por miedo a los asaltos que con frecuencia se daban por el rumbo de San Juan de la Vega; algunos otros preferían ir para el lado de Querétaro, pero en ese entonces varias personas adineradas del pueblo, viendo en todo esto un gran negocio, comenzaron a recopilar la mayor parte de mercancía para mandarla después al extranjero o esperar a los gringos que venían de la frontera a pagarles un precio muy elevado con dólares.

En la actualidad algunas cosas han cambiado y, por supuesto, evolucionado, por consecuencia lógica, todo lo comentado queda atrás.

Forma de conseguir el material

Para conseguir el material en Comonfort, existen dos cerros inconfundibles de piedra azul, comúnmente llamados cerro de los Remedios y cerro Viejo (o de los ejidatarios), donde se hallan las vetas principales del mineral ya mencionado que en algunos mapas se le da el nombre al lugar de Igea, pero nosotros le seguimos llamando (piedra volcánica). En las laderas de los cerros resaltan sobre la tierra las piedras azules y correosas que han de servir para comenzar el rudo trabajo diario que normalmente hacemos todos los que nos dedicamos a este oficio.

Diario de un artesano

Son las 5 de la mañana y hay que darle de almorzar su zacate o alfalfa al burro que ha de bajar las piedras cargadas en su lomo, ya que es la única forma de acarrearlas hasta donde se encuentra nuestro taller, que casi siempre es la propia casa. Todos los trabajadores tenemos nuestra mina con el material que nos encargan, de ahí extraemos las piedras necesarias al gusto de nuestros patrones, ya sean de la localidad o fuera de ella. Una vez dentro de nuestra mina, comenzamos a dar

golpes con una barreta, en algunos peñascos se utiliza menos esfuerzo para derrumbarlos, pero en otros, es necesario ponerles un barreno que consiste en hacerle una perfección o perforación a la piedra del tamaño que se necesite, y que sea menos peligrosa para que no haya ningún derrumbe que lamentar al caer el bloque; me acomodo en el piso, mido el tamaño que necesito por pulgadas, ya que siempre hemos usado esta medida en nuestras obras. Ahí es cuando utilizamos las herramientas hechas en nuestras propias fraguas; con una picadera se hace el corte del tamaño de un molcajete o de un metate. Siguiendo con ese proceso, me dispongo a redondear mis molcajetes y pintarles las tres patas, pero si es un metate le tengo que tablear para que comience a dar forma.

Alrededor de las 3 ó 4 de la tarde, voy bajando del cerro con mi burro, cargado de toda clase de piedras necesarias, que ya trabajadas y terminadas han de servir para cualquier ama de casa de algún lugar de nuestro país. Ya estando en casa o en el taller, es cuestión de ponerle toda nuestra capacidad dependiendo de los conocimientos de cada trabajador. Ahí en mi taller, realizo distintos diseños y formas que a diario me encargan.

Cómo vender el producto en la actualidad

La producción que se calcula en este año (1989) es de 4 mil a 5 mil piezas semanalmente. Todos los fines de semana (viernes y sábado), lo dedican los patrones o intermediarios a recoger los molcajetes y metates que se encuentran terminados e inmediatamente les liquidan su raya, para, posteriormente, exportar la mayor parte de la mercancía al extranjero y una mínima al interior de la República.

Semblanza del mencionado artesano

Soy Paulino Olalde Cibrián. Nací el 22 de junio del 57. Aprendí el oficio de picapedrero directamente de mis ances-

tros; mi padre y mi abuelo labraron la piedra hasta la muerte. Mis primeras obras las hice a la edad de 5 años, siendo piezas muy pequeñas de 4 y 5 pulgadas; conforme fui creciendo, conseguí hacer diferentes tipos y tamaños de molcajetes, hasta lograr participar en concursos y exposiciones de lapidaria que ha organizado la Presidencia Municipal, apoyándola los dos últimos años la SECyR (Secretaría de Educación, Cultura y Recreación), en los cuales he puesto mi mayor esfuerzo logrando moldear molcajetes grabados con letras y con figuras de lámina de un animal o con objetos imaginativos y metates con perfiles de adornos artísticos, siendo el resultado dos primeros lugares en metates, un primer lugar en molcajete y uno en figura, teniendo como satisfacción que las piezas premiadas, según estoy enterado, se llevaron al Museo de Arte de Guanajuato y algunos diplomas me fueron entregados en el lugar de los concursos, dejando a segundo término los premios en efectivo. Confío que este año lancen nuevas convocatorias. Espero que tomen en cuenta mi humilde participación.

QUISE SER UNA ABEJA DE LAS FLORES Y LOGRÉ HACER UN PANAL

Agustin Ramos Flores
Guanajuato
Primer lugar, 1990

Definir tradición, como sinónimo de rito y quizá, más aventuradamente como costumbre, no nos es posible hacerlo en sólo algunas cuartillas de escritura. Las tradiciones son difíciles de definir; éstas se viven, se experimentan en carne propia y se gozan. Si no sucede así, se convierten en sólo objeto de curiosidad morbosa, a veces soberbia.

El propósito de la siguiente investigación, si bien ha sido motivado por la curiosidad, su fin no es éste, sino encontrar algunas de las razones por las cuales ha sido la tradición del alfeñique una manifestación importante de la cultura, sobre todo, en Guanajuato y en mi familia en lo particular.

Para lograr mi objetivo, he recurrido en mucho, a información de primera fuente, mi tía abuela de ochenta y dos años, Lala, y un poco de investigación propia sobre el día de los muertos y sus celebraciones. Cabe destacar la colaboración de mi familia que me ayudó a corregir algunos datos.

Otra preocupación sobre el trabajo, ha sido, por una parte, a mi muy particular modo de ver, cómo podría existir una política cultural que promoviese ese tipo de tradición desde el punto de vista de la producción artesanal de alfeñique y su difusión de tal manera que, los esfuerzos de las autoridades como de los artesanos, muy aplaudible en estos momentos, las conserven y protejan de alguna posible extinción.

Esto viene al caso, por algunas anécdotas de mi tía abuela, que gracias a su buena memoria, ha sabido contarme algunas tradiciones, que por causa que ella desconoce —yo también— ahora han desaparecido. Sólo pocos se acordarán de muchos ritos que están a punto de extinguirse. . . y bueno,

después no será posible vivirlos, experimentarlos y gozarlos. Pero todavía es tiempo.

¿Qué es el alfeñique?

Es un tipo de dulce artesanal que se fabrica especialmente en el estado de Guanajuato y que acostumbra venderse para época de Todos Santos. Está hecho a base de azúcar *glass*, gretina y limón, pero su elaboración ha cambiado en mucho, al menos, en los últimos 50 años. Se le adorna con azúcar escarchada y con colores vegetales comúnmente. Delimitar el alfeñique por su objeto, no es suficiente, es parte indispensable de la ofrenda del día de muertos.

Mi tía Lala me contó: "yo conocí el alfeñique cuando era niña, allá en el rancho de Santa Rosa, cerca de Romita, donde vivíamos antes de venir a Guanajuato. Una amiga de tu tía Juana, Isabel Pantoja, le trajo una canastita con frutas y un corazón rojo de parte de su hermano, porque éste, quería casarse con mi hermana. En Romita los rancheros acostumbraban llevarle a las muchachas corazonsotes con un letrero de azúcar y miel; el cual decía: Amor mío. Entonces, le dijo a Juana 'te traje tu ofrenda', Yo no sabía qué era eso, hasta después lo supe".

¿De qué se hacía el alfeñique entonces?

Lala me platicaba, que antes el azúcar no era como la de hoy. Se llamaba azúcar de pilón, era morena y la vendían en bloques de cinco kilos. Del precio, no se acordaba porque la compraba su tía y a ellas les tocaba molerla.

Lo primero que había que hacer, era rasparla en el metate. Esa era su labor cuando llegaban de la Normal; moler y moler. Usaban luego la mano del metate para dejarla bien molida.

Después forraban el interior de una caja de madera con papel de china y engrudo. Ya que estaba seco, tapaban la caja

con un lienzo de manta, pero no de cielo, porque esa era muy mala. Entonces, tenían que cernir el azúcar para que quedara como la de ahora, hasta que se acabaran los cinco kilos de pilón. La manta tenía que estar bien clavada en la tapa, con tachuelas para que cerniera bien y así poder sacarla, se hacía abrir la caja de un solo lado del lienzo y así se hacían las "revolturas", de dos kilos en dos.

Como no había grenetina en ese tiempo, usaban *chaucle*. Un puñito por cada dos kilos de azúcar, una clara de huevo y el jugo de cinco limones; se batía todo para la pasta y se le iba poniendo un poquito de agua si era necesario.

El *chaucle* eran unos camotitos que tenían que rasurar de la cáscara; esto lo hacían con una navaja; se rebanaba la bolita y después, se ponía a secar al sol en una tabla. Luego, ya seco, se molía en el metate y se colocaba en una manta como el azúcar. Toda la masa se preparaba en aguamiel de zinc porque antes no lo hacían de plástico.

¿Quién le enseñó a hacer el alfeñique?

Mi tío Macarito, cuando llegué a vivir a Guanajuato, le pagó 25 pesos a una señora que le decían la "Payasa", doña Petra, hija del cargador Ángel Pérez, vivía donde ahora vive Pablo Arenas. Le decían así porque esa era la esposa del "Payaso" que daba las funciones en las escuelas. Me enseñó en 1935; duró un mes y mi tío Macarito me compró luego mi moldura. Él murió en 1937.

Los moldes de patol

Para hacer el alfeñique, se necesitaban moldes. Estos eran de patol; que es una madera muy ligera que todavía existe, de ahí también se hacían los peregrinos de las posadas y los niños Dios. Ahora los moldes ya no son de patol, se usan unos de plástico y quienes tienen moldes antiguos, hacen el alfeñique como antaño.

Lala: "yo le regalé los míos a tu abuela Quica. Don Ángel

me hizo la primer moldura, la segunda, don Pedro Lila el 'Meco'. Esos hombres se murieron, ya no hay quien haga moldes de patol. Tu abuela también los mandaba a hacer con ellos. Me cobraron como 25 centavos la media docena de moldes chiquitos".

Lala enseñó a su tía, a sus hermanas, a Quica —mi abuela—, Lita y a mi mamá. Todas ellas hacen alfeñique ayudándole a mi abuela hasta la fecha, más de cincuenta años. A mi tía Maga, que vive en Romita, no se sabe quién le enseñó, pero ella tiene más de veinte años haciéndolo.

Pero como ahora los moldes no los hacen más, mi abuela piensa heredarle los suyos a mi mamá y a la familia nos gusta hacer alfeñique de bulto (manual); mi mamá hace las canastitas de "pellizco", mi hermana, calaveritas, y yo, viboras de colores. Es una tradición heredar los moldes a quien se está seguro de que los puede cuidar y trabajar. Mi abuela prometió heredarlos y tendrá que cumplir; es como dejar a cargo los hijos a los padrinos.

Los moldes sirven para "cascar". Se hace una tortilla con una bolita de masa de alfeñique, se colocan los moldes debajo y se recorta con un cuchillo cada uno; como éstos pertenecen a cada mitad de una figura, cuando se sacan deben ser unidas las partes complementarias con una miel especial de masa de agua. Cada paso dura un día: hacer mitades, que se sequen y unir las al otro.

Las figuras

Para terminar en octubre con todo el alfeñique de un año, se necesita haber hecho una cantidad considerable de figuras. Hay unas típicas, que son hechas con moldes antiguos, otras de mano o de bulto y todas éstas, en varios tamaños. Cada una tiene un acabado distinto, según el modelo o el tamaño, también hay algunos que ya no se hacen.

Enseguida presento una relación familiar de la cantidad de moldes que se tienen y la cantidad de figuras que se hacían por año.

Figuras	Moldes	Se hacian antes
Burrita chica	1/2 docena	dos mil
Borreguito	1/2 docena	dos mil
Burra grande	3	cincuenta
Borrego grande	3	quinientos
Burra mediana	5	tres mil
Canasta grande	2	diez
Canasta mediana	6	veinte
Canasta chica	1/2 docena	tres mil
Canasta de pellizco	Sin molde	dos mil
Jicama	grande 3 y chica 6	grande 10
Pera	grande 2 y chica 6	grande 10
Perón	grande 2 y chica 6	grande 10
Prisco	grande 2 y chica 6	grande 10
Mango	" "	"
Plátano	" "	"
Mamey	" "	"
Lima	" "	"
Calabaza	" "	"

De todas las piezas de fruta chica, se hacía una caja entre todos los tipos.

León chico	1/2 docena	quinientos
León grande	1	cinco
Chango chico	1/2 docena	quinientos
Puerco chico	1/2 docena	mil
Puerco mediano	1/2 docena	quinientos
Puerco grande	3	tres
Gallina chica	1/2 docena	mil
Gallina mediana	5	quinientos con pollitos de mano
Gallina regular	2	cincuenta
Gallina grande	1	diez, con pollitos de mole

Pato grande	5	cien
Pato chico	3	quinientos

Se hacían además fruteros; 5 grandes con plato de azúcar, 10 medianos y 500 chiquitos de mano; las enchiladas y las "puchas" se hacen a mano, y en aquel tiempo se hacían 3 000 de cada una.

De los acabados de las figuras

Para pintar ojos, boca, amarras y nariz de los animalitos, se usan tintas de goma arábica, color vegetal verde, rojo y negro con agua; las gallinitas y los burritos se colorean con polvo de ocre en la cabeza y en el cuerpo de las burritas; los leones también lo llevan en la cara.

Casi todo el alfeñique se gragea para darle un acabado de colores, con excepción de las burritas. Gragear es poner piel de escarcha en los dulces, se hace con mieles de color vegetal y azúcar *glass*; se le pone miel a las figuras con brochas hechas de retacitos de tela y un palito, luego se escarchan con azúcar blanca.

Como todos los moldes sólo pertenecen al cuerpo del animalito o al de la fruta, las patas, cola, orejas y rabos de fruta se hacen a mano con masa y se pegan con ésta, miel y agua.

De las figuras que ya no se hacen

Mi tía abuela, me cuenta que antaño se hacían venados grandes con cornadura decorada con tiritas de oro volador (papel dorado), a los borregos también les adornaban los cuernos con plata de papel y a las gallinas en el buche, para las piezas grandes, ahora esto se hace con diamantina, y es la parte no comestible del dulce.

En las canastas de fruta se adornaba el asa con el oro volador y en la parte alta se ponía un moño de papel crepé.

Hacían gitanas con las enaguas y las cartas sobre ella, todo de azúcar, ahora hacen las muñecas vestidas de tela.

Casi todas las figuras humanas, como las muñecas y algunos animales, como leones, borregos y changos, tenían hecha la cara con moldes de barro, a los cuales se les pone masa y se pega la figura de azúcar con miel de masa y agua; luego se pintaban para chapetear las caras para las que se usa el color rojo vegetal y azúcar *glass* revueltos y con una mota de algodón, se espolvorea sobre las figuras hasta lograr el tono deseado.

De las costumbres que ya no se tienen

Antes el alfeñique se vendía junto con otras cosas. Ha variado la tradición, con respecto al lugar donde se vendía. A continuación, doy el nombre de las plazas en las que se ha vendido el alfeñique en diferentes tiempos: primero en la Plaza Mayor (plaza de la Paz), luego en la del Quijote (antes, de las Artesanías), después en San Fernando, una vez en Gavira, y ahora nuevamente en la Plaza Mayor.

Cuando el alfeñique se vendía hace cincuenta años, los puestos de dulce, se ponían desde donde está la Secretaría de Educación al hotel Condesa; de la Condesa a la calle Nueva, se vendían velas; las "puchas" se vendían frente a los puestos de alfeñique. Los jacalones se mandaban a hacer de madera y se cubrían con sábanas, lonas o telas de plástico para protegerse de la lluvia. Ahora ya no se venden velas, quizá sucumbieron ante la luz eléctrica, o es más cómodo comprarlas en el mercado para los altares.

El alfeñique y la tradición de día de muertos

Tenemos una cultura especial, en relación a los difuntos; el alfeñique es tan importante para los que vivimos, como para la memoria y testimonio de nuestra historia, en él, tenemos juguetes y golosinas preferidas de nuestros antepasados.

El altar se engalana con el azúcar, alegría para las ánimas

que visitarán nuestros altares el día de Todos Santos. Sin esa alegría, nuestros difuntos no volverían a convivir cada año con nosotros. Lo vivo y lo inerte no tendría conjunción con el Cosmos y por consiguiente se detendría el renacer; comernos la muerte es la comunión pagana desde antes de la colonización; es el reencuentro con el que existimos.

Hacer alfeñique, venderlos con el orgullo de jugar y divertirse, es gozar, eso me enseñó mi abuela; colocar mi altar lleno de frutas: jicamas, dulce de camote, guayabas, cajeta de guayaba, pan de muerto, incienso, velas, fotos, cigarros, tequila y papel picado de china, todo esto para no olvidarme de los que me hicieron vivir.

Del alfeñique más hermoso que he visto

Mi abuela tiene una amiga anciana, que también vende y hace el alfeñique más hermoso que he visto. Hace sus burritas casi reales, sólo en miniatura, teje las cargas con hilaza y les pone trocitos de carbón, o cántaros de leche elaborados de aluminio; sus gallinitas las decora con dulla y azúcar; las canastas de fruta, tienen asas y las frutas y muñecas parecen de porcelana. Aunque el alfeñique sea un adorno, su fin es saborearlo, comer la belleza de sus manos.

Hoy día, se hace bastante alfeñique para la ciudad de Guanajuato, no sólo ahí se vende. Mi familia tenía la costumbre de venderlo simultáneamente en varias ciudades: mi tía Mique aquí, mamá, en Silao y mi abuela en Romita. Casi siempre se acaba el día 2 de noviembre, pero mi abuelita no permite que todo esto termine y mucho menos quedarse con sólo un poquitín, para poderlo vender; lo extrañará el próximo año, ya que es muy vieja y si no juega éste, Dios la puede recoger pronto, es también su ilusión de vivir.

Ya mi familia no hace tanto alfeñique como al principio, entre todos hacemos como una tercera parte. Tampoco lo vendemos simultáneamente en varias ciudades; sólo mi Lala y mis primos, ponen puestos en diferentes lugares de la plaza al igual que mi abuela. Mi mamá y la tía Mique, le ayudan con

la venta porque ella se cansa y se atolondra mucho, pero a mí me gusta meterme al jacalón a darle un beso a mi agüe y robarle un dulce de guayaba. La masa de azúcar *glass* puede ser de varios sabores: pepita, nuez, limón, piñón o guayaba (a mí me gustan los de guayaba).

Por último, preocupado por la producción artesanal del alfeñique, creo que no es perjudicial que ahora se venda junto con un millar de artesanías más, sino que el problema debe estar enfocado a poder enseñar las técnicas de hacer moldes antiguos con la cooperación de los artesanos alfeñiqueros y así, poder guardar la tradición de las figuras. Ahora se hacen *Mickey mouses*, pitufos y muchos más, que estoy seguro sus difuntos nos visitarán. Conuerdo con la innovación, pero a eso no le llamo innovar, sino es ser sacrilego, es violación.

Los incentivos no son prohibirlos, es hacer mejor lo nuestro, difundirlos por todo el país con intercambios entre los museos, registrarlos día a día, mano con mano, pasado con presente.

También es loable la tradición o costumbre de los maestros de primaria y jardín de niños de llevar a los alumnos a los puestos de dulces cada año, sin faltar a su visita, tal como nuestros difuntos.

Tío Macarito: "a ti que reposas en Tepetapa, también te agradezco haber traído una abeja y crear un panal. Te espero el próximo noviembre en mi altar de muertos".

VIDA Y HAZAÑAS DEL LEGENDARIO MINERO GUANAJUATENSE LLAMADO JUAN "CHARRASCA"

Atalo Pérez Núñez
Guanajuato, 1989

En tiempos del Guanajuato bonancible y feliz —fines del siglo XVI, todo el XVII y parte del XVIII—, se hizo proverbial que nuestros mineros ganaban, como gastaban, el dinero a manos llenas.

Debe entenderse que esto podían hacerlo nada más algunos gambusinos o buscones por el hecho de haber hallado un rico clavo de mineral; o los contratistas, que tenían varios hombres a sus órdenes y eran además afortunados, como el caso raro y muy especial de un minero de aventajada estatura y fortaleza física inusitada, al que apodaban Juan "Charrasca", cuya pintoresca y atrabilaria historia que me contó alguna vez, siendo muy joven y ella en las postrimerías de su vida, una viejecita tía-abuela que tuve y que se llamó Conchita Fariás, que en gloria esté. Nacida y criada en la mera ciudad de Guanajuato —desde siempre— como ella decía, y que afirmaba haber conocido al susodicho Juan "Charrasca" cuando era muy chica, y se enfrascaba en la descripción y hazañas de tan fabuloso personaje, usando el estilo y hasta el dejo, palabras y expresiones de aquel entonces que trataré de apuntar lo más fielmente posible a través de este singular y verídico relato.

—Era un gigantón el tal Juan "Charrasca", como de veintitantos años de edad, simpaticón y chapeteo, así de altotote (y señalaba alargando sus enjutos brazos hacia arriba todo lo que daban), fuerte y garrudo como una mula metalera.

Decía alborotada mi querida viejecita, entrecerrando sus cansinos ojitos, como tratando de recordar viejos pasajes de un nebuloso ayer, y continuaba lentamente su relato, como desmadejando sus recuerdos.

—Este Juan “Charrasca” vivía en Guanajuato hace ya muchísimos años, allá por el barrio del Terremoto, en donde había tiendas de ropa, de abarrotes, boticas, carnicerías y cuanto pudiera desearse, tanto allí se vendía, por la razón de que esa era una de las principales entradas de la ciudad y el paso obligado de la gente que venía de los minerales a la población. En aquella época corría el dinero en el vestir y en el gastar, porque había mucho y tenía muy alto valor, pues aquellos pesos fuertes eran de puritita plata, muy relucientes y pesadotes.

¡Ah!, pero continuemos con el famoso Juanito, que vivía en una sencilla casita de adobe, con la única compañía de su muy ancianita madre de nombre Asunción, pero que todos le decían de cariño doña Chonita, que le hacía pie de casa al mentado Juan, que gozaba de la fama de ser un buen minero, barretero por más señas, de la rica mina de La Valenciana, y que además, respetaba y hasta reverenciaba a su madre como el que más. Tenían por seguro, platicaban los que lo conocieron, que medía a lo alto, más de dos varas y media, y por su fuerte corpulencia, hacía en la mina el trabajo de dos mineros.

Interrumpí a la narradora para preguntarle curioso:

—Pero ¿por qué le llamaban Juan “Charrasca”?

—¡Ah!, porque así se llamaba, y porque cuando andaba fuera de su mina, cargaba un descomunal charrasca con la que dizque se defendía cuando era atacado.

—¿Y cómo era esa charrasca?, pregunté otra vez.

—Mira, pos era uno como machetote así de grande, algo curbao pero muy filoso, que se enjaretaba dentro de una funda de cuero gruesota, colgándole en la cintura, debajo de su jorongó colorao con franjas negras de esos de puritita lana y que siempre traiba terciado al hombro.

Y después de estas pertinentes aclaraciones, continuaba Conchita con su interrumpida relación.

—Pero fijate nomás que aquel grandulón minero, como te dije endenantes, hacía el trabajo de dos mineros, y por eso le pagaban el doble, y ¡ay!, afíгурate, que cuentan los que lo

miraron alguna vez, que los días de raya, en la mina, apartaba su dinero, desdoblando su grandote patio, que era una especie de triángulo de manta que llevaba amarrao a la cintura y allí le echaban los montones de pesos que había ganado por partida doble, y conste que los pesos de aquella época eran de puritita plata maciza, de aquellos llamados de águila y balanza; y p'os como el "Charrasca" era muy borrachote, ay tienes nomás, que se mercaba, luego luego después de darle a su madre su acostumbrado gasto, varias botellotas de mezcal del bueno, de ese raspador como alumbre, que tomaban los mineros por ese entonces; y esto era dilapidar a más no poder, los muchos pesos fuertes que traiba retacados en la vibora, que era un cinturón hueco de cuero muy fuerte y ancho, que se liaba como cinturón o fajero.

—¿Cómo?

—¡Ay niño qué preguntón eres!, pos contaban las lenguas rayadas de doble filo y que nunca faltan, que dizque alquilaba un simón o carretela abierta de mulitas, de esas que había en aquel tiempo, y contratava una murga o charanga, que eran unas especies de músicas d'esas de viento y mucho tamborazo, para que fueran tocando detrás de la carretela, donde iba el tal Juan, muy orondo y sentadote, acompañaio de un lao y dio'tro, por dos pelanduzcas de esas que les dicen mujeres de la calle, ¡válganos Dios!, y se iban con rumbo a la presa de la Olla, y más cuando se hacía la apertura el día de San Juan, que era una gran fiesta, y se bajaban de la carretela ya bastante tomaditos el minero y las güilas aquellas, y escogía un lugar aplanado y seco, pero con bastante tierra, que regaba agundantemente con las garrafitas llenas de mezcal que cargaba en el coche; y esto era bailar sobre lo mojado, de jarabe tras jarabe, al sonsonete de aquellos músicos trompas d'iule, que seguían tocando sin cesar, jarabes, sones abajeños y tonadas rancheras, y entre trago y trago, baile y baile, y entre descanso y descanso, p'os dizque el mentao Juan aventaba a la Presa varias de aquellas monedotas de plata, haciendo "patitos" sobre las rizadas aguas de la presa.

—¿Y luego?

—P'os aluego, imagínate nomás, que como la gente les hacía rueda para verlos bailar y risarse mucho con la bola de visiones y dengues que hacían, y cuando algún chusco le gritaba alguna leperada en plan de broma, se enfurecía el tal Juan, y aventando a las mujeres pa' un lao, se enredaba en un brazo su rojo jorongó y sacando su descomunal charrasca, la blandía a diestra y siniestra asustando a la gente, y hacía como que la afilaba en el suelo, sacando muchas chispas de las piedras, y gritando desaforado y como loco:

—Órale, órale, coyones nagualones, jijos de la jijurria, ¡ay, ay, jay, jay!, éntrenle valedores, que aquí está su mero padre Juan "Charrasca", pa'quen quera algo d'él!

Y al recuerdo de aquel gracioso convite, soltaba mi viejita una risita cáustica y yo también.

—¿Y?, pregunté un poco amoscao.

—Como tú comprenderás, naíden le entraba a enfrentarse con aquel energúmeno borracho, y menos estando armao con semejante machetote, pero en cierta ocasión, fue tanto el escándalo que armaron, que hasta llamaron a los gendarmes para que calmaran al enfurecido "Charrasca", y que muy humilditos le decían:

—¡Ya cálmala Juanito, ya cálmala!, guarda tu charrasquita y jálale p'al bote por argüendero y peleonero, jándale!, no seas endino ni mal mandao.

—Y eso, en lugar de calmarlo, lo encorajinaba más, y alzando en vilo a los dos entecos gendarmes, como si fueran peles o muñecos, los sentaba de un jalón, cuan alto era, sobre alguna barda de adobe cercana, dejándolos allí pataleando y lanzando gruesas palabrotas y barbaridades, mientras el minero seguía en su juerga, sin hacerles caso a los enfurecidos jenizaros y, él y sus malas pécoras, seguían con sus bailes y visiones haciéndole el juego al fortachón, de puritito miedo. Hasta que una comadre que por sí andaba, les sugirió a otros dos tecos que acababan de llegar para ver semejante borlote:

—Vayan señores polecias, luego luego, si'nomás en el barrio del Terremoto, y pregunten por doña Chonita, que es la

mamá del "Charrasca", y que es a la única que obedece cuando se pone así.

—Y siguiendo el consejo, ai'te van corre que te corre los gendarmes, hasta que regresaron al poco rato, precedidos por doña Chonita, que al ver los desfiguros que estaba haciendo su hijo, se le enfrentó valientemente y le gritaba con su vocesita gangosa y destemplada:

—Ya estuvo bueno, Juan, pero mira nomás sinvergüenza de los demonios cómo andas, y mira también a los señores polecías 'onde los pusistes. . . bájalos inmediatamente, y vámonos pa'la casa antes de que te lleven por borrachote deslenguado, abusador, animal del cerro, chango desaforado y chorriao valentón.

—¿Y aluego qué paso?— le pregunté con la voz en un hilo.

—Pos qué había de pasar, tú de mi alma, que el gigantón aquél, a pesar de los muchos alcoholes que le gorgoreaban entre el pecho y espalda, reconoció inmediatamente a su madre; enfundando su descomunal machete e hincándose y con la cabeza caída, quitándose el sombrero grandote de petate que dejaba ver su alborotado chimal (especie de gran copete que le caía sobre los ojos), y le decía a su mamacita entre orutos e hijos:

—¡Con usted, madre, con usted, sí. Lo que usted mande, sí, y ya voy a bajar a esos gendarmes de a cuartilla. . . desgraciados. . . hijos de. . . y. . .

—Y. . . vámonos a la casa, —atajaba la viejita Chona que le decía muy enérgica, toda temblorosa de coraje—: ¡vámonos, ándale, vámonos pa'la casa, mitotero, perdulario payasote, zorrillo aguamielero, jijo del mezcal, del as de copas y, de pilón, cinico y desvergonzado gargantón.

La vieja Chonita, agarrándolo tenazmente de una de sus orejotas, jalaba trabajosamente al "Charrasca", que muy agachado y dando trapiés, volvía a repetir su cantaleta:

—¡Con usted madre, sí. . . con usted madre, sí, con usted, lo que mande, sí. . . !

—Y ai'siban los dos calle arriba, cae que no cae, diciéndole la viejita una retahíla de malas razones, a cual bien merecidas,

seguidos por los gritos, las risotadas y chungas de la gente, al mirar al bravo peleonero Juan "Charrasca", seguir como un manso corderito a su madre, chiquita pero picona y brava.

—Y luego me atreví a preguntar ¿así era de verdad el mentado Juan "Charrasca"? Contestando muy convencida mi tía Conchita.

—Así era mi'jo, así era. . . yo lo vide con estos ojos que se han de comer algún día los gusanos. . . así era, mi alma, así era. . .

Suspiraba la buena señora como descargándose de un gran peso, y, cerrando el viejo arcón de sus recuerdos, continuaba ensimismada y tranquila su complicada labor de tejido, que había suspendido de muy buena gana, para contarme, con pelos y señales, cómo fue el fabuloso minero y gigantón Juan "Charrasca".

Y ahora sólo cabe preguntarnos: ¿Existió realmente aquel enotrora famosísimo Juan "Charrasca"? Nosotros creemos que sí, pero sin asegurar nada, desde luego, basándonos en lo afirmado rotundamente por mi tía-abuela Conchita Farias, que no era ninguna mitómana, y lo que murmuraba el pueblo entero guanajuatense de entonces, y ya saben sus mercedes que *vox populi, vox Dei*, que quiere decir en buen romance, que "la voz del pueblo es la voz de Dios".

Además, pude constatar lo anterior al visitar alguna vez en su linda casita de la plazuela de Mexiamora, a mi dilecto amigo don Manuelito Leal, que Dios guarde en su santo rescoldo. Ya que fuera muy famoso pintor y notable historiador, quien me mostró, entre otros cuadros de cosas típicas guanajuatenses, un cuadro al óleo de gran realismo y primor, de regular tamaño que, según me explicó, era el retrato fiel de un extraordinario minero guanajuatense de gran tamaño, llamado Juan "Charrasca". Sin decirme nada más, de dónde quedaría o quién tiene ahora tan singular retrato, nos preguntamos: ¿Lo conocería tal vez Manuelito Leal?, o así lo pintó basándose en las tradiciones orales, que de boca en boca recogió de aquí y de allá de las viejas comadres que sí lo conocieron, o que oyeron hablar de él a sus mayores, que

convivieron con el verdadero Juan "Charrasca", que como dijo mi abuelita, ya para terminar, "que ya duerme el sueño de los justos" (¿será?), y quedará para siempre grabado su recuerdo y sus hazañas famosas entre las gratisimas leyendas y tradiciones, o tal vez, en hechos que fueron realidades, en ésta muy noble y leal Real de Minas ciudad de Santa Fe de Guanajuato.

TESOROS Y HECHOS REALES EN GUANAJUATO

Salvador Machuca A.
Guanajuato
Mención honorífica, 1990

Aún de grande, uno tiene ilusiones y fantasías, ¿qué no sería de niño cuando en la época carente de comunicación era uno muy dado a escuchar cuentos e historietas?; así, con un cuento que nos platicaran, se pasaba uno con la mente entretenida por días y semanas. . . ¿cuánto tiempo estaría con la mente entretenida?, no con cuentos sino con hechos reales como los que a continuación relataré.

Vivíamos en una casa de la calle de Galarza que es continuación de la de Pocitos, esquina con el callejón del Terremoto y colindante con el del Gracero; era una casa grande, sombría, modesta, que ahora ha sido un poco reformada.

Tendría unos siete años —porque es el momento en que muda uno de dientes— y mi hermano mayor me engatuzó diciéndome que cuando se me cayera uno, lo pusiera en un agujero de ratón, y que éste me traería un centavo; lo que quería era experimentar y quitármelo, para eso, amarró un hilo al diente y a una hoja de la puerta y ¡zas!, ahí va el diente. Con este cuentito tuve para imaginarme por semanas, al ratoncito, su cuevita y el centavo que jamás llegó.

En esos días recuerdo que escuché, en una habitación de esa lúgubre casa de varios desniveles y rincones, una conseja de unos compadres de mis padres quienes dijeron así de claro: "mire don Salvador, en esta casa hay dinero enterrado"; mi padre se rió, cambió de plática y ya no supe más.

Pasó el tiempo y siendo yo un poco mayor, colegial y viviendo en otra casa, se supo que un señor llamado don Remedios, que conocí (lo recuerdo de aspecto rechoncho, blanco, de gran papada y barba de unos días como su erizado y ralo pelo de la cabeza), era dueño de la tienda de los bajos

de esa casa, miscelánea donde se dice que compró el Pipila la brea para su famosa y heroica proeza. Pues ese mismísimo señor, don Remedios, se encontró en la casa de la Galarza una fortuna, ¡sí, ahí en el brasero de la cocina!, con lo que compró la casa que hoy es el Mesón de San Antonio, en la calle de Alonso donde habría de fallecer infaustamente, ya que en ella, murió ahorcado por su propio sobrino, el cual lo hizo para robarle el gran caudal que le sobraba; este hecho fue notorio y se supo por los cuatro vientos.

Con este suceso se proliferan los cuentos de tesoros encontrados, entre ellos surgieron los de los llamados "emparedados", al referirse a los hombres ricos, casi siempre españoles, que desde antes del movimiento de la Independencia, sospechaban que llegaría el día en que los bárbaros se insurreccionaran, los mataran y robaran sus caudales. Unos escondieron sus riquezas y se fugaron, otros, con mucho aplomo, decidieron quedarse pero escondidos. Algunos ricos muy cautelosos hicieron sus escondites desde el inicio de la construcción de su finca y otros, lo adaptaron mediante muros falsos en alguna covacha; en esos escondites secretos, se metieron con viveres y pertenencias, y con la esperanza de que, cuando pasaran los malos acontecimientos, sus fieles criados los sacarían.

Algunos españoles tuvieron mejor suerte, por decir así ya que los criados los delataron y murieron sin sus pertenencias; otros, con peor suerte, nunca salieron de sus escondites y murieron con sus tesoros, ya que sus fieles sirvientes con su mutis y vida de momento no los salvaron. De estos acontecimientos se ha sabido sobre todo por ahí en las cercanías de la Alhóndiga de Granaditas.

De aquella casa de la Galarza, donde dejé mi dientecito, nos fuimos a instalar a otra vivienda en la avenida Juárez núm. 222, adaptada para el hotel El Insurgente; casa muy grande, de tres pisos; nosotros habitábamos los dos de arriba, sus cuartos eran muy tétricos, había rincones con covachas, resagues, recovecos, socuchas, etc., sólo los cuartos del frente eran rectangulares; tenía un aljibe y un cuarto como pasillo

angosto, sería de un metro por siete de profundidad y lo mismo de altura; lo estrecho daba a la calle que se veía al fondo por una claraboya. Este cuartucho lo usaban mis padres para guardar leña y carbón. Para entrar había que abrir una gruesa puerta de madera roída, tenía su aldabón; para los chicos era prohibido el paso. Me llamaba la atención aquella lejana claraboya que aún existe, pero para llegar a ella se necesitaba pasar la leña, el carbón, y poner algún banco para alcanzarla. Un día me decidí y pasé muy de prisa sobre el carbón y el leñero, me asomé a la calle y estuve un buen rato, como extasiado por el paisaje, vi a una que otra persona por la banqueta adjunta, pues en esa época existía poca gente en la ciudad y les tiré una piedrita; volteaban y volteaban a los balcones y nada, así esta travesura la repetí varias veces.

Una tarde, ya de regreso, al abrir aquella puerta roída, sentí un aire frío en las piernas, no le presté importancia hasta que en otra pasada fue más helado; me coloqué en cuclillas, vi una rendija en el piso y percibi un chifloncito con un raro olor y un rumor que me enchinó la piel, salí corriendo.

Pasaron algunos días y regresé a las andadas y, ahí mismo, en el umbral de la puerta, me incliné y le eché de nuevo piedritas por la rendija, no oía que cayeran.

En otra ocasión fui preparado con una madera larga, delgadita como regla, la introduje pero no di en el fondo; no cesaba la corriente de aire, ya para entonces, se había alargado un poco la rendija al quitarle el material que era de mezcla de cal para unir el escalón de la entrada y la losa ésta cubría todo el ancho del cuartucho. Más adelante, no sé cuánto tiempo después, me hice de un alambre con el que tampoco toqué fondo; me retiré de ese lugar pues consideré que no podía hacer más, pero me ganó la travesura y volví a la claraboya aquella. De regreso, ¡de nuevo el chiflón escalofriante!, con un rumor más fuerte; sentí miedo, sali de prisa, ni la puerta cerré; les dije a mis papás y me gané una regañada, pero a mi mamá le entró la curiosidad y me preguntó; le expliqué y cuando llegó mi papá, ya le tenía una barra de albañil, vi que la metió a la rendija y dijo: es un caño ¡vámonos!,

sospeché algo en ese guiño que se hicieron entre ellos.

Al otro día, como de costumbre, me mandaron a la escuela, la de el "Sol", pero no hubo clases porque se enfermó mi maestra Lolita Cano y me tuve que regresar; al llegar a la casa, la puerta de la calle estaba cerrada, me entró cierta malicia y pedí permiso al "Polaca" (que vive aún), dueño de la agencia de bicicletas que rentaba entonces el local; pasé sin mi mochila por una ventanita que sólo yo conocía; llegué al patio de abajo y empecé a subir la gran escalinata que debe de existir a la mitad; tomé aire y al expeler hice una pausa natural, en ese instante, escuché ruidos extraños, como barretazos, fui rumbo a donde me supuse, comencé a subir el otro extremo de la escalera, pero como imaginaba que eran mis padres, subí por otra hasta la azotea del tercer piso de la casa, y me coloqué en un pretil, donde consideré que podría ver la entrada de esa socucha y sí, ahí estuve subiendo y bajando la cabeza para mirar sin ser mirado; ya se acercaba la hora de salida de la escuela y comencé a tensionarme por tener que ir para aparentar normalidad; ya casi me retiraba, cuando vi que salió mi padre por una escalera para el brocal del calabozo encontrado abajo del cuartucho; mi mamá estaba de espalda, sacó mi padre uno y después otros dos trajes como fraques negros que se veían blancos de polvo, se salió al momento que dijo: ¡no hay nada más!, salió volado y regresé a la hora de costumbre como si nada, entonces, la puerta de la casa estaba abierta, encontré a mi papá sentado en el comedor y no se comentó nada, yo con los ojos y oídos a la expectativa.

Por la tarde, cuando salió mi padre a trabajar y mi madre al mandado, me hice el dormido, al oír que cerraban la puerta principal, me levanté y dirigí al lugar de los hechos; yo sabía dónde estaba la lámpara que habían utilizado, con ella, empecé a observar por la rendija verticalmente y vi capa tras capa de telarañas, razón por la cual, no oía caer las piedritas que echaba; fui canteando la luz hasta ver la despostilladura de la losa y, en el fondo, descubrí perfectamente una espeluznante visión: huesos humanos, pero del cuadril hacia abajo, como si estuviera sentado, y junto a éstos, un poco más adentro,

otros de un pie, no se podía ver más. ¿Qué habría en ese calabozo?, ya me sentía sudar en frío y se me hizo que ese chiflón escalofriante y el rumor, arreciaban; corri y dejé la lámpara en su lugar, salí al balcón a ver la claridad, a la gente, esperar a mis hermanos o papás, distraerme, lo que fuera, pero algo diferente; entonces sí me dio miedo de verdad, tanto así, que nunca lo he olvidado.

Me he explicado lo de las telarañas que no dejaban caer las piedrecitas, ¿pero lo del chiflón de aire helado, con ese sonido y rumor escalofriante e intermitente?, ¿y los trajes?, nunca lo he entendido.

Al día siguiente, noté que mi padre había tapado la rendija como la despostilladura de la losa, ya no hubo más chiflón, pero ¿los trajes?, ¿los huesos?. . . empecé a tener pesadillas por la noches, se lo comenté a mis papás; soñe muertos, tuve pesadillas, pero ni caso me hicieron, pues lo único que me sacaba eran regaños. Una vez soñé a una tía que se llamaba María, pero muerta, le dije a mis papás: "soñé anoche a mi tía que estaba muerta", me regañaron de nuevo, sólo que esa tarde llegó un telegrama de México, el cual anunciaba que mi tía María había muerto el día anterior al que la soñé. Todo esto sucedió en el año de 1936 en que también nos cambiamos de casa al Cantador, donde sucedieron otros hechos reales que podría contar como el de don Remedios y estos "emparedados" de la casa de Juárez núm. 222. Pero queda la interrogante: ¿cuántos tesoros y leyendas habrá en esta ciudad? Leyenda de oro y plata. Con esta pregunta terminaba el relato, pero no sería justo dejar de mencionar lo que ayer sucedió en relación a los emparedados.

Resulta que por casualidad me encontré al dueño del hotel, amigo mío, le platicué lo que aconteció en aquella casa por el año de 1936, y me dijo: "mira, tienes toda la razón, pero mejor vamos al lugar y tú mismo recordarás y darás con él". Al día siguiente, fui acompañado con quien me maquina estas letras; ahí estaba mi amigo esperándome; entramos y sorpresivamente para mí, todo estaba cambiado, pero comencé diciéndole: mira, aquí había una ventanita. "Sí, correc-

to". Aquí, un aljibe. "Exacto, eso era, ahora lo convertí en bodega". Subimos la escalera, y le pregunté qué había pasado con el pasillo que estaba en aquel lugar. "¡Ah!, pues vente por acá", y al dar vuelta por otros corredores, yo mismo le señalé, mira aquí debe ser el lugar donde estaba el brocal para entrar al calabozo. "Sí, así es, ¡mira qué bien te orientaste!, vente, vamos allá abajo para que veas que tenías razón". Fuimos, sólo que estaba ya convertido en una escalera que también por los nuevos arreglos estaba cegada. Me platicó que era la salida de una barranquita que daba hacia el río Guanajuato, ahí salió la explicación del chiflón helado que por 54 años recordé y cada vez que lo hacía, se me erizaba la piel. De los trajes antiguos me dijo: "fíjate que esos trajes yo los vi también cuando chico en esta casa contigua, que era de mi abuelito; es que seguramente los escondió en la azotea de la casa núm. 222 y los pasaron a la núm. 224 de su abuelo". Le comenté en tono de guasa, lo de los esqueletos y del tesoro. . . se sonrojó un poco, no dijo nada, pero añadió: "lo que sí encontré fue una moneda antigua".

Con esto se aclara, se explica y es contundente que no fue una fantasía lo que relato, quedando más profunda la interrogante con la que terminaba diciendo más atrás: ¡qué no habrá escondido este intrincado caserío de Guanajuato! Pues nomás fijese usted, a propósito de tesoros, que en estos días puede ser que haya lugar a un cuantioso hallazgo, aquí en esta misma ciudad; se trata de una Virgen laminada de oro puro del tamaño de un humano y otros objetos valiosos que están escondidos a gran profundidad, abajo de un templo, en un pequeño cuarto o sala; es inminente dice la persona, un serio y buen ingeniero quien amenamente, pero emocionado, platica: "he salvado desde hace dos años todos los intrincados despistes señalados en los códices que a la vez me guían"; lo dice con gran seguridad al platicar lo que ha gastado, exhibiendo a la vez, los permisos oficiales correspondientes.

ÍNDICE

Presentación	7
Los "Cornudos" de la Semana Santa en San Bartolomé Agua Caliente municipio de Apaseo el Alto. <i>Ramón Cruz Bárcenas</i>	13
Las Jornaditas. <i>Nicolás Ruiz Rodríguez</i>	23
Fiesta de San José en Irapuato. <i>Susana Camacho Valenzuela</i>	37
Lucha desconocida. <i>José de Jesús Lara Ramírez (narrador), Julia Lara Ramírez (escritor)</i>	39
Celebración de la fiesta de la Santa Cruz en valle del Maíz. <i>José Dolores Arana Olivares</i>	47
Fiesta y serpentinas de noviembre en Dolores Hidalgo. <i>José Dolores Rodríguez Luna</i>	55
Las festividades del Santo Isidro Labrador "patrón de los agricultores" en Empalme Escobedo. <i>Enrique Ramírez Ortiz</i>	59
Los barrios. <i>Albertico Girón Bretón</i>	67
Celebración religiosa: la famosa fiesta de Pardo. <i>Judith Domínguez Sánchez</i>	73

Fiesta de nuestra señora la virgen de Guadalupe. <i>Rosa María Zavala Rodríguez</i>	79
Los corpus en mi tierra. <i>José Manuel García Villanueva</i>	85
Apaseo el Alto y su tradición. <i>Juan Martínez Sauza</i>	91
Las corridas de San Miguel. <i>Andrés Cárdenas Calvillo</i>	101
Los Gitanos. <i>María Esther Ramírez Cortéz</i> ..	105
Así nació la tradición de mi pueblo, 17 de septiembre de 1864. <i>Tomás Ulloa García</i>	109
Pueblo Nuevo: la fiesta de la Guerra. <i>Juan Carlos Galván</i>	119
Una infancia de ensueño. <i>Rubén Calderón Gaytán</i>	129
Un velorio en Atarjea. <i>María Guadalupe Flores Morán</i>	145
Los pregoneros de mi barrio, en Irapuato (vida social y costumbres del barrio el Cantador). <i>María Dolores Ortiz Nolasco</i>	171
Como me lo contaron, lo cuento. <i>Mónica Gallagos Álvarez</i>	175
La pepena de maíz, cacahuete, frijol, sorgo, fruta, jitomate, chiles y cebollas. <i>María Concepción Coss M.</i>	183

Las moliendas de caña en el municipio de Xichú. <i>Lorenzo Flores Solano</i>	195
Los norteños. <i>Gonzalo Ramírez Ortiz</i>	201
Amigo minero. <i>Enrique Medrano Torres</i>	207
Los juegos de mi callejón. <i>Gerardo Rivera Lozano</i>	211
Las güilas. <i>José Vázquez Moreno</i>	217
Historia de un picapedrero de Comonfort, alias "Pablo Picapiedra". <i>Paulino Olalde Cibrián</i>	221
Quise ser una abeja de las flores y logré hacer un panal. <i>Agustín Ramos Flores</i>	227
Vida y hazañas del legendario minero guanajuatense llamado Juan "Charrasca". <i>Atalo Pérez Núñez</i>	237
Tesoros y hechos reales en Guanajuato. <i>Salvador Machuca A.</i>	245

Esta edición terminó de imprimirse en
noviembre de 1991 en los talleres de
Winko Impresores, S.A. de C.V.
Allori No. 173 Col. Sta. María
Nonoalco (Mixcoac) Tel. 598-71-91.
Este tiraje consta de 1000 ejemplares.